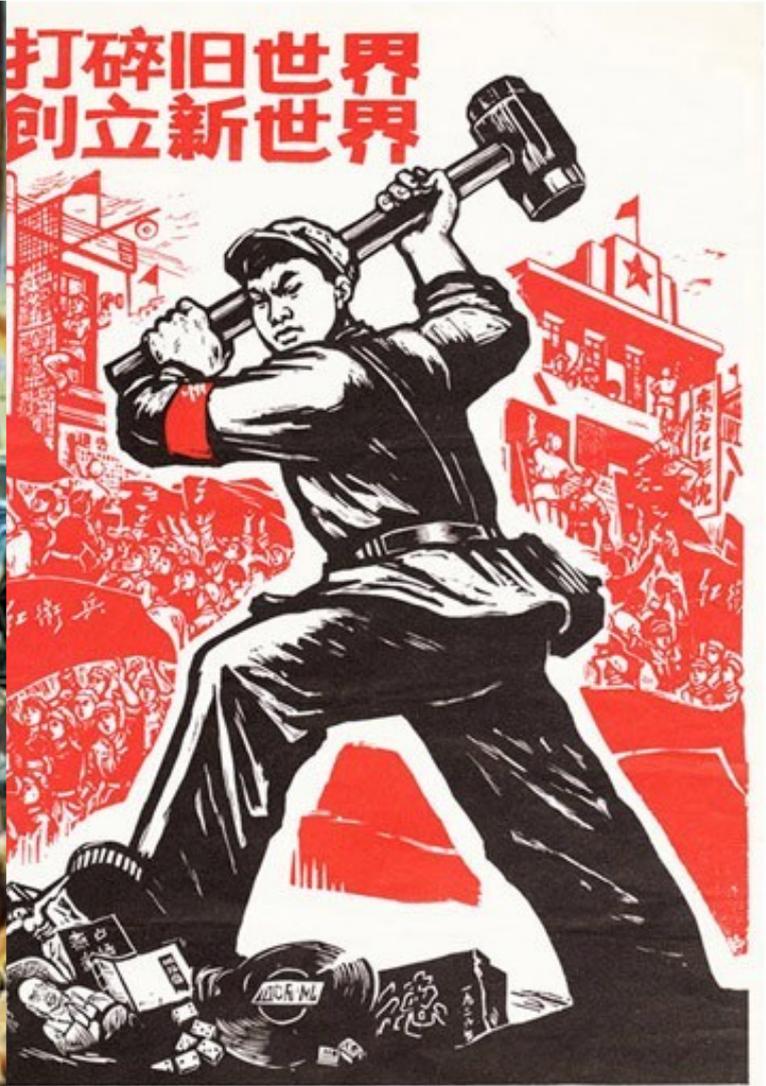


"¡Estudiar, organizar, difundir!" (K. Liebknecht)

# El Martinete

NÚMERO 23

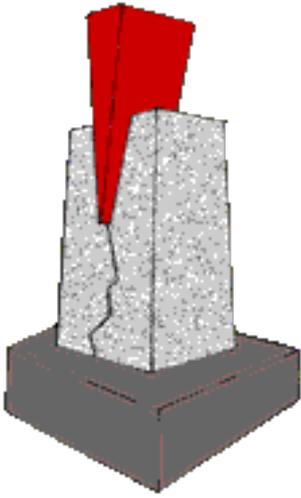
MAYO, 2010



## ¿Reforma o Revolución?



MOVIMIENTO ANTI-IMPERIALISTA



Internacionalista, solidario,  
hermano de los pueblos oprimidos, como el martinete:  
ese ave migratoria que habita en todos los continentes  
y vive y se defiende en colectividad.

Proletario, trabajador del hierro revolucionario,  
moldeador del metal de la nueva sociedad, como el martinete:  
esa herramienta de la fragua que da nueva forma a los hierros.

Profundamente obrero, arraigado en las raíces culturales  
que se hunden en la tierra de la historia de los pueblos, como el martinete:  
ese cante flamenco que se acompaña del golpear del martillo sobre el yunque.

Así es EL MARTINETE, la voz anti-imperialista del MAI.

## SUMARIO

---

Editorial: Una crisis...de indolencia revolucionaria	3
¡Todo por el estado burgués!.Garzón y el republicanismo	9
Carta a la Unión Obrera Comunista (MLM) de Colombia	11
Charla- Debate: ¿Reforma o revolución?	
Presentación	17
Introducción	25
Ponencia del MAI	27
Encuesta	37
Las tareas actuales	43
Saludo del MAI al Encuentro Internacional de Milán	45
Sobre la convergencia del feminismo con el capital	47
Ni Fausto ni Mefistófeles	51
La Semana Trágica	63
Ante las Elecciones Europeas: ¡Boicot!	69

## Una crisis... de indolencia revolucionaria

Hace ya más de año y medio que parecía que ante el mundo se abría un radical punto de inflexión. El crack financiero mundial del otoño de 2008 se propagó rápidamente a la economía productiva creando una crisis económica de proporciones inauditas en décadas. A su vez, la victoria del candidato demócrata Barack Obama en las elecciones presidenciales estadounidenses de ese año marcaba para muchos un “hito histórico”, el triunfo de la *esperanza* de un sistema económico y un orden mundial menos injusto. El escenario parecía propicio, en sus diversos planos, para las expectativas de toda una amplia gama de utopistas. Toda suerte de cínicos social-liberales y bienintencionados humanistas unían sus voces a coro asegurando que el *triunfo de la voluntad* de un “nuevo” liderazgo podía suponer la transformación en algún grado de las frías leyes sociales y económicas objetivas que rigen nuestro mundo. Asimismo, también se debía abrir un esperanzador horizonte para aquellos que basan sus concepciones en el plano meramente económico de la realidad y su accionar político en los efectos que esta variable pueda tener sobre la movilización y actividad de las grandes masas. Para unos y otros, con el cambio de *color* en la cabeza del orden unipolar imperialista y la crisis económica, con sus efectos sobre grandes sectores del proletariado y de la población en general, la coyuntura histórica ponía en bandeja la posibilidad de una fructífera actividad. Sin embargo, pareciera que para los adalides de la izquierda y del comunismo *posibles* nada hubiera ocurrido.

### La burguesía y la crisis en el Estado español y la UE

Pero por supuesto los hechos se han sucedido y los lineamientos políticos están ampliamente planteados. En el Estado español, con la cifra de parados superando ampliamente los cuatro millones, y subiendo, las fracciones del gran capital ya han diseñado su política y la reestructuración “necesaria” para superar esta crisis de su modelo de acumulación. La clave pasa por el acuerdo estratégico de todas las fracciones del gran capital acerca de las medidas a tomar,

más allá del criterio electorero sobre cuestiones puntuales, y por el pacto de clase como método, a través del Estado, entendido como la cristalización de un determinado equilibrio de clases. Así, a pesar de todas las pequeñas disputas entre los partidos de gobierno sobre cuestiones secundarias en este momento, como por ejemplo las relaciones exteriores (Cuba...) o la podredumbre que se acumula en las trastiendas de sus respectivos aparatos políticos (diversos casos de corrupción que han sido aireados a la *opinión pública*), venalidad crónica e intrínseca a la época de dominio del capital financiero, tanto el PP como el PSOE están de acuerdo en las líneas maestras de cómo se debe afrontar la crisis.

Éstas se asientan sobre varios pilares fundamentales. En primer lugar, la paz social como principio indiscutible, a través del pacto de clase, con la mediación del aparato del Estado, entre la burguesía, representada como agente económico, como asociación de patronos, y la clase obrera, pero solamente representada como clase en sí, como un componente más del capital social global, como la variable asignada en éste a la reproducción del trabajo vivo en las condiciones dadas. El capital, a pesar de la trasnochada política sindicalista del revisionismo, hace tiempo que ha reconocido a ese amplio sector de la clase obrera que por su privilegiada posición en el sistema imperialista no admite políticamente otros límites que los del capitalismo como el interlocutor necesario e imprescindible para la buena marcha del sistema. Es este sector privilegiado del mundo asalariado, la aristocracia obrera, a través de sus representantes y de sus órganos de encuadramiento, el sindicato fundamentalmente, el principal baluarte social del capital, que acude a ellos a la hora de diseñar su política económica. Así, la aristocracia obrera como parte y cogestor del sistema capitalista y su Estado, que toma en esta época y con, entre otros, estos mecanismos institucionalizados de negociación y pacto de clase la forma perfeccionada de capitalismo monopolista de Estado. A ella, y a la seguidista mayoría del movimiento comunista, se debe que a la crisis económica en el Estado español no se le vean trazas de desembocar en una crisis social, pues la posición de clase de la aristocracia obrera y su

situación privilegiada en el Estado como interlocutor preferente y puntal social bien vale la desgraciada suerte individual de algunos de sus componentes, aunque en esta situación se cuente por muchos miles. De este modo, a pesar de la astronómica cifra que alcanza el ejército industrial de reserva y la multiplicación de los EREs durante el último año y medio, ni se espera una huelga general ni ha habido un repunte significativo de la conflictividad social.

En segundo lugar, y al hilo de lo anterior, ya se ha acordado una *moderación* salarial. La CEOE y los sindicatos mayoritarios han llegado a un acuerdo para tres años que fija el máximo de aumento salarial para este periodo. Para 2010 fija un tope de subida de “hasta” un 1%, cifra inferior a la subida de la inflación prevista para este año, previsión realizada sin tener en cuenta el aumento del IVA (otra medida que afectará fundamentalmente a los sectores populares) a partir de julio, que muy probablemente impulsará aún más esta alza inflacionaria. Este acuerdo, groseramente, se ha presentado como la condición de los sindicatos para negociar la reforma laboral, encaminada por la senda del despido libre y el contrato basura, y que tiene como piedra de toque la reforma de la negociación colectiva, que irá en la línea de reforzar el poder de las cúpulas sindicales, representantes genuinas de la aristocracia obrera como clase y cogestora del sistema, mientras que la negociación concreta de las condiciones de trabajo se lidiará cada vez más entre el patrón y el obrero individual, en una profundización de la convergencia de las reglas de la representatividad burguesa del Estado con las que rigen el mundo de las relaciones laborales.



Por último, todas las facciones del gran capital y sus respectivos aparatos están de acuerdo en la necesidad de restringir el gasto público,

certificando la bancarrota del modelo europeo de *bienestar*, cuya crisis comenzó en la década de los 70. Así, se reducirá, además del salario directo, el salario diferido, aquél que el obrero recibe a través del mecanismo social del Estado, y que supone una importante fracción del valor social total destinado a la reproducción de la fuerza de trabajo.

Así, es importante insistir en ello, todas las fracciones del capital están de acuerdo en las medidas estratégicas que consideran necesarias para salir de la crisis, cuyos costes se van a descontar ineluctablemente de la riqueza social destinada al trabajo (disminución de salarios, tanto directos como diferidos, abaratamiento del despido y de la seguridad de los contratos, aumento de los impuestos indirectos). Las diferencias entre PP y PSOE no son programáticas sino de oportunidad política, con la intención de evitar los costes electorales que estas medidas traerán consigo. Así, el PP exige la aplicación inmediata de este programa mientras que el Gobierno busca diferirlo para ahorrar desgaste político y el pacto para compartir este deterioro. Ésas y no otras son las razones de la riña parlamentaria en materia económica.

Como señalábamos, este programa supone la bancarrota definitiva del cacareado *Estado benefactor* europeo; no en vano, supone que las recetas que el FMI había impuesto siempre en el llamado Tercer Mundo, en los países oprimidos, se van a aplicar en Europa, en un polo imperialista. Paradigmático de ello resulta el caso de Grecia.

Tras arduas negociaciones, en las que han vuelto a aflorar las contradicciones que el proyecto imperialista europeo lleva en su seno, por fin se ha aprobado un plan de *rescate* europeo a Grecia. A pesar de rebajar sus exigencias iniciales, Alemania ha impuesto su posición para que a la debacle económica griega se le apliquen rigurosas medidas, como las que suele impulsar el FMI en los países oprimidos, a pesar de la presión de otros miembros de la UE para aplicar un tipo de interés especial para el *rescate* de Grecia. Ciertamente se le ha aplicado un tipo especial, pero sólo es una verdad a medias, ya que es del 5%, más de un punto por encima del que suele aplicar el FMI en las actuales condiciones, aunque inferior al tipo que alcanzaba la deuda griega en los mercados financieros. Por supuesto, esto ya se había traducido en las draconianas medidas económicas que Atenas se ve obligada a imponer para mantener la *confianza de los mercados*, es

decir para satisfacer los apetitos especuladores del capital financiero. De nuevo, serán los pueblos los que costeen la cohesión y la renqueante continuidad del proyecto europeo, pero en este caso será la población de uno de los países que pretenden integrar el proyecto imperialista el que cargue con las medidas *tercermundistas*. A ello se suman las insinuaciones de los dirigentes alemanes de que una posibilidad para reducir el déficit y la deuda helena podría ser ¡la venta de algunas de las numerosas islas griegas en el Mediterráneo!

De nuevo, vemos un claro síntoma de la grave crisis que sufre el proyecto de unos Estados Unidos de Europa, en coma práctico desde la debacle de las consultas sobre la Constitución europea hace cinco años. La figura de Lenin, con su certera visión sobre lo reaccionario o la imposibilidad de tal proyecto, vuelve a erguirse con fuerza sobre el continente. Y es que cada vez resulta más claro, incluso para los no avisados y los ingenuos, que la UE, lejos de un polo cohesionado y equilibrado, capaz de salir a la palestra de la pugna y la expansión imperialista a la altura de los EE.UU., es un proyecto franco-alemán, y fundamentalmente alemán, que se va pareciendo cada vez más a esa idea de la *Mittleuropa*, que los dirigentes del imperialismo alemán trazaron como objetivo de guerra y rapiña durante la carnicería imperialista de 1914-18: la hegemonía política y el dominio económico alemán sobre el continente. De nuevo, los Balcanes son la zona de preferencia, junto a la Europa oriental, para la penetración y expansión del capital alemán. Los dirigentes de la liberal Alemania ya han conseguido lo que no pudo la *Wehrmacht* hitleriana, la disolución y el troceo de Yugoslavia, un Estado eslavo de entidad capaz de suponer cierto contrapeso al poderío germánico en esa zona, y parece que los apetitos financieros siguen apuntando al sur. La insolente *sugerencia* sobre la venta de territorio griego es una indicación clara de por dónde van los proyectos alemanes: hegemonía en Europa, control sobre el este y el sureste del continente y salida estratégica al Mediterráneo.

La crisis, y con ella el afloramiento de las contradicciones en el naciente polo imperialista europeo, que van en la dirección de constituir una diferencia aún más marcada entre un centro y una periferia en su propio seno, no hacen sino mostrarnos que, del mismo modo que el principio

materialista de que la guerra es la política por otros medios, la política, bajo las leyes imperialistas, no es sino la guerra, a todos los niveles, de los poderosos contra el débil para asegurar su sojuzgamiento y perpetua dependencia.



## Año y medio de efecto Obama

Del mismo modo, más de un año de presidencia del mesías negro en Washington constituye la enésima prueba de lo vacío de los discursos grandilocuentes y las bellas palabras, y de su esterilidad para conseguir transformar este planeta en un lugar más justo. Todo lo contrario, muestra la capacidad del imperialismo para crear y dirigir *esperanzas* que alejen a las masas del camino de la verdadera comprensión del mundo para su transformación y le permiten ensanchar su margen de maniobra. Efectivamente, ése ha sido el único sentido del *efecto Obama*: una operación de imagen y un ligero cambio de formas destinados a apuntalar el dominio del imperialismo yanqui sobre el globo. Precisamente, los años de la Administración Bush han tenido el efecto de empantanar costosamente a la maquinaria militar yanqui a la par que socavaban las instituciones y construcciones ideológicas que legitimaban ese dominio. El ladeamiento de organismos como la ONU y de importantes socios occidentales para la búsqueda de intereses

particulares sólo han conseguido debilitar la posición e imagen de EE.UU. en el mundo. La llegada de Obama a la Casa Blanca no es más que la constatación de este hecho y la necesaria reorientación política tendente a corregirlo. Conceptos como “multilateralidad” o “consenso” han vuelto al discurso imperial yanqui, a la par que las peticiones de ayuda militar a los aliados europeos han sustituido a las frases sobre la “nueva” y “vieja” Europa, esto es, la expresión de la cooperación imperialista para salir de los atolladeros donde los norteamericanos se habían metido, así como la bancarrota de las esperanzas revisionistas de una agudización de las contradicciones interimperialistas y el apoyo a un polo europeo que supuestamente contrapesase el militarismo yanqui. La colusión de las potencias ha vuelto a demostrarse como la otra cara de la contradicción principal que hoy rige el mundo, la que enfrenta al imperialismo con los pueblos oprimidos. Y aquí el balance no puede ser más desalentador para todos esos utopistas y pretendidos humanistas a los que hacíamos referencia al principio. La petición de ayuda a los rapaces europeos ha ido seguida de una escalada militar en Afganistán, a la par que, siguiendo los dictados de los halcones del Pentágono, Afganistán y Pakistán han empezado a tratarse como un solo escenario (estrategia *Af-Pak*), mientras el baño de sangre se extiende por toda la región. A su vez, sumariamente, el chantaje sobre Irán, Corea del Norte y el bloqueo de Cuba se mantienen, el expansionismo sionista sigue impune, el cinturón de bases militares por todo el hemisferio occidental (Colombia, Perú...) sigue edificándose y, por supuesto, la cárcel de Guantánamo, símbolo del oprobio de la anterior administración, sigue abierta. Sin embargo, y aunque la colusión y el entendimiento entre imperialistas sigue siendo la tendencia principal, aprovechando los tropiezos yanquis, otros imperialistas mueven sus fichas. Al golpe sobre la mesa de Rusia que significó la guerra con Georgia del verano de 2008, parece que sigue un cambio de marea por toda la zona ex-soviética, patio trasero *natural* de Moscú, y las *revoluciones de colores* se marchitan rápidamente: al aislamiento de Georgia y el cambio de tendencia en Ucrania ha seguido recientemente la caída del Gobierno en Kirguizistán, que era fruto de la llamada *revolución de los tulipanes* en 2005, y cuyo derrocamiento pone en duda la continuidad de las

instalaciones militares yanquis en ese país centroasiático, muy importantes para el soporte logístico de las tropas invasoras en Afganistán. Esta reedición del *Gran Juego* imperial en Asia central no ha impedido la firma del nuevo Tratado START, que supone una ridícula reducción del arsenal atómico de las dos grandes potencias nucleares; pero el tanto para el Nobel de la Paz queda oscurecido ante su insistencia en mantener el proyecto de Escudo Anti-Misiles, iniciativa de Bush, en Europa oriental, clara violación del equilibrio estratégico y foco de tensión entre ambas potencias. De este modo, como no podía ser de otra manera, el cambio de faz del imperialismo no ha modificado en lo más mínimo sus tendencias y apetitos hegemónicos y expansionistas, algo que, obviamente, sólo la revolución puede hacer.

Un apunte en esta dirección. Es habitual entre las organizaciones revisionistas al respecto de la presencia de mercenarios españoles en Afganistán limitarse a pedir la salida de estas tropas del país asiático. Debe ser, al igual que cuando se niegan a realizar propaganda por la dictadura del proletariado, para no “asustar” a las masas o por hacer gala de *responsabilidad* política y de respeto por un Estado que se quiere reformar (III República) pero no destruir; porque esa consigna de “retirada” a secas, cuando el interlocutor es necesariamente el gobierno y el Estado, sólo consigue educar a las masas en el democratismo pequeño-burgués (intento de realización de ideales democráticos mediante la petición a las instituciones establecidas), el chovinismo nacionalista (miramientos hacia unas tropas que se suponen *nuestras*) y en la incapacidad para moverse en unos parámetros que no sean los dados. Pero una de las diferencias entre el marxismo y el internacionalismo proletario, por un lado, y cualquier variedad de radicalismo pequeño-burgués es precisamente la precisión de las consignas y el carácter educativo revolucionario de la agitación para las masas. Por eso la única consigna que vale para el proletariado consciente es la del derrotismo revolucionario, porque sólo la propaganda por la derrota de los imperialistas, aunque sean *nuestros*, y la educación del proletariado en el “deseo” de esta derrota, mientras que no pueda organizarse efectivamente para la realización de acciones en la retaguardia que la faciliten (reconstitución del Partido Comunista y transformación de la guerra

imperialista en guerra civil revolucionaria), es la que forma consecuentemente a las masas en el internacionalismo y las prepara más eficazmente para la revolución, mediante el desprecio por las instituciones vigentes, manteniendo a la par unidos los lazos con la resistencia de los pueblos oprimidos, siendo el mejor dique que podemos ofrecer para evitar la propagación entre esos pueblos de ideologías exclusivistas y reaccionarias, como el *yihadismo*, que se retroalimentan con la agresión imperialista.

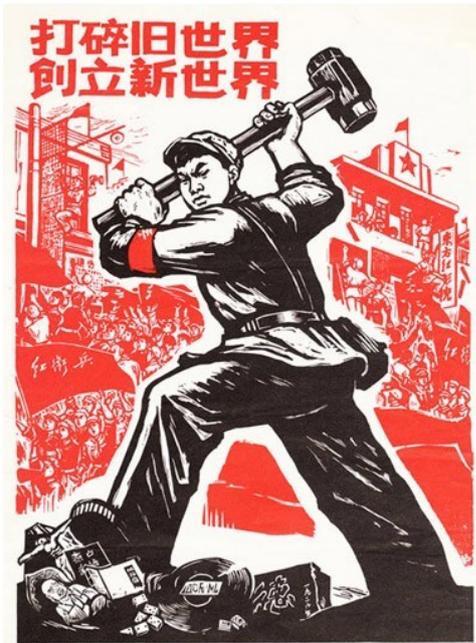
## La bancarrota del revisionismo

Pero hace ya mucho que el revisionismo fue diagnosticado como el peor enemigo del comunismo; la diferencia es que desde hace muchas décadas ha conseguido hegemonizar el movimiento, lo que se ha agravado desde hace algunos años con la pérdida, al menos en los países imperialistas, de todo referente revolucionario, desnaturalizando y liquidando el programa de la Revolución Socialista. Ello se pone de manifiesto más que nunca en el actual contexto de profunda crisis económica. La ideología revisionista siempre ha pregonado y educado a sus militantes en el imperativo de construir el movimiento revolucionario con lo que ellos dicen que es la clase obrera. Pero “clase obrera” para ellos no es más que la reducción empirista y economicista de este concepto a las luchas sindicales de resistencia económica. Así, la base del movimiento revolucionario son lo que, pomposamente, en una retórica desgastada que ya no atiende a la realidad, llaman “frentes de masas”, las luchas de resistencia por las condiciones de vida de las masas. Pero aunque a estos farsantes se les llena su fetichista boca con las “masas”, concepto que, contra el leninismo, entienden siempre unilateral y dogmáticamente como las grandes masas, como los amplios sectores populares, lo cierto es que éstas hace mucho tiempo que dejaron de prestar atención a su sermón, por lo que sus pretenciosas “luchas en la calle” y “codo con codo con la clase” se suelen limitar a las caminatas abanderadas de sus cortejos y a la publicación de numerosos comunicados en que, de forma siempre externa, pues hace mucho tiempo que ellos no están a la cabeza de ningún conflicto, apoyan tal o cual lucha de las masas. Es por ello que, lógicamente y en perfecta coherencia con sus gastadas concepciones, han de buscar la

manera de intervenir en la realidad social con el sostenimiento de lo que, en su concepción estrecha y economicista, se les presenta como la clase obrera organizada, fundamentalmente los sectores críticos de los grandes sindicatos, como los *criticocos*, esos que apoyaron a Toxo, prometiendo un giro a la izquierda de CC.OO. Es esa cadena que lleva de Toxo al *comunismo* republicanista, por más que ahora renieguen de él, la que mejor muestra el carácter de clase del *comunismo* dominante, esa criada fiel del sindicato y la aristocracia obrera. ¡Gran ironía que una ideología que pregonaba el más burdo obrerismo acabe enlazando con los pactos de moderación salarial! Ya hemos repetido en numerosas ocasiones la imposibilidad de construir un movimiento subversivo desde la plataforma de la resistencia, pues por su propia naturaleza acaba reproduciendo las condiciones que la engendran (el ejemplo paradigmático: la única conclusión posible de la lucha por la mejora de los salarios es la perpetuación del trabajo asalariado), y lógicamente las construcciones políticas que se levantan sobre tales cimientos no pueden sobrepasar los límites del reformismo, como es el caso del movimiento republicanista. Además, la reducción economicista del proletariado estrecha aún más estos cortos límites, pues condena al comunismo al servicio de una ínfima minoría de la clase, ese poco más del 15% de asalariados sindicados, y aún más, pues en las condiciones dadas de liquidación a todos los niveles, también cultural, del referente revolucionario sólo puede actuar como vocero político de las franjas de ese sector en trance de perder su posición privilegiada entre los trabajadores. Ésa es efectivamente la base social y lo que políticamente expresa el *comunismo* dominante.

Sin embargo, como decimos, hoy más que nunca la falsedad de estos presupuestos políticos e ideológicos se muestra patente. La crisis económica no ha ido acompañada del repunte de la lucha de resistencia y de la ebullición de las masas. La manida excusa de la “acumulación de fuerzas” en base a programas mínimos reformistas en espera de *tiempos mejores* se ha mostrado como lo que es: el máximo horizonte posible del revisionismo que no quiere oír hablar en ningún caso o plantear seriamente la revolución violenta y la destrucción del Estado burgués. Los *buenos tiempos* para la visión economicista de la revolución ya deberían estar aquí, pero no han

dado los efectos imaginados, y lejos de cuestionarse los presupuestos ideológicos en los que se basa la práctica política del revisionismo, o al menos la propia práctica, continúan *erre que erre* con la misma actividad y con los mismos programas que cuando desde las altas esferas se nos hablaba de expansión económica. ¿Qué clase de farsa es ésta?



Desde luego, si se tratara de las masas hondas y profundas, de las grandes masas, de esas a las que tanto apelan, no nos preocuparía lo más mínimo, pues de alguna forma intuyen que su relación con la aristocracia obrera es la del antagonismo de clase, como prueba la nula atención que prestan al discurso revisionista. Pero la cuestión es que la hegemonía de ese discurso atenaza a la vanguardia, quema a los mejores elementos de la clase, a los que son la mediación necesaria para que la ideología revolucionaria se funda con las masas, esos que se acercan a la política y a la lucha de clases atraídos por los símbolos y la gloriosa historia que hoy usurpa el revisionismo, y que hoy por hoy son las masas fundamentales (efectivamente, lean a Lenin para comprender la gradación dialéctica que se establece entre las masas), los necesarios protagonistas de este momento histórico que clama por la reconstitución del comunismo.

Hemos dicho muchas veces también que la reactivación de la revolución sólo será posible, por el propio carácter de la empresa, desde un movimiento construido desde bases

independientes, que no ajenas, de la realidad que pretende transformar y que esta base sólo puede ser la concepción proletaria del mundo, el marxismo. Pero no somos nosotros los que desligamos teoría de práctica y, simplemente, mantenemos que la derrota práctica de un siglo de revoluciones (el Ciclo de Octubre) no puede haber dejado inmune e impoluta la teoría que las ha guiado. Pero el problema sigue siendo el mismo, la construcción de ese movimiento desde esas bases independientes, por lo que la materia prima para la recuperación de la teoría revolucionaria sólo puede estar en el Balance, mediante la lucha de dos líneas, de toda la amplia experiencia revolucionaria del Ciclo de Octubre. Ésa es la tarea fundamental a la que debería consagrarse una vanguardia digna de tal nombre.

Precisamente ése es el peligro fundamental ahora y lo pernicioso de la hegemonía del revisionismo, su dejación y desprecio por la teoría, el desgaste de la vanguardia en actividades que parten de presupuestos erróneos y que se consagran a fines que no son los de nuestra clase, como la III República, y que, de todos modos, sólo podrían alcanzarse si son instrumentalizados por la burguesía en caso de agudizarse sus contradicciones internas o como subproducto reformista para frenar un movimiento revolucionario que fuera más allá. Y, desde luego, la inexistencia de una reacción en el seno de la vanguardia ante la bancarrota de los presupuestos ideológicos y políticos del revisionismo (la crisis como detonante de la actividad de las masas, la resistencia como plataforma de construcción revolucionaria, la eterna “acumulación de fuerzas”...) y ante su dogmatismo y carencia de autocrítica, sean cuales sean las “condiciones específicas” (otro de sus lugares comunes), no son sino una muestra de la efectividad de su labor de liquidación del comunismo revolucionario y una razón más para perseverar por la senda de su reconstitución.

## ¡Todo por el Estado burgués!. Garzón y el republicanismo

Decía Marx que la historia se repite, unas veces como tragedia otras como farsa. La tragedia en este país se produjo hace ya tiempo, entre 1936 y 1939, con la muerte y el asesinato de cientos de miles de obreros y campesinos revolucionarios defendiendo un Estado que no era el suyo, un Estado burgués, ofrendados en el altar de la "flexibilidad táctica" y de la vacía democracia en abstracto. La traición del oportunismo, que sacrificó a una generación de bravos revolucionarios, se magnificó por esa manera de morir, no asaltando los cielos como los magníficos communards, sino defendiendo una república que no había dudado en disparar contra ellos. La forma de esa derrota ha desmoralizado a las generaciones posteriores, a las que, los que deberían haber sido sus inspiradores referentes revolucionarios, les fueron presentados como "mártires de la democracia" o, incluso, "defensores del orden constitucional", vaciando de contenido sus anhelos revolucionarios. Todo ello ayuda a entender mucho mejor traiciones, reconciliaciones y transiciones, y la facilidad con la que se impusieron, pues el virus del oportunismo estaba inoculado desde mucho antes.

Hoy, la farsa, convertida en tragicomedia callejera en anfiteatros universitarios y puertas de juzgados, se nos aparece; y muchos quieren colocar al ínclito y estrellado juez Baltasar Garzón como un nuevo "mártir de la democracia", al lado de los héroes que descansan en las cunetas de toda la geografía nacional, a los que, tras la bala fascista, ya se les asesinó una segunda vez por gracia del oportunismo prostituyendo su memoria, y se les mata ahora por tercera vez (¿irá la vencida por fin?). El asunto sería cómico si no fuera trágicamente desconsolador.

Y es que la comedia tartufa del conspicuo magistrado, y todo el circo de apoyos y encierros, en los que los dinosaurios de la despreciable progresía, de las Bardem a los Almodóvar, están viviendo una segunda juventud, tan pacata e inofensiva como la primera, nos muestra a

las claras toda la profundidad y el alcance del republicanismo con el que el revisionismo pretende hacer comulgar a la clase obrera.

La crisis ya puso de relieve la indiferencia entre neoliberalismo, mal entendido como absoluta libertad de mercado, y "Estado social", con la intervención pública para evitar el colapso del sistema financiero y la petición de un "paréntesis en el libre mercado" desde altas instancias empresariales, mostrando la verdad, que tanto se esfuerzan por esconder ciertos regeneradores democráticos, de la identidad básica de estas distintas formas políticas y jurídicas como elementos de la explotación capitalista, y dejando al desnudo la simple estatalización de los medios de producción, armazón económica del programa por la III República, como lo que significa realmente: la absoluta inocuidad frente al capitalismo si no cambia el carácter de clase del Estado, si no se demuele el Estado burgués.



"Sin comentarios"

Ahora, la farsa garzoniana vuelve a poner de relieve y extiende la verdad de la absoluta inocuidad de las reivindicaciones republicanas respecto del capitalismo. Otro de los puntos duros del programa republicano, "la depuración del aparato del Estado de los elementos fascistas", ha saltado con gran alboroto a la palestra del debate público dominante sin que se haya cuestionado un ápice la naturaleza clasista

de este Estado. Además, ha mostrado, para quien quiera verlo, a quién sirve el republicanismo como método de "acumulación de fuerzas". ¿O serán Miguel Sebastián, Ministro de Industria, o Jiménez Villarejo, antiguo Fiscal Jefe Anticorrupción (así se llama el cargo), cuando hablan de la existencia de restos del franquismo o de que las altas judicaturas del Estado están al servicio del fascismo, representantes genuinos de la pequeña burguesía antioligárquica y antifascista? ¿Será el grupo PRISA o los diarios El País y Público los que representan y los voceros de la pequeña burguesía antimonopolista? ¿Serán The New York Times y The Guardian altavoces del anti-imperialismo internacional? De nuevo, sería de risa si no fuera trágico.

Otra vez, vemos que esa "acumulación de fuerzas" en torno a la República de la que hablan ciertos comunistas sin sonrojarse, sólo sirve de reserva a un sector, el que se presenta como progresista, del capital monopolista, capaz de utilizar sin despeinarse los elementos centrales de este discurso en su pugna con la otra gran fracción del capital, consiguiendo de propina además legitimar y apuntalar el Estado en su conjunto, más allá de tal o cual forma, con la "democrática" figura de Garzón, estrella del Tribunal de Orden Público, represor implacable del independentismo vasco y constructor de jaulas de oro, cortesía del imperialismo hispano-europeo, para algún carnicero latinoamericano, convertido ahora en héroe de víctimas, exiliados y Madres de Mayo.

Es normal que estos comunistas estén incómodos, guarden silencio o tramen esforzadamente todo tipo de rodeos retóricos, ora recordando el historial represivo del juez estrella, ora intentando extender su raquíptico dedo acusador al Gobierno, todo sea por evitar clamar por la destrucción de un Estado que puede avenirse a ser reformado, aunque el reformador no tenga la amable cara que les gustaría para sus idílicas ensoñaciones democráticas. Esta situación ha colocado a nuestros comunistas republicanos en la embarazosa tesitura de ir de la mano del juez símbolo de la represión, por ejemplo de

los que de verdad luchan por el derecho de autodeterminación, o seguir callando y esquivar el asunto con vagas declaraciones, reconociendo la bancarrota y el nulo calado de su proyecto democratizador como vía al socialismo. Y es que todo este circo muestra la inocuidad de su estrategia y la capacidad del capital en su conjunto para asumirla, reconducirla y asimilarla.



Democratizar la democracia burguesa no tiene contenido político, sus supuestos déficits son el resultado legítimo del capitalismo en su época de decadencia, que exige, no más democracia abstracta, sino la dictadura de la nueva clase revolucionaria. Muchas décadas nos ha hurtado ya el revisionismo el verdadero programa y la verdadera perspectiva revolucionaria, la dictadura del proletariado; no permitamos que siga así, no permitamos que entierren a nuestros mártires revolucionarios en los nichos del Estado para apuntalarlo, matando definitivamente su memoria. Recuperar el horizonte del Comunismo y organizarnos para la destrucción del Estado burgués es el mejor homenaje que el reconocimiento y la memoria de nuestros muertos exige.

Movimiento Anti-Imperialista  
Abril 2010

## CARTA A LA UNIÓN OBRERA COMUNISTA (mlm) DE COLOMBIA

Estimados camaradas de la Unión Obrera Comunista (marxista leninista maoísta) de Colombia [UOC (mlm)]:

Con motivo de su valoración de la Conferencia Internacional, organizada por el Movimiento Popular Perú (MPP) en Hamburgo y celebrada el pasado mes de octubre, que publicaron ustedes en su órgano de prensa *Revolución Obrera* (nº 266, de 17 de marzo de 2009), con el título *Sobre la situación de la lucha de líneas en el Movimiento Comunista Internacional para derrotar al revisionismo prachandista*, incluyeron una apreciación de la línea política de nuestra organización que, a nuestro juicio, no respeta su perfil, distorsionándolo hasta el punto de ofrecer una imagen equívoca, cuando no errónea, de nuestra posición en aspectos fundamentales de la línea general del Movimiento Comunista Internacional (MCI). Por esta razón, consideramos pertinente dirigirnos a ustedes con el fin de esclarecer determinados extremos que, bajo su interpretación, desdibujan o distorsionan nuestra política.

Ustedes resumen nuestra posición internacional en los términos siguientes: identificación con el “izquierdismo” del MPP; reconocimiento al presidente Gonzalo y al Partido Comunista del Perú (PCP); necesidad de proceder a la escisión del Movimiento Revolucionario Internacionalista (MRI) y de que la izquierda marxista-leninista del MCI se aglutine en torno a un proyecto de reconstitución de una nueva Internacional Comunista, pero sin que se considere requisito imprescindible el reconocimiento del maoísmo como base de esa reconstitución ni como desarrollo de la ideología marxista leninista del proletariado.

De este resumen de nuestro posicionamiento, se desprenden dos aspectos centrales, uno de carácter político y otro de orden ideológico, que a continuación trataremos. En cuanto a su apreciación general de la posición de nuestra organización como “izquierdista”—apreciación que, con generosa y al mismo tiempo imprudente licencia, se permiten extender a todos los participantes en la Conferencia Internacional—, más parece una calificación *ante omnia* cuyo fin es el de condicionar el juicio del lector, tanto más si nos ceñimos a su propia definición de esa

posición, la cual, según ustedes, incluye la “defensa del MRI” y del Presidente Gonzalo o del “partido militarizado”. El MAI, sin embargo, no apoya estos puntos, como puede comprobar cualquiera que se haya molestado en familiarizarse mínimamente con nuestros documentos o, simplemente, con nuestra participación en la edición de 2007 de esa misma Conferencia Internacional, celebrada en Madrid. Desacuerdos de los que, junto con otros, por cierto, los camaradas peruanos son plenamente conscientes. Que nuestra organización, en esta ocasión, no cargase las tintas sobre las diferencias de línea con los organizadores o con la corriente principal de la Conferencia se debió al convencimiento de que, en ese momento, lo importante era reunir los esfuerzos para la denuncia y derrota del revisionismo prachandista como tarea principal de la lucha de dos líneas internacional, perspectiva y tareas éstas que, por otra parte y según creemos, ustedes comparten de pleno y a la que con decisión están contribuyendo destacadamente.



Por todo ello, queremos dejar claras nuestras afinidades y discrepancias principales con el PCP. Primero, en el plano político:

No asumimos en modo alguno el concepto de *jefatura* ni, por consiguiente, ninguna de sus derivaciones concretas, ya sea bajo la forma de *pensamiento gonzalo* o de *camino prachanda*, porque, en general, esta errónea visión del papel del dirigente revolucionario y de su relación con la

clase se remite a una concepción burguesa idealista del papel del individuo en la historia; y, en particular, porque convierte en depositario de la ideología proletaria a un solo individuo, abriendo paso al pernicioso culto a la personalidad y a desviaciones de corte mesiánico que debilitan estratégicamente al Partido y a la dirección de la revolución y, como se ha demostrado, terminan llevando al movimiento revolucionario hacia su liquidación, porque introducen en él estilos de trabajo y formas de relación de naturaleza burguesa entre dirigentes y dirigidos al reproducir y fomentar la división entre trabajo manual e intelectual propia de la sociedad dividida en clases.

Apostamos por la reconstitución tanto de partidos comunistas en cada país como de la Internacional Comunista. Éstas son, para nosotros, las dos piernas sobre las que se sostiene, hoy, la construcción del MCI. Pero, más allá de declaraciones retóricas, también tenemos en esto importantes diferencias con el MPP. En cuanto a la reconstitución de partidos estatales, nos parece insuficiente la línea que aplica el PCP de *coadyuvar* en su reconstitución, porque esto, en la práctica, se plasma en una línea política de *no intervención* que sólo revela interés por la construcción de bases de apoyo internacionales para la revolución peruana y por la organización de MPP's auxiliares fuera del Perú, los cuales, en los hechos, se desentienden de las tareas de reconstitución de los partidos comunistas de los países donde surgen. En definitiva, se trata de una visión en la que la revolución peruana se sitúa como centro de la Revolución Proletaria Mundial y no como base de apoyo de la misma. En nuestra opinión, el PCP-MPP debería acercarse más a la línea de construcción internacional de la vieja Komintern, procurando apoyos a la revolución peruana desde el fomento de los movimientos revolucionarios en otros países, principalmente desde la reconstitución de sus partidos de vanguardia; pero no con espíritu *colonizador* o instrumentalizador, sino en la dirección de la reconstitución de la Internacional Comunista (IC) a partir de la organización de un embrión que pueda empezar a convertirse en referente revolucionario de la lucha de dos líneas en el plano internacional y acelere el deslinde ideológico y político con el revisionismo que hoy domina el panorama a través de sus múltiples engendros, incluido el MRI. Reconocemos al PCP como partido destacado dentro del MCI porque

está desarrollando guerra popular y por su denuncia y firme combate del revisionismo prachandista y avakianista; por ello, consideramos que posee el prestigio y la capacidad de liderazgo suficientes para tomar la iniciativa en el sentido indicado, rompiendo con el MRI (no sólo con su Comité) e inaugurando una nueva línea de reconstitución de la Internacional Comunista. Pero, muy lejos de esto, sabemos que el PCP-MPP no sólo no ha considerado nunca al MRI como embrión de la futura IC, a pesar de su participación temprana en él, y que no está dispuesto a romper orgánicamente ni escindir el MRI, sino que tampoco quiere asumir el papel de partido de vanguardia internacional como aglutinador del ala revolucionaria del MCI. El PCP participa en los eventos internacionales con la misma finalidad antedicha: recabar apoyos para su revolución nacional, independientemente de la reconstitución de la IC. Y el MAI no está ni puede estar de acuerdo con esta línea de actuación. En este sentido, creemos compartir el punto de vista de la UOC (mlm), principalmente sobre la necesidad de combatir al MRI como proyecto de unidad internacional de los comunistas por ser expresión del revisionismo surgido de las filas maoístas. Sólo en este sentido de degeneración política e ideológica recogíamos en nuestra intervención en Hamburgo las advertencias que correctamente ya expusiera en su día el camarada Gonzalo al respecto. Pero, ante el MPP, protestamos por la confusión que genera en el resto del movimiento el empeñarse en permanecer en aquella organización internacional; con lo que suscribimos, creemos, la posición que al respecto también mantiene la UOC (mlm).

Sin embargo, más allá de todas estas consideraciones, de orden más o menos táctico, nuestro respeto por el PCP procede de su experiencia de reconstitución y de aplicación de la guerra popular (y sobre cuyo balance, incluso nosotros sostenemos discrepancias con el propio MPP: por ejemplo, en la cuestión del partido militarizado), experiencia que, a nuestro entender, contiene lecciones valiosísimas para el resto del MCI desde el punto de vista de los principios y de las bases sobre las que debe sostenerse el inicio de la próxima oleada de la Revolución Proletaria Mundial (RPM); experiencia que, por otra parte, pocos han sabido o querido aprovechar, incluyéndoles a ustedes, como demuestra su actual rechazo de la guerra popular como forma

universal de la línea militar proletaria y su actual política fundada en una línea de masas resistencialista-espontaneísta.

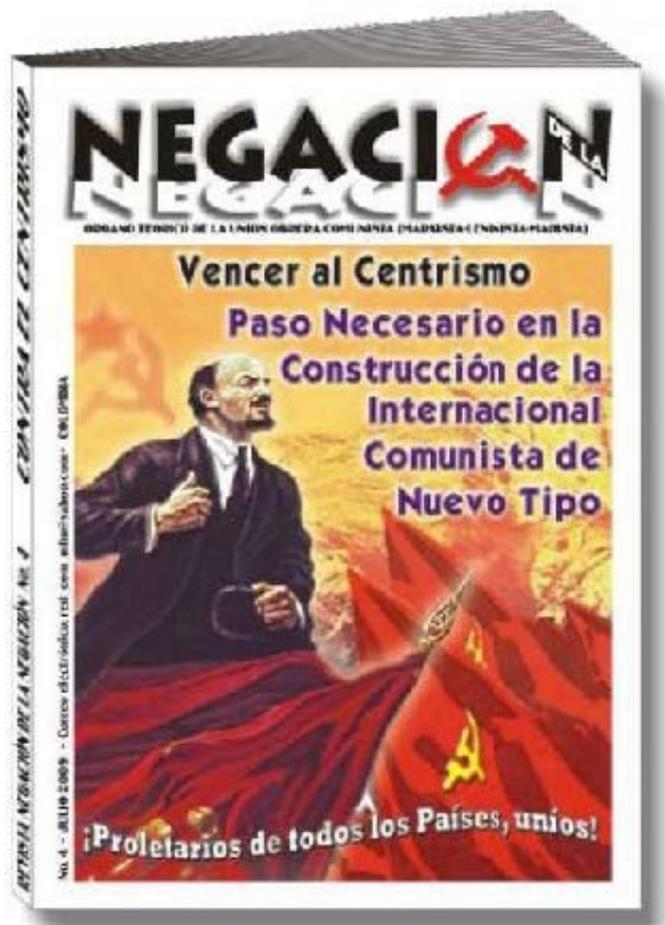


Por lo que se refiere al plano ideológico, el MAI ha adoptado como punto de partida estratégico de su política la consideración del ciclo revolucionario que se inició en Octubre de 1917 como ciclo histórico clausurado. Esto implica planteamientos de fondo que nos llevan a poner en cuestión tesis como la del maoísmo como punto de partida del próximo ciclo revolucionario; aunque estamos dispuestos a aceptar al maoísmo como desarrollo superior de la ideología proletaria dentro de ese ciclo histórico revolucionario. No sólo porque, comprendiendo al maoísmo como expresión condensada de la experiencia revolucionaria china, desde el punto de vista teórico, no se ha dado hasta ahora ninguna explicación o ninguna explicación satisfactoria de la derrota de la revolución en China, principalmente de la Gran Revolución Cultural Proletaria (GRCP) –ni siquiera se acepta este problema como una cuestión central para el debate–, ni sólo porque, como modelo de construcción política revolucionaria, fracasó a la hora de diseñar una línea homogénea en el uso de los instrumentos de la revolución –como ocurrió con la guerra popular, que desapareció como instrumento estratégico a partir de 1949–, sino también, en lo ideológico, por la ausencia de una fundamentación clara del basamento filosófico del maoísmo. Ahora, con el Ciclo de Octubre concluido, el balance de la GRCP sólo puede abordarse en relación con el balance global del ciclo revolucionario, tan necesario como pendiente y tarea del momento que pone en el orden del día la cuestión de la reconstitución ideológica y política del comunismo. Sin embargo, tanto el PCP como el resto de destacamentos que se autodenominan maoístas, asumen el maoísmo como expresión de la ideología más avanzada y definida, desde la cual se puede reanimar la RPM, dando a entender que no caben debates ideológicos que cuestionen el maoísmo en lo que cada uno considera que son sus puntos esenciales, y en los que paradójicamente no suelen coincidir.

Éste de la disparidad de maoísmos es un tema

interesante, y a nuestros ojos demuestra que no es la cuestión de la asunción de esta doctrina lo que, en la actualidad, sirve de frontera de separación entre marxismo y revisionismo. Y, en esto, el caso de ustedes, de la UOC (mlm), es paradigmático. Por ejemplo, en el campo de la filosofía, ustedes mantienen una posición singular dentro de su corriente. Dentro de su interpretación de la dialéctica materialista, aceptan la categoría de *negación de la negación*. Desconocemos hasta qué punto son consecuentes con esto –y estamos seguros de que, entre maoístas, las consecuencias son de largo alcance–, o hasta qué punto son conscientes de ello, pero esa categoría filosófica adorna nada menos que la cabecera de su revista teórica. Y aunque desconocemos su motivación, esperamos que se trate de algo más que un guiño literario. Pues podemos asegurar que es algo inaudito, porque, hasta lo que nosotros sabemos, absolutamente todos los maoístas rechazan la categoría de la segunda negación dialéctica. Y hablamos con conocimiento de causa, porque hemos gozado de la oportunidad de discutir *vis a vis* sobre esta cuestión con cuadros del PCP y del Partido Comunista del Nepal (maoísta) (antes de 2006) –es decir, organizaciones que no se puede decir que no sean representativas de su movimiento–, ante la que mantuvieron las mismas posiciones, análogas a las de todos los grupos maoístas que, nosotros conozcamos, se han pronunciado al respecto; es decir, la posición que definió Mao en 1964, en su *Discurso sobre problemas de filosofía*, en el que atacaba directamente la postura de Engels en este punto, pero sin extender su crítica coherente y consecuentemente hacia la concepción clásica del materialismo dialéctico predominante y sostenida hasta ese momento por nuestro movimiento, con todo lo que esto acarrea de confusión entre los partidarios de esta filosofía como concepción del mundo, confusión que arrastra y genera todavía el maoísmo cuando se trata de este asunto. Y es que, igual que Mao renunció en su momento a resolver esta contradicción entre dos ontologías (un monismo y, en las palabras censoras de Mao dirigidas a Engels, un “triplismo”) que pugnan por ser exponente ideológico del mismo movimiento social, los maoístas de hoy en día obvian todos los problemas que trae consigo ésta ruptura teórica del maoísmo con el marxismo-leninismo; pero se trata de una importante cuestión que el maoísmo debe de aclarar, pues de ello depende en gran

medida su grado de vinculación con el marxismo-leninismo: si se trata de un desarrollo de todas y cada una de sus *partes integrantes*, como dicen la mayoría de ustedes, o si representa una desviación con respecto a él, ya que el manejo de la dialéctica marxista es fundamental para el análisis de la realidad y el desarrollo de la revolución.



Confesamos que la heterodoxia maoísta de la UOC (mlm) en materia de filosofía nos resulta simpática, porque demuestra desapego al dogmatismo y al doctrinarismo, al igual que —y por lo mismo— su caracterización de las tareas inmediatas de la revolución en Colombia que, según creemos, ha definido como socialistas y no de nueva democracia, algo también original dentro de su corriente. Independientemente de nuestra opinión al respecto, alabamos su esfuerzo por superar los esquemas preestablecidos y ceñirse al análisis marxista concreto de la situación concreta, aunque esto les suponga la reprobación y el aislamiento frente a quienes prefieren aplicar y trasladar mecánicamente modelos que corresponden a otro tiempo y lugar.

En cuanto al balance de la experiencia histórica de la construcción del socialismo, nos felicitamos también por coincidir con ustedes en que se trata de una tarea prioritaria para los

comunistas; aunque, desde nuestra perspectiva, su planteamiento de esta cuestión es erróneo, pues su punto de partida es acientífico y ajeno al materialismo histórico por tautológico, ya que se pretende reputar una conclusión que ya actúa como premisa (“*Si el maoísmo es correcto y verdadero, entonces la experiencia histórica del maoísmo fue correcta*”). Esto es una tautología lógica sólo *verdadera* para el pensamiento deductivo especulativo, pero falsa para la investigación histórica).

En este sentido, por lo que se refiere, en concreto, al balance particular de la GRCP, la UOC (mlm) afirma que la causa principal de la derrota se debió al abandono del camino de la Comuna de París, con lo que estamos completamente de acuerdo, y que se debía haber armado al pueblo para sustituir al Ejército; pero el balance queda incompleto al no explicar la responsabilidad y la relación directa de Mao y de la dirección maoísta con estos hechos, por una parte, y, por otra, al adolecer de cierta ambigüedad y mucha indecisión —precisamente, para salvar la premisa de que se parte, para salvar a Mao y al maoísmo— cuando se da pie a la interpretación errónea de que, después de todo, los Comités Revolucionarios patrocinados por el centro maoísta eran una forma de expresión de la Comuna.

Desde estas consideraciones, creemos que lo más coherente para un marxista, hoy, es comprender y defender que la cuestión del balance pone en el orden del día el problema de la reconstitución ideológica del comunismo (no sólo su reconstitución política), el problema de resituar a la altura de los tiempos y de la experiencia de la clase a la ideología proletaria desde la asunción de todo el legado histórico de la RPM, sin apriorismos ni dogmatismos, para que recupere su posición de teoría de vanguardia. Todo balance guiado por otra intención u otro objetivo sería incompleto y ajeno a los intereses del proletariado como clase revolucionaria. Por esta razón, el MAI, aunque se siente más cercano políticamente de ciertos sectores maoístas que de otras corrientes comunistas, no puede asumir el maoísmo sin haberlo sometido antes a la prueba del balance histórico de la RPM. Lo cual no quita para que vayamos incorporando ya elementos fundamentales de nuestra línea política recogidos del maoísmo.

Uno de estos elementos, ciertamente, es la

concepción de la guerra popular como instrumento estratégico de la revolución proletaria de carácter universal, si bien es verdad que la integración que hemos realizado de la misma en nuestra línea de reconstitución partidaria nos aleja en ciertos matices de la visión clásica de los maoístas en esta materia. En cualquier caso, no creemos que la definición de esa concepción se sujete a lo que, con algo de ironía y mucha demagogia, ustedes denominan *guerra popular mundial*, concepto ambiguo de resabios limpioístas –por no decir trotskistas– que da a entender cosas que no se corresponden con la guerra popular como línea estratégica de la RPM (por ejemplo, da a entender que esa guerra tiene que darse simultáneamente a escala mundial, lo cual implica rechazar la ley del desarrollo desigual de la revolución o la posibilidad del socialismo en un solo país, etc.). Por el contrario, más difícil de asimilar y de hacer coincidir con el maoísmo nos parece a nosotros la defensa que hace la UOC (mlm) de la guerra popular basada en una insurrección que vendría de la mano de una huelga general de masas, algo que la experiencia revolucionaria del movimiento obrero –y en especial, del movimiento obrero chino– hace tiempo que superó y dejó de lado.

En relación con otro de los asuntos en que coincidimos con ustedes que se trata de algo absolutamente prioritario, el combate y derrota del revisionismo prachandista, les informamos de que el MAI, ya en el verano de 2006 y cuando muy pocas organizaciones se habían pronunciado al respecto, publicó todo un dossier sobre la revolución en Nepal en el que analizábamos los orígenes de este nuevo revisionismo y advertíamos del camino contrarrevolucionario al que conducía, denunciando sin vacilación la entrega de las armas, el abandono de la guerra popular y la renuncia a la revolución por parte de la dirección prachandista. Ustedes ni se hicieron ni se han hecho eco todavía de este trabajo, ni de la contribución del MAI al combate contra el revisionismo de Prachanda, quizá porque nuestro análisis propone como hipótesis el posible y más que probable vínculo existente entre esta desviación ideológica y las raíces comunes del maoísmo como forma del pensamiento político, debido, principalmente, al deficitario balance del revisionismo soviético recogido por Mao, y al deficitario balance de Mao realizado por los maoístas, con los maoístas nepalíes a la cabeza en este caso. En aquel trabajo sobre la deriva de la

revolución en Nepal, coincidíamos con la UOC (mlm) en la importancia del deslinde ideológico entre revolución y contrarrevolución con el fin de desenmascarar el viraje contrarrevolucionario del PCN (m), así como a los mercaderes de la ideología, como el Partido Comunista Revolucionario de los Estados Unidos. Denunciábamos el contratiempo que suponía esta claudicación, no sólo para el MRI o el movimiento maoísta, sino para todo el MCI, pues, por lo que a nosotros respecta, muchas organizaciones autodenominadas comunistas en el Estado español han saludado el viraje y el triunfo electoral del prachandismo, identificándose con su *vía pacífica al socialismo* y alimentando con ello el cretinismo parlamentario y el reformismo, como muy bien denuncia la UOC (mlm) en el marco internacional.

A consecuencia de ese dossier, tuvimos el honor de entablar, antes que ustedes y en los mismos términos que ustedes, un debate con un portavoz de *Correo Vermello*, grupo conocido de la UOC (mlm) y uno de los exponentes del predominante revisionismo maoísta en el Estado español, así como del desviacionismo nacionalista del que, curiosamente, hacen gala casi todos los maoístas de este país, a quien no gustaron nuestros argumentos en defensa de un verdadero maoísmo revolucionario y en contra de las medias verdades e interpretaciones interesadas a las que recurren sistemáticamente los prachandistas, incluido el vocero de *Correo Vermello*.



El panorama general del MCI, así como las contradicciones que atraviesan en particular al maoísmo como corriente dentro de ese movimiento, de las que las asistencias y las ausencias en la Conferencia de Hamburgo son prueba suficiente, y que se suman a la ya larga

diáspora que sufre el MCI desde hace décadas, acentuada tras el descalabro final del ciclo de Octubre, se caracteriza por una tendencia creciente a la dispersión y disgregación ideológica, que afecta también al maoísmo, razón por la cual estamos completamente de acuerdo con la UOC (mlm) en que no puede subestimarse la lucha ideológica y oponer al revisionismo prachandista, vanguardia hoy del revisionismo mundial, únicamente soluciones políticas. En nuestra opinión, y para ser plenamente coherentes con ello, es necesario desarrollar la lucha de dos líneas, a la que es preciso someter todas las cuestiones que conciernen a la línea general de la revolución proletaria, incluyendo la cuestión de la actualidad del maoísmo, y para lo cual es preciso abrir todos los escenarios posibles.

Por ello, estamos de acuerdo también con la UOC (mlm) en la necesidad de realizar una Conferencia Internacional que tenga como objetivo la reconstitución de la Internacional Comunista, pero la hacemos extensiva al resto del MCI, no sólo a los *auténticos MLM*, algo que es hoy por hoy imposible de determinar, aunque sólo sea por las dudas y contradicciones que estamos exponiendo sucintamente en esta carta, y para las cuales aún no hay respuesta. A este respecto, consideramos que la UOC (mlm) se equivoca acotando tanto el MCI, pues fuera de los destacamentos maoístas se encuentran revolucionarios marxistas-leninistas que están enfrentando el revisionismo, en general, y también su moderna expresión prachandista, con idéntica vehemencia y tesón si cabe que la UOC (mlm). Sería subestimar las propias fuerzas no tener en cuenta a estas organizaciones en el desarrollo de la lucha de dos líneas contra el revisionismo mundial.

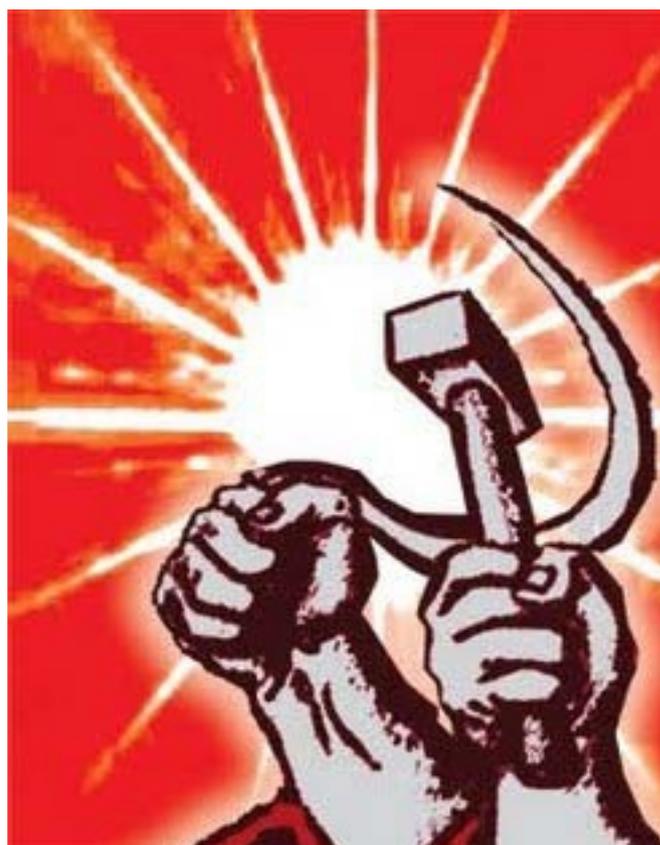
Insistiendo en esto último, si nos permiten mencionarlo, ha representado una limitación a la posibilidad de unir fuerzas en esa lucha y de establecer relaciones de camaradería, a la vez que potenciar el debate fraternal y franco así como tejer una red de trabajo común, el hecho de rechazar la posibilidad de extender la propuesta de Comunicado conjunto del Primero de Mayo de 2009 de la UOC (mlm) a la suscripción de otros partidos y organizaciones que no se declaran maoístas. Respecto a lo que nos concierne directamente en este sentido, de las dos organizaciones a las que les han enviado el comunicado en el Estado español, la primera, los Comunistas de Castilla-Bandera Roja, se ha

mostrado, cuanto menos, ambigua con respecto al revisionismo, tanto en relación con Perú como con Nepal, y la segunda, la Unión Obrera Comunista Revolucionaria, creemos que es una organización *fantasma*, completamente desconocida entre los destacamentos de vanguardia de nuestro país.

Teniendo en cuenta todo lo anteriormente dicho, y a pesar de manifestar un excesivo optimismo sobre la situación actual de crisis del capitalismo, el MAI respalda, en general, el contenido del Comunicado.

Les invitamos, finalmente, a debatir sobre todas estas cuestiones en interés de la reconstitución ideológica y política del comunismo, tarea primera y principal actualmente de la vanguardia proletaria y del MCI, con el fin de potenciar la lucha de dos líneas en el plano internacional de cara al deslindamiento definitivo con nuestro común enemigo, el revisionismo.

Reciban un fraternal saludo revolucionario.



***Movimiento Anti-Imperialista***  
***10 de Julio de 2009***

# CHARLA-DEBATE SOBRE REFORMA O REVOLUCIÓN

## Presentación

El pasado 15 de agosto, el MAI participó en la charla-debate organizada por la Juventud Comunista de Zamora (JCZ) consagrada a la controversia, de vigente actualidad en el movimiento comunista internacional -sobre todo tras los derroteros que recientemente ha escogido la revolución en Nepal- y que se pone cada vez más en el orden del día de nuestra revolución, entre vía reformista y vía revolucionaria como estrategia hacia el socialismo, charla-debate que, por otra parte, estaba enmarcada dentro de las jornadas dedicadas a conmemorar la memoria de los comunistas locales que, en 1936, fueron asesinados por el fascismo.

Con el MAI, participaron también la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE), el Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE) y el Colectivo Comunista 27 de Septiembre (CC 27s), todos con la oportunidad de exponer su punto de vista sobre la cuestión de ¿Reforma o Revolución? ante un público que, después de las ponencias de las organizaciones intervinientes, tuvo ocasión de participar en el debate.

Sin embargo, debemos aprovechar este espacio para introducir algunas matizaciones pertinentes relacionadas con nuestra caracterización de la posición de los otros copartícipes en el acto público zamorano, ya porque nuestro representante fue el primero en intervenir y no pudo conocer con antelación el enfoque de los otros partidos, ya porque, posteriormente durante el debate, los temas que surgieron desplazaron a un segundo plano este tipo de consideraciones. En concreto, nos referimos a la caracterización de centristas de las organizaciones allí presentes (principalmente, el PCPE y CC 27s) que expusimos en nuestra disertación inicial, cuando, realmente, y después de escuchar con escándalo las suyas, hubimos de aceptar nuestro error de análisis y reconocer que estos grupos, como poco, se encuentran

situados a la derecha de nuestro movimiento, si es que -y éste es el segundo matiz que queremos introducir- no hay que considerar que ya están completamente fuera de él. Como veremos, no sólo el debate sobre el tema que allí nos reunía, sino también sobre otros que surgieron, como el carácter del Estado español y el feminismo, nos conminan a creer que estamos ante organizaciones que han abandonado por completo los fundamentos mínimos del comunismo y se han pasado con armas y bagajes al campo del reformismo, que, en los términos en que se dio el debate aquel día y en aquel lugar, es lo mismo que decir de la reacción.

**“¿Reforma o revolución?”**

**Charla-debate**  
**Zamora 15 de Agosto de 2009**

Intervendrán ponentes de las siguientes organizaciones

UJCE PCPE CC 27s MAI

Organiza: Colectivo territorial de la Juventud Comunista en Zamora

Después de nuestra intervención y de los consabidos ataques que ya se están convirtiendo en costumbre (el PCPE recurrió al manido tema de la “práctica” y de que será ésta la que demostrará quién tiene razón... ¡el PCPE, que lleva 25 años aplicando la misma práctica fracasada!; y el CC 27s,

insinuando con descarada demagogia que la línea política del MAI actualmente se basa en preconizar la lucha armada, etc.), lo primero que pudimos comprobar fue que, para estas organizaciones, no existe límite entre reforma y revolución, que ambos conforman un único y mismo camino. Fue ingenuo por nuestra parte pensar que estos partidos intentarían presentarse como revolucionarios genuinos, aunque, también, reconocedores serios y conscientes de la necesidad de utilizar tácticamente la reforma política. Al contrario, ni se molestaron en orquestar tal artificio, ni en lanzar cortinas de humo. Como el discurso del MAI estuvo preparado, precisamente, para desmontar tal artimaña, que creíamos inevitable dada la tradición de la que proceden estos grupos, resulta que nos vimos de manera sorpresiva absolutamente desbordados por la derecha, incluso más de lo que esperábamos. Pero, en el mismo sentido, el desbordamiento por la derecha del marco tradicional del debate comunista entre reforma y revolución pone a todos estos señores de izquierda fuera del movimiento comunista.

Tanto el PCPE como el CC 27s se esforzaron por demostrar la continuidad de la reforma y la revolución y que hablar directamente de revolución, hoy, es una quimera. El principal argumento del CC 27s consistió en que antes era preciso involucrar a las masas en luchas por reformas y en la participación electoral para combatir su apoliticismo. Esta actividad y su contribución a las tareas de construcción del Partido Comunista son los dos ejes principales del trabajo político del CC 27s, según afirmó su representante. Aunque, más bien habría que decir que consiste en la entrega de las masas a la política burguesa, debido a una profunda desconfianza en la capacidad del proletariado para generar un movimiento político y una política de clase independientes. El camarada del 27s sintetizó su punto de vista señalando que se trataba de que las luchas reformistas tienen el fin de que el Partido Comunista llegue al poder para aplicar las reformas necesarias para alcanzar el socialismo. En definitiva, como se ve, vía pacífica (parlamentaria), reforma y no destrucción del Estado burgués

y socialismo por decreto. ¡Qué poco han aprendido algunos de la experiencia de Octubre!

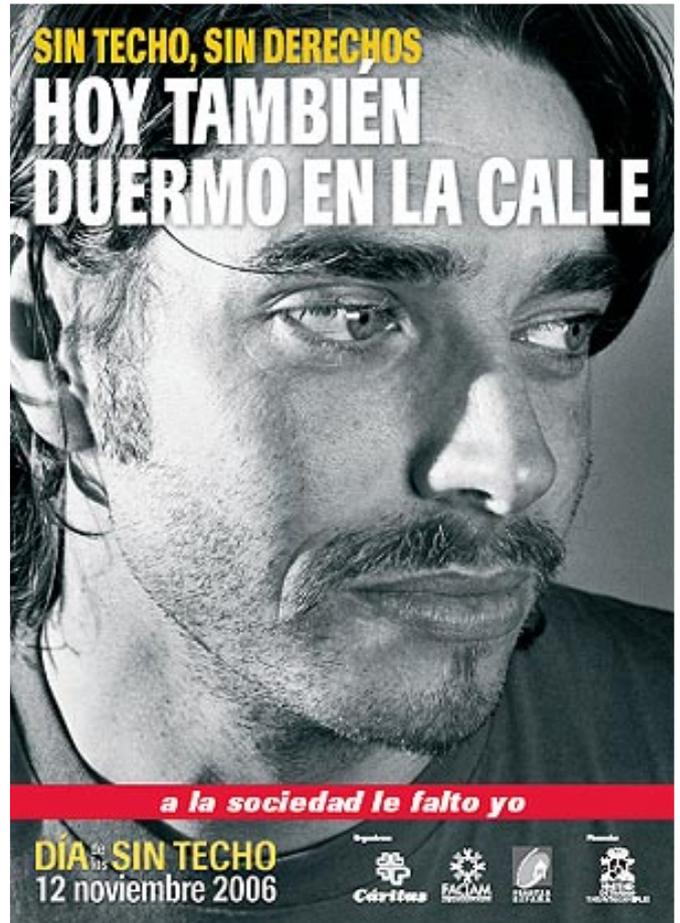
El PCPE, por su parte, reputa la continuidad entre reforma y revolución en que "la lucha por la reforma es el detonante de la revolución". Su ponente puso dos ejemplos para ilustrar esto: dijo que la Comuna fue resultado de la lucha popular por la bajada de los alquileres en París, y que, en Rusia, la Revolución de Octubre fue producto de la lucha por la paz. Tales interpretaciones, por cierto, dicen mucho de cómo han asumido los revisionistas el materialismo histórico y sobre su incapacidad para comprender los requisitos de la revolución proletaria. Así, en cuanto a lo primero, no se tiene en cuenta en absoluto lo fundamental, la bancarrota política y el vacío de poder que sufrió el II Imperio con la derrota del ejército francés en manos de los prusianos en 1870, y en cuanto al segundo caso, se olvida que lo decisivo fue la crisis política del gobierno provisional tras los fracasos de la ofensiva de primavera contra el frente oriental alemán. Por lo que se refiere a los requisitos para la revolución, se demuestra la incapacidad para comprender el papel de la fuerza armada organizada que asume la tarea de asaltar el viejo poder y quebrar su columna vertebral. Se nos muestran los procesos revolucionarios como si se tratara de rememorar permanentemente, aunque con diferente data, el espontáneo asalto de las masas a la Bastilla, cuando la historia ha demostrado que, para la revolución proletaria, se requiere de organización y planificación militar, como en los casos indicados quedó de manifiesto por el papel jugado, respectivamente, por la Guardia Nacional y la Guardia Roja, que arrebataron el poder real al enemigo, neutralizándolo, y se lo entregaron seguidamente a los organismos políticos revolucionarios (Comuna y Congreso de los Soviets). Sin esta acción el poder jamás hubiera pasado a manos del proletariado porque la burguesía siempre tiene capacidad para reaccionar (como se demostró en estos mismos ejemplos y, después, en las experiencias revolucionarias de los años 20 en Alemania, Hungría y

Bulgaria).

Por lo demás y en cuanto a la estrategia de la reforma como desencadenante de la revolución, estos señores no pueden quejarse, ya que la lucha de clases en el Estado español, sobre todo entre las fracciones dominantes, parece estar preparando un escenario adecuado a sus expectativas, pues con el caso Garzón -una suerte de affaire Dreyfus y con su mismo potencial explosivo- se está produciendo en apariencia esa polarización entre "fascismo" y "democracia" que reclaman como caldo de cultivo ideal para el proceso revolucionario tal como ellos lo perciben. El problema es que nuestros comunistas republicanos ni dirigen al ejército democrático (sino, más bien, los que ellos mismos denuncian como estafadores, los que pactaron la transición con los fascistas, los sectores que representan los Carlos Jiménez Villarejo, CC. OO., UGT... ¡y qué decir del mismo Garzón!), ni las tienen todas consigo cuando comprueban que el campo "antifascista" incorpora a monárquicos, imperialistas y españolistas, es decir, a fascistas o sospechosos de serlo, según su laxa definición (IU, amplios sectores del PSOE, Grupo Prisa...), y cuya alianza no puede sino mancillar el proyecto dirigido contra la monarquía heredera del fascismo. Pero bueno, como ya hemos dicho innumerables veces, igual que la crisis económica brinda a toda esta caterva de revisionistas la oportunidad de llevar a la práctica sus planes, ahora también se unen ciertos conatos de crisis política que tal vez permitan desarrollarse los brotes verdes del republicanismo. La práctica les pone a prueba. ¿Sabrán reconocer su derrota cuando sobre ellos recaiga irremisiblemente?

De entre los asistentes, el PCPE fue con quien mantuvimos un debate más prolongado y profundo debido a que este partido se posicionó abiertamente en más cuestiones relacionadas con la línea política proletaria. Así, por ejemplo, los límites de la revolución burguesa en España, revolución que, para ese partido, no existió porque, si la hubiera habido, viviríamos hoy en un Estado federal. Como ocurre con todos los oportunistas, después de haber tildado al MAI de

"idealista" por defender la necesidad de incluir en la propaganda comunista el objetivo del socialismo y de la dictadura del proletariado como elementos educadores de las masas, estos señores se presentan diciendo que, como un proceso histórico-práctico real -la revolución burguesa en España, que tuvo lugar, aunque con particularidades y en condiciones específicas-, no se corresponde con sus juicios a priori de cómo debería haber tenido lugar, entonces, ese proceso fue inexistente.



Lo mismo ocurrió en el debate sobre el carácter del Estado español. Para el PCPE, España no es una nación, sino sólo un Estado que se sitúa por encima de varias naciones peninsulares, incluida Castilla, para explotarlas y oprimirlas. Esta visión, naturalmente, está directamente relacionada con la tesis anterior de ausencia de revolución burguesa, y está encaminada hacia la otra tesis que defiende el PCPE, según la cual, el Estado español no es demócrata en ninguna de sus acepciones, sino "tardofranquista". En consecuencia, siempre según este partido, la tarea de los comunistas consiste en difundir conciencia

“democrática no burguesa” que, al parecer, es algo así como halagar el oído de las masas, pues propone concursar de la ideología de las luchas prácticas siendo más papistas que el Papa: llevar feminismo a las feministas, ser los primeros sindicalistas en los sindicatos, superar en afán independentista a los nacionalistas pequeño burgueses, etc. Con toda esta amalgama, el PCPE funde su programa político en la consigna de “República Socialista Confederal Feminista”. Lo original de este revisionismo elevado a la enésima potencia es que ha sobrepasado con creces el eurocomunismo de Carrillo-Anguita: agregar el ismo de cada frente de masas en el programa del partido es el non plus ultra del oportunismo. Así se lo expusimos en la reunión, sin dejar de reprocharles con ironía el retraso del PCPE respecto de los movimientos sociales, pues aún no han incorporado a su III República lo verde ni lo gay.

De todo lo dicho, se comprende que, para el PCPE, las contradicciones sociales en España son muy diversas y de muy distinta índole: existe la contradicción entre capital y trabajo, la contradicción de género, la contradicción Estado-nación, etc.; pero todas ellas se engloban en una general, a saber, la contradicción entre “oligarquía y pueblo”, que debe ser resuelta por esa III República democrático-no burguesa. Sin embargo, las insuficiencias del análisis del PCPE sobre la formación social española, desde el punto de vista del materialismo histórico, son evidentes y sangrantes. Para empezar, no explica la existencia de esta formación social como formación capitalista basada en el modo de producción capitalista como modo de producción dominante. Más bien, para el PCPE, no existe tal formación social capitalista española, sino varias formaciones nacionales diferentes que conviven bajo la tutela despótica del Estado español, lo cual, naturalmente, da alas a su discurso político de corte (con)federalista-nacionalista convergente con los movimientos independentistas pequeño burgueses que cada vez proliferan más en este país. Al poner al Estado por encima de las naciones se elimina toda posibilidad de identificación de las relaciones de dominación

internacional, es decir, se sustrae de contenido el problema de la opresión nacional porque se excluye la existencia de naciones dominantes frente a naciones dominadas, lo cual, a su vez, cercena muy mucho la posibilidad de comprender el actual sistema imperialista de relaciones internacionales. En definitiva, el sujeto de dominación es el aparato del Estado entendido como superestructura política y sin raíces de naturaleza nacional ni social, es decir, que tampoco implica a ninguna clase social dominante, tanto como clase nacional como clase capitalista, todo lo cual es absurdo desde el punto de vista del materialismo histórico.

Frente a esta visión idealista de un aparato político opresor que se eleva por encima de las naciones, de las clases que las conforman y de las luchas de clases, el MAI defiende que el Estado español es un Estado plurinacional imperialista, es decir, un Estado formado territorialmente por varias naciones entre las que existen relaciones de dominación y entre las que Castilla (o España) es la nación dominante, mientras que el bloque social dominante está formado por la alianza del capital financiero, la aristocracia obrera y sectores de la burguesía media capitalista de las naciones oprimidas.

En los documentos del PCPE (v. gr., las tesis de su VIII Congreso) tampoco se presenta un análisis satisfactorio de la formación de la clase burguesa española como clase capitalista. Parece que tampoco existe tal cosa. En cambio, se insinúa que la vieja aristocracia terrateniente semifeudal se ha “adaptado” al capitalismo, que sobreviven reminiscencias “feudales” en las relaciones de producción y en la política, etc. El bloque social dominante es presentado como un ensamblaje de distintas fracciones sociales (feudales, especuladores financieros, rentistas...), no como alianza de distintas fracciones de la misma clase capitalista. Y, por supuesto, ni una palabra acerca de la aristocracia obrera, ni sobre su papel como fracción de la clase dominante; sólo se la presenta como “mal ejemplo”, y todo con el objetivo de salvar al sindicato como modelo de organización de base del proletariado y de ocultar su papel como forma de

encuadramiento de la clase obrera por el capital y principal organismo político de la aristocracia obrera.

Con todos estos elementos, tomados en su conjunto, el PCPE quiere presentarnos un Estado de tipo patrimonial (semifeudal), como pura superestructura impuesta por una minoría que no es caracterizada como clase, sino como "familias", como "oligarquía", "sectores parasitarios", etc.; y como el dominio del capital es presentado como el mal en abstracto y no como un conjunto objetivo de relaciones de producción, sólo se nos ofrece como posible alternativa la "profundización de la democracia", no el socialismo; la reforma, no la revolución. Y, por supuesto, de la dictadura del proletariado, ni una palabra.

sociales. Esta tendencia es dominante en nuestro movimiento y está en la base del reformismo como ideología, razón por la cual nuestra organización ha decidido declararle la guerra a todas y cada una de sus manifestaciones.



El mecanismo que utiliza el revisionismo para disgregar la concepción global del mundo que es el marxismo consiste en sustantivar las contradicciones sociales y políticas respecto de las contradicciones de clase, cuando lo que exige el marxismo es desarrollar un análisis y construir un discurso en el que las distintas manifestaciones de los antagonismos sociales se hallen subsumidos en la lucha de clases. Todas las contradicciones tienen carácter de clase; todas las luchas están atravesadas por la matriz clasista de la sociedad. El MAI se ha comprometido a combatir toda perspectiva empirista y pragmática que desplace el punto de vista clasista sobre los problemas sociales. En Zamora denunciarnos la liquidación del marxismo como concepción del mundo clasista y su sustitución por todo tipo de ismos que quieren hacer pasar por comunismo visiones parciales o un agregado de visiones parciales de los antagonismos

En el debate abierto a todos los asistentes adquirió relevancia este problema aplicado al feminismo y a la cuestión de la opresión de la mujer. En este punto, hubimos de mantenernos firmes ante la avalancha de tópicos y lugares comunes acuñados por el feminismo oficial y que comparten la mayoría de los comunistas, independientemente de su sexo. La experiencia nos ha permitido comprobar cómo se desvía o se diluye un debate entre comunistas en el momento en que entra a litigar este feminismo burgués. Como los comunistas con los que desarrollamos lucha de dos líneas están abducidos por el sindicalismo, el nacionalismo y el economicismo en general, no nos sorprenden sus argumentos contaminados de revisionismo. Incluso estamos preparados para escucharlos. Pero, a diferencia del discurso que estos señores llevan a otros frentes de masas, impregnados de cierto barniz marxista, el feminismo comunista se ha desembarazado por completo del marxismo y ha asumido absolutamente todas las premisas teóricas y todos los tópicos políticos del feminismo de los 70, ese feminismo que hoy porta cartera ministerial.

La primera premisa teórica del feminismo, que comparten nuestros revisionistas, se refiere al punto de vista sobre la sociedad y, en particular, al contenido de la relación igualdad-

desigualdad. Desde que el partido feminista está en gobierno, el concepto de desigualdad ya no se refiere a las diferencias socioeconómicas, a la desigualdad entre ricos y pobres, a pesar de que ya hay 9 millones de éstos en España, sino a la que supuestamente existe entre varones y mujeres. Desde esta perspectiva, es imposible cualquier orientación política de carácter socialista, y mucho menos comunista. Mantenerla supone exacerbar la división interna de la clase obrera con la excusa de la diferencia de género, algo que el capital agradece permanentemente al feminismo. Por eso lo subvenciona y promociona.

las miembros del PCPE y su organización juvenil asistentes a la charla-debate de Zamora, el patriarcado supone la explotación y la opresión de todas las mujeres por parte de todos los hombres. Estamos, pues, ante la consumación de la división interna de la clase obrera; con este mensaje, será inútil todo esfuerzo por conquistar sectores de las masas más allá de los que asisten a la manifestación del 8 de Marzo (los oportunistas han empezado a encontrar la horma de su zapato: por atraer a unos termina enajenándose de los otros); el capital ha conseguido erigir un pilar más de la liquidación teórica del comunismo.

El Ministerio de Igualdad trata de imponer la desigualdad en el trato a las mujeres. Bueno, la desigualdad, no. La discriminación. Pero positiva. O sea, que las mujeres sean diferentes. Vamos, no diferentes. Sino mejores. Que tengan más de todo. No igual. Porque la igualdad no es buena. Para las mujeres.  
Igual me he liado.



La segunda premisa teórica del feminismo es la aplicación reduccionista del mecanismo de sustantivación de la relación social "de género" frente a la relación social de clase. En este caso, se consigue mediante abstracción (separación e independencia mutua de esos dos tipos de relaciones sociales) y mediante transposición (la relación de clase se sublima en la "de género", de modo que se llega a identificar al proletario varón con el patrón burgués decimonónico en las relaciones domésticas, mientras la mujer asumiría el rol de la proletaria explotada por su marido). De este modo, el feminismo designa al "patriarcado" como la institución medular que concentra el antagonismo de género y que es fuente de la opresión de la mujer. En consonancia con esto, y tal como expresaron los miembros y

La sustantivación de las relaciones sociales de parentesco (dizque "de género") en términos de "patriarcado" implica que esas relaciones son de naturaleza bilateral y contractual, que se basan y consisten exclusivamente en el vínculo varón-mujer como vínculo matrimonial. Este planteamiento se aleja del verdadero modo marxista de abordar esta cuestión, según el cual las relaciones "de género" se inscriben dentro de la familia como estructura básica de la sociedad de clases y como estructura compleja y multilateral de relaciones de parentesco. En particular, al centrar en el "patriarcado" como "construcción masculina" o "de género", y no de clase, sitúa el problema desde un plano ontológico asocial y ahistórico, puramente positivista: la relación social no es anterior ni

condicionadora de los individuos según una determinación histórica que es previa y en la que aparecen inmersos, sino que es construcción del sujeto individual como reproductor de un modelo cultural dominante o como asunción consciente de cierto rol determinado biológicamente. El sujeto no es la sociedad como conjunto de relaciones sociales, sino el individuo abstracto responsable absoluto de sus actos.

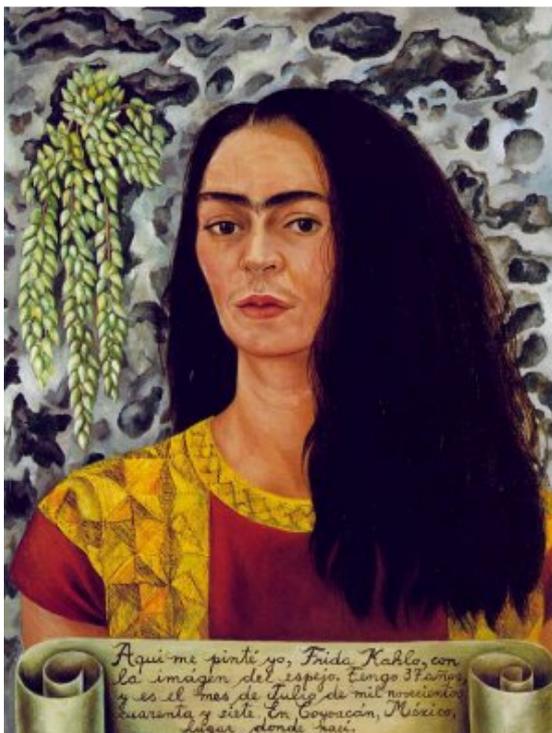
En este sentido -y ya entramos en el terreno de los tópicos políticos del feminismo-, es preciso acercarnos primero a la cuestión denominada "violencia machista", porque es uno de los recursos demagógicos y victimistas de los que se vale el feminismo para ocultar toda la dimensión del problema, o sea, todas las formas de violencia que produce y reproduce la familia como institución social de clase. Ocultar que en hogar la "violencia de género" o "machista" sólo alcanza la tercera parte de toda la violencia doméstica, en la que también debemos incluir la ejercida sobre los mayores, sobre los hijos y de los hijos sobre los padres, significa ocultar conscientemente las causas verdaderas de la violencia doméstica y el verdadero contexto social-familiar en el que se enmarcan. Los comunistas cómplices de esta ocultación no merecen ni el nombre de revolucionarios ni considerarse representantes dignos de la clase obrera.

Otra de las típicas reivindicaciones feministas que demuestra el carácter insostenible de su programa reformista y que cubre de ignominia a los falsos comunistas que lo incorporan al suyo, es la consigna de "¡A igual trabajo, igual salario!": no sólo porque es anticientífica, pues el capital paga como salario el valor de la fuerza de trabajo, es decir, su reproducción fisiológica y biológica, y la estructura social donde se realiza esta reproducción, la unidad de contabilidad social de esta función económica, es la familia; sino, sobre todo, porque se trata de una consigna manipuladora que presupone no la división social del trabajo, sino la igualdad en el trabajo entre los sexos, lo cual es falso, naturalmente. Sin embargo, se ha convertido en lugar común del feminismo y del aparato

de propaganda del capital difundir la imagen de una mujer marginada, oprimida y sobreexplotada en el trabajo y/o en el hogar a base de encuestas ad hoc o interpretadas sesgadamente. En Zamora, tuvimos ocasión para presentar otros datos que, naturalmente, ni el Ministerio de Igualdad ni la prensa difunden, pero que, para nosotros, son muy ilustrativos de las verdaderas relaciones "de género" en el mundo laboral. Por ejemplo, en la comparativa de accidentes de trabajo mortales, en el año 2008 el 96% de fallecidos fueron varones, frente a sólo el 4% de mujeres. Esto, por sí sólo, indica con toda claridad que los sexos ni trabajan lo mismo ni, principalmente, trabajan en lo mismo. Es decir, en general, no es posible aplicar en este caso una regla igualitaria, porque si los costes sociales del trabajo en términos "de género" los pagan los varones en una ratio de 96/4, entonces, ¿hasta qué punto es justa una retribución de 50/50? Técnicamente, no sería justa ni desde el punto de vista de la economía de mercado burguesa, ni de la teoría del valor marxista, ambas fundadas sobre el intercambio de equivalentes. El problema de la reivindicación feminista de marras es que no sobrepasa ni pretende sobrepasar el marco burgués de las relaciones sociales de producción capitalistas, sino que intenta adaptarlo por decreto al corsé de una tabula rasa igualitarista siempre pendiente como objetivo en el horizonte político -pues no es posible su realización en las condiciones del capitalismo- que impide e impedirá permanentemente que las masas -hombres y mujeres- comprendan la verdadera naturaleza del origen de la "desigualdad de género". Asimismo, la complicidad de los falsos comunistas en este artificio, oportunistas de tomo y lomo a los que no les importa pisotear los principios con tal de "ganar masas", no hará más que contribuir a que se reproduzcan las premisas económicas, sociales, políticas y culturales del sistema de dominación que oprime a la mujer.

Como muchos temas políticos típicamente feministas no relacionados directamente con el mundo laboral, pero al igual que éste, se fundan en mitos o en la aceptación acrítica de mensajes ya instalados

en el discurso oficial, como, por ejemplo, el de la pobreza -según el cual ésta castiga de manera abrumadora a las mujeres más que a los hombres en el mundo- quisimos también introducir en el debate que tenía lugar en la asamblea otro dato poco conocido y poco difundido para advertir sobre la peligrosidad de ese progresismo políticamente correcto que, en realidad, es inocuo para el sistema y que establece un límite que, si se sobrepasa, sitúa a quien lo hace en el campo de la reacción. Por desgracia, la mayoría de las organizaciones autodenominadas comunistas en el Estado español han sobrepasado ya ese límite. Dijimos, pues, que el 83% de la población sin techo en el Estado español está formada de varones, con una media de edad de 38 años (y hablamos de cifras de 2005, de antes del comienzo de la crisis, de lo que se colige que las causas de esta situación no pueden ser mayoritariamente de naturaleza económica, pues era una época de "prosperidad" capitalista, sino de orden socio-cultural, es decir, aquel reverso de la moneda del "patriarcado" que prioriza, apoya y privilegia a la mujer como madre y guardiana del hogar, es decir, como puntal de esa estructura de clase fundamental de la reproducción social que es la familia). Bien, dicho esto, al menos se ve que, para este país, no se cumple el manoseado tópico feminista de la pobreza universal "de género" que sufre la mujer.



*El Martinete, n.º 23. Mayo, 2010*

La siniestralidad laboral y la marginalidad social tienen perfil masculino. El feminismo oculta hechos como estos y se niega a reconocer la complejidad del problema y que el "patriarcado" también ofrece una cara de opresión contra el varón. Tal vez no en la misma medida, pero sí como parte de la totalidad del problema. Y mientras este problema no sea abordado desde todos sus aspectos, incluyendo las raíces clasistas de lo mismos, no se hallará solución. A ésta, desde luego, no nos acercará el igualitarismo feminista impuesto por decreto ni el exclusivismo sexista misántropo que se extiende por los despachos y pasillos ministeriales. El primer paso para la solución de este problema es la aplicación de la línea comunista revolucionaria que reúna a hombres y mujeres en el mismo proyecto de erradicación de las causas socio-económicas que producen la desigualdad entre los hombres, entre las mujeres y entre los hombres y las mujeres, es decir, la organización de la sociedad en clases diferentes.

A continuación, ofrecemos al lector los documentos principales de la charla-debate celebrada en Zamora. En primer lugar, la introducción del acto realizada por los jóvenes de la JCZ y titulada ¿Reforma o Revolución? Seguidamente, con el mismo título, situamos el texto del MAI, elaborado sobre la base del guión que sirvió aquel día a nuestra ponencia; y, finalmente, publicamos la encuesta, con nuestras respuestas, que sobre determinados asuntos cruciales concernientes a nuestro movimiento realizaron los organizadores del acto a todos los grupos políticos invitados.

Aunque formalmente está fuera de este bloque temático de documentos dedicados al debate entre reforma y revolución, tras los documentos referenciados, editamos el artículo de la JCZ Las tareas actuales..., porque, al elaborarse al calor de ese debate, desde el punto de vista material supone otra interesantísima aportación de esa organización de jóvenes comunistas al mismo.

## INTRODUCCIÓN A LA CHARLA-DEBATE

Corría el mes de abril de 1899 cuando Rosa Luxemburgo escribió esta obra en un momento duro y complicado para el movimiento socialista y en especial para el Partido Socialdemócrata Alemán, dentro del cual militaba. La política que había asumido gran parte de la militancia y de la dirección del SPD había conseguido instituir en su seno el reformismo más rancio y trasnochado. Aquella infamia política tenía nombre, era mi más ni menos que Eduard Bernstein, uno de los mayores elementos revisionistas y contrarrevolucionarios que la II Internacional albergaba en sus entrañas.



En el prólogo de *Reforma o revolución*, la autora deja clara cuál es verdaderamente la auténtica razón que le mueve a escribir el texto en cuatro frases que le permiten deslindar con la idea de la reforma que supedita a los intereses de la burguesía lo que debe ser el *fin último* para todos aquellos que nos reclamamos comunistas: “*Su teoría tiende a aconsejarnos que renunciemos a la transformación social, objetivo final de la socialdemocracia, y hagamos de la reforma social, el medio de la lucha de clases, su fin último. El propio Bernstein lo ha dicho claramente y en su estilo habitual: “El objetivo final, sea cual fuere, es nada; el movimiento es todo”. El análisis es certero y diáfano, la contrarrevolución se asienta en torno a dos*

*cuestiones políticas fundamentales: por un lado el reformismo, “hagamos de la reforma social, el medio de la lucha de clases, su fin último”; y por otro, el espontaneísmo, “el objetivo final, sea cual fuere, es nada; el movimiento lo es todo”.* Con estas premisas, hemos conseguido de alguna forma poner en cuestión esa concepción científica y racional de que la Historia es lineal y no cíclica. A pesar de que haya mediado más de un siglo entre lo que la camarada Luxemburgo escribió y lo que algunos de las organizaciones que nos denominamos comunistas decimos en nuestros documentos políticos, éstos reproducen de forma implícita el debate entre Bernstein y la revolucionaria espartaquista. ¿Cómo es posible que hayamos conseguido detener el reloj de la Historia después de haber pasado ante nuestros ojos los hitos y hazañas del proletariado mundial? ¿Hemos conseguido cegar la voluntad revolucionaria asumiendo el discurso del enemigo? ¿O es nuestra miopía revolucionaria la que nos ha conminado a olvidar cuál es nuestra esencia y cuáles son motivos de nuestra existencia? Obviamente, los errores cometidos por parte de nuestros referentes históricos, crítica que debemos hacer extensible a todos aquellos países en los que el socialismo fue algo “real”, y el triunfo final de las tesis revisionistas y liquidadoras tanto en la Unión Soviética como en China, son indicativas de que esta gran empresa que es acabar con el sistema de opresión y acumulación capitalista y la creación de la *nueva sociedad* no es una tarea fácil y que necesita del máximo trabajo y abnegación para destruir hasta el más mínimo vestigio de “lo viejo”. El resultado de todo esto es la actual situación de postración y derrota de la que es víctima no sólo el movimiento y por ende el proletariado, sino lo que es más grave, la misma ideología que ha sido relegada, a pesar de ser la concepción más avanzada del mundo que sintetiza y sistematiza los tres pilares fundamentales del pensamiento, y ha pasado a ocupar un lugar marginal, ya no dentro de lo que se ha dado en llamar los “movimientos sociales” que se inscriben dentro del amplio espectro de la autodenominada “izquierda transformadora”, sino también, aunque suene a anatema, dentro del ámbito estrictamente académico y científico. Ahora bien, ¿cuáles deben ser las tareas en la actualidad de los destacamentos de vanguardia?

¿Debemos perdernos en el laberinto político que supone que las organizaciones comunistas nos dediquemos a organizar las luchas inmediatas de las masas o a volver a armarnos de conciencia revolucionaria para que ese trabajo de masas tenga verdaderamente una proyección política en la elevación de éstas? El repunte actual de las luchas inmediatas en base al nuevo ataque por parte del capital contra la aristocracia obrera, ha puesto a las organizaciones revisionistas en pie de guerra, descubriéndoles un nuevo camino, obviamente y como es propio de ellos, el más corto, hacia las masas. La actual crisis del capitalismo, que no es más que un nuevo episodio del atasco sistémico del pútrido sistema social que otorga la posición dominante a una minoría frente a la mayoría subalterna, parece haberse revelado como la chispa que puede encender la pradera y que puede conseguir de alguna forma que el oportunismo táctico de algunos se apunte un tanto para sus proyectos. No es mínimamente honesto plantear una salida a la crisis intentando reformar el sistema; mostrarles a las masas el rostro amable del capitalismo es todo aquello que Rosa Luxemburgo rechaza en *Reforma o revolución*; por lo tanto, los autodenominamos comunistas con sus soluciones a corto plazo que intentan encontrar una salida intermedia que concilie ciertos intereses con los de la clase obrera, sólo se convierten en los “Bernstein’s” de turno, colocándose en el plano más alejado del fin último de los comunistas: el comunismo.

Desgraciadamente, el tiempo y las derrotas no nos han dado la perspectiva que deberían y, mientras, el movimiento sigue inmerso en las tinieblas y camina a tientas en busca de extraños fuegos de artificio, frentes populares y terceras repúblicas; pero no hay nada que no tenga solución: hay que plantearse de forma seria y honesta cuál debe ser nuestra misión actual en el Estado español para enmendar todos aquellos errores que nos han llevado siempre a sucumbir en una maraña de derrotas políticas sociales y bélicas, pero que analizadas con un verdadero método dialéctico pueden catapultarnos a la victoria. Esto es lo que escribía Rosa Luxemburgo poco antes de ser asesinada vilmente por las fuerzas de la contrarrevolución, en Berlín, tras el intento de asalto al cielo del proletariado alemán en 1919: “*¿Qué nos enseña toda la historia de las revoluciones modernas y del socialismo? El primer estallido de la lucha de clases en Europa: el levantamiento de los tejedores de seda de Lyon, terminó en una derrota. El movimiento cartista en Inglaterra terminó en derrota. La insurrección en París en 1848 fue una derrota. La Comuna de París resultó otra terrible derrota. El camino hacia el socialismo está sembrado de derrotas. Y sin embargo paso a paso ese camino conduce a la victoria final. ¿Dónde estaríamos nosotros hoy sin esas derrotas?*”

*Juventud Comunista de Zamora*



**Eduard Bernstein**

*El Martinete, n.º 23. Mayo, 2010*



**PONENCIA DEL MAI****¿Reforma o Revolución?**

La cuestión de la justa relación que debe establecerse entre reforma política y revolución social ha suscitado un debate permanente desde que el movimiento obrero se dotó de una concepción científica de la transformación social hacia un mundo sin antagonismos de clase; sobre todo, desde que esa concepción, el marxismo, se hizo hegemónica en el movimiento obrero durante la época de la II Internacional. De hecho, puede decirse que ese interrogante está en el trasfondo de casi todas las controversias suscitadas desde entonces.

En el Estado español, debido al actual estado de las relaciones de clase y de las relaciones entre los partidos, principalmente a la izquierda del PSOE, y en particular por lo que se refiere al fragmentado movimiento comunista español actual (y cuando hablamos de movimiento comunista nos referimos a todos aquellos destacamentos que pueden enmarcarse en la tradición de la III Internacional), y también debido a una serie de circunstancias de índole cultural (visión mítica de la II República y de la guerra civil) y político (transición política sin depuración del franquismo), que arrastra y condiciona tradicionalmente este movimiento, la disyuntiva que da motivo a este encuentro adquiere contenido específico en este lugar y momento bajo la siguiente pregunta: ¿República o Socialismo?

A tenor de sus declaraciones, el comunismo español se divide, según se responda a ese interrogante, en dos corrientes:

1º) Republicanistas. Destaca el Partido Comunista de España (PCE), que retornó al republicanismo recientemente, en la última etapa de Julio Anguita como Secretario General, tras fracasar en su intento de hacer de la Constitución monárquica el programa de Izquierda Unida (IU). Con su estrategia de Socialismo democrático, el PCE está fuera de la onda revolucionaria desde hace mucho tiempo. Esto ha provocado y provoca sucesivas crisis organizativas, en las que sectores inconformistas con los resultados de la estrategia electoralista del PCE-IU se van segregando para buscar una alternativa revolucionaria válida.

2º) Revolucionarios, en el sentido de que plantean el Socialismo como obra revolucionaria

-aunque muchas veces este concepto posee más connotaciones románticas que científicas - y único objetivo legítimo. En esta corriente se encuentra la casi totalidad del movimiento que recoge la tradición marxista-leninista de la Komintern.



Sin embargo, para un sector mayoritario de esta corriente, la opción entre República y Socialismo no se presenta como algo contradictorio, sino complementario y correlativo. Este sector mayoritario apuesta por la reforma democrática del Estado como objetivo previo al Socialismo, lo cual le lleva a converger necesariamente con la opción republicana. De este modo, se halla ante la paradoja de defender un objetivo revolucionario mediante una vía reformista.

Dentro de esta corriente por el Socialismo, estamos los que negamos que sean necesarias tareas o fases anteriores al Socialismo y a la instauración de la Dictadura del Proletariado, quienes afirmamos que República y Socialismo son dos vías políticas antagónicas.

Se perfilan, así, 3 corrientes dentro del movimiento comunista: una situada a la derecha (que busca reformar el Estado monárquico en República), otra centrista (que busca transformar la República en Socialismo) y, finalmente, un ala izquierda (que busca destruir todo tipo de Estado

burgués e instaurar el Socialismo).

Para el MAI, la cuestión principal, ahora, es deslindar con el centro, pues es el sector que más impide la clarificación ideológica entre una parte importante de la vanguardia sobre este asunto trascendental del paso al Socialismo, ocultando que el programa de la República es un programa antagónico al de la revolución proletaria, un programa que se opone a ella y la posterga sine die, un programa, en definitiva, contrarrevolucionario, porque impide la elaboración de una línea estratégica que contemple la lucha armada como instrumento imprescindible para alcanzar el Socialismo como meta inmediata.

Por lo tanto y en consecuencia, el núcleo del debate, en realidad y en su verdadero fondo, es éste de la oposición entre vía pacífica y vía violenta hacia el Socialismo, entre los verdaderos revolucionarios y los que predicán el Socialismo de palabra, pero en los hechos sólo quieren reformar el Estado burgués.

### Las tareas económicas del proletariado (Estrategia. Condiciones objetivas)

Plantear el problema de las tareas económicas del proletariado es lo mismo que preguntar por sus objetivos estratégicos más inmediatos y, a este respecto, si queda alguna tarea de índole económica pendiente de la revolución burguesa en España que el proletariado deba asumir en su programa político. Se trata, naturalmente, de las transformaciones burguesas imprescindibles para la implantación, consolidación y desarrollo del modo de producción capitalista, y no de cualquier reforma política relacionada con la superestructura y sus instituciones, las reglas del juego político burgués y las formas de reparto del poder, etc. Por eso el marxismo habla y sólo puede hablar, tratándose de las tareas históricas de las clases revolucionarias, de tareas económicas.

En estos términos, apenas hay debate, ni entre los académicos y profesionales de la historiografía, que dejaron resuelta esta cuestión en los años 70, ni en el seno de la vanguardia política del proletariado. No se trata, pues, de si se ha hecho o no la revolución burguesa en España, sino, en todo caso, de qué vía tomó ésta en este territorio. Así, la gran mayoría de

quienes han estudiado la revolución burguesa y la instauración del modo de producción capitalista en España coinciden en que se trata de un modelo que se correspondería con lo que Lenin denominó vía prusiana al capitalismo, es decir, la transformación de las estructuras socio-económicas mediante reformas gubernamentales sobre la base de la hegemonía política de la alianza de la burguesía con las viejas clases aristocráticas.

En principio, parece que todos estamos de acuerdo en esto. Pero hay quienes ocultan las consecuencias de esta ineludible premisa y elaboran su política independientemente de esta condición. De modo que, dada su importancia, es preciso insistir en ello, para dejar claro una vez más que el reconocimiento de este presupuesto histórico es determinante de toda política proletaria correcta. Se precisa, pues, un posicionamiento claro en este asunto.

La posición del MAI en este tema consiste en considerar que, durante el siglo XIX, se consiguen en España las condiciones jurídicas y políticas para el desarrollo del capitalismo, principalmente en sus tres características básicas: expansión y dominio de la propiedad privada burguesa, separación entre fuerza de trabajo y medios de producción y articulación de un mercado interno. No quedan, pues, tareas económicas esenciales pendientes que justifiquen hoy, ni siquiera que justificasen en las primeras décadas del siglo XX, programas políticos de corte democrático. La historia del siglo XX es la historia de las distintas formas de dominación política de la burguesía capitalista, desde la monarquía alfonsina, hasta la monarquía parlamentaria actual, pasando por la II República y el franquismo.

Sin embargo, esto no es todo, porque, para nuestro movimiento, la controversia no se encierra sólo en estos términos; y es que detrás del debate sobre la revolución burguesa en España está siempre subyacente la polémica sobre la II República y su lugar histórico. Y, en este punto, surge una nueva paradoja, porque muchos de los que antes admitían el hecho de la revolución burguesa, ahora dicen que hay que emular a la II República, que, según pretenden, fue una revolución democrática.

Con este planteamiento, el sector centrista de nuestro movimiento se ha sumado a la moda de la "memoria histórica"; pero no sólo para

recuperar del olvido a las víctimas del franquismo, sino también para recuperar una línea política olvidada: el Frente Popular.

Es por ello que, también en este tema, debe exigirse a los comunistas un posicionamiento claro y sin ambigüedades que impida toda veleidad con el oportunismo y el reformismo. Así, para el MAI, la II República no fue más allá de un intento de reforma política constitucional del Estado español, tras la crisis del régimen monárquico, para la incorporación en el bloque hegemónico de un sector de la burguesía media que se había fortalecido al calor del desarrollo capitalista en el periodo de la Restauración. Esta incorporación llevaba consigo una profundización de las reformas liberales con el fin de acelerar el desarrollo del capitalismo, sobre todo para crear condiciones para el despegue industrial, al mismo tiempo que el desplazamiento o aminoramiento de la influencia de los grandes propietarios terratenientes (la reforma del ejército, la reforma educativa, la expropiación de los jesuitas y la tímida reforma agraria, entre otras medidas, tenían este objetivo). El nuevo régimen planteó ante los comunistas la disyuntiva de apoyar a la nueva burguesía para que la reforma beneficiase al proletariado (programa mínimo), o bien, perseverar en la revolución socialista como tarea inmediata (programa máximo). Esta última opción era la correcta, pero terminó dominando la primera a partir de 1932 (IV Congreso del PCE) y a instancias de la IC. La línea de Frente Popular adoptada poco después aceleraría la deriva oportunista de la línea del PCE, hasta que la guerra civil demostró en la práctica la renuncia a la revolución que comportaba semejante línea política. La lucha por el Socialismo sería recuperada a partir de 1934-1935 por el BOC y el POUM (con una línea más o menos acertada, algo que ahora no viene al caso), pero fue derrotada por la alianza del PCE con el gobierno burgués de Azaña-Negrín.

En la España de los años 30, el Socialismo era la cuestión que estaba en el orden del día porque el antagonismo burguesía-proletariado ya había pasado a ser la principal contradicción social. Esto había sido puesto de manifiesto con el movimiento cantonalista, durante la I República (momento decisivo, porque esa experiencia asustó tanto a la burguesía que terminó por decidirla a realizar un definitivo

repliegue hacia la vía reformista y hacia la alianza con las clases dominantes del viejo orden), con la Semana Trágica de Barcelona (1909) y la huelga general de 1917. Los conflictos sociales durante la II República no hicieron más que ratificar este hecho: incluso el problema agrario en este periodo -tal vez el mejor índice para definir el carácter de las luchas de clases en un determinado momento y lugar- estuvo dominado por confrontaciones en las que la parte campesina enarbolaba reivindicaciones sociales relacionadas con la cuestión obrera, más que con la propiedad privada de la tierra o los precios del mercado agrario. La solución colectivista de la explotación agrícola que defendía la principal organización campesina -la Federación de Trabajadores de la Tierra, adscrita al sindicato obrero más importante, la UGT, lo cual ya es de por sí bastante significativo- y las leyes principales que en esta materia se promulgaron en la época (ley de términos municipales y ley de jurados mixtos) indican claramente que el contenido de clase de la conflictividad social era ya predominantemente el nacido del antagonismo entre capital y trabajo.



La hegemonía en nuestro movimiento de la primera opción, de la vía gradualista-reformista y de la política de mínimos, terminó instalando una suerte de mecanismo ideológico perverso

que fomentó cierta lógica política que terminaría siendo asimilada hasta formar parte de la cultura común del comunismo. Comenzaba con una exaltación absurda de la democracia en abstracto. Esta apología condujo a que cualquier reivindicación democrática fuera considerada, por sí misma, una reivindicación revolucionaria o que favorecía la revolución. Seguidamente, esto dio pie a pensar que, en consecuencia, la burguesía democrática era revolucionaria o aliada potencial del proletariado en la revolución; lo cual permitió creer, finalmente, que la burguesía podía y debía dirigir procesos políticos de transformación o reforma.

Esta lógica macabra se extendió por el movimiento comunista y fue asimilada por sus militantes y cuadros muy tempranamente. A continuación, y como demostración del grado alcanzado en esta deriva de degeneración ideológica por la vanguardia proletaria en el Estado español, traeremos a colación una cita de un escrito del dirigente zamorano del PCE durante la II República, Antonio Pertejo, dedicado a explicar las tareas del Frente Popular, pocas semanas después de que hubiese triunfado en las elecciones de febrero de 1936. De esta manera, nos sumamos también al homenaje que los camaradas de la Juventud Comunista de Zamora han querido realizar con estas jornadas a aquellos comunistas que dieron su vida en la lucha contra el fascismo, en un feliz esfuerzo por recuperar la memoria de los protagonistas de ese martirio, independientemente de nuestro mayor o menor acuerdo con la línea política que defendían. La cita es como sigue:

“Al Frente Popular de Izquierdas corresponde hacer la revolución democrática en España. Pero por su carácter actual de gobernantes, los republicanos tienen una principalísima parte en esta tarea.

Naturalmente, obligación de los trabajadores, es hacer su revolución, la proletaria.

Traducido a la realidad esto quiere decir en lo que a los republicanos se refiere: que tienen que llevar a la práctica desde los puestos de gobierno el programa del Frente Popular como mínimo, y entre otra serie de medidas más amplias, la realización de la revolución agraria con expropiamiento sin indemnización de la nobleza, los grandes terratenientes y la Iglesia.

El primer paso para la revolución proletaria, es la revolución democrática en cuya realización, tienen los republicanos de izquierda, una gran responsabilidad. Nosotros sabemos que fundamentalmente la única clase, consecuentemente revolucionaria es la proletaria. La clase proletaria, si se encarga totalmente de ello, realizará la revolución democrática convirtiéndola seguidamente en revolución proletaria. Pero en España la correlación de fuerzas hace que hoy tengan a su cargo las tareas gubernamentales de la revolución democrática, los partidos republicanos de la izquierda. ¿Sabrán cumplir con su obligación? (...). Para el proletariado revolucionario, la labor que hagan los republicanos tiene gran importancia. La revolución democrática es un paso obligado para la proletaria.” (Editorial del diario La Tarde del 13 de marzo de 1936).

Como se puede comprobar, en su agitación política, no sólo los dirigentes, sino también los cuadros intermedios del PCE de los años 30, ya tenían tan interiorizados los elementos de aquella lógica funesta, que eran capaces de sintetizar y plasmar en breves párrafos el discurso revisionista de la democracia burguesa pura –es decir, la república parlamentaria– como antesala necesaria del Socialismo y de la plausible y necesaria alianza revolucionaria con la burguesía.

Aunque este discurso nunca se abandonó ni dejó de ser preponderante, ni durante la guerra ni durante la resistencia antifranquista, los revisionistas quieren aprovechar el movimiento de la “memoria histórica” para revitalizarlo e imponerlo como la última palabra de la política comunista, sin considerar por ningún momento las dos consecuencias principales que ha acarreado a nuestro movimiento:

1ª. La liquidación del punto de vista marxista del Estado como unidad dictadura-democracia. Los acontecimientos históricos (ascenso del fascismo) favorecieron esta perversión del marxismo cuando se terminó de escindir esa unidad identificando democracia con democracia burguesa y dictadura con fascismo (perversión que, aunque subyace en la política de la gran mayoría de las organizaciones comunistas, es el PCE-r quien la defiende más franca y abiertamente).

2ª. El conciliacionismo de clase, en virtud

del cual se terminó hallando una causa común con la burguesía liberal, la "democracia", que había que defender frente al irracionalismo del capital y el sector más reaccionario de la "oligarquía financiera" y la "oligarquía terrateniente".

Éstas son las condiciones teóricas para la elaboración de todo tipo de programas políticos sobre la base de la vía pacífica al Socialismo. Esta vía pacífica se plasma como etapa de transición al Socialismo, en la III República como periodo, necesariamente anterior al Socialismo, de colaboración con un sector "democrático" de la burguesía. Estamos, pues, ante la bernsteiniada: ante el fomento del movimiento de resistencia de la clase, de las luchas por reivindicaciones inmediatas y por reformas, ante la creencia de que la revolución no es más que la suma de ellas, en virtud del principio de que el movimiento es lo principal y el objetivo lo secundario.

En resumen, de todo lo expuesto hasta ahora, podemos decir que la oposición histórica entre reforma y revolución como modalidades alternativas de desarrollo del movimiento obrero, que se presenta en apariencia simplemente como controversia sobre la correlación entre República y Socialismo, en la realidad esconde un antagonismo con verdadero carácter de clase entre vía pacífica y vía armada en la transformación social, entre renuncia a la revolución y pugna por la revolución.

### La táctica. El factor subjetivo.

Una vez justificada estratégicamente por los revisionistas y los centristas la necesidad de una etapa de transición al Socialismo, se procede a darle contenido táctico. Y como, por otra parte, ellos mismos en el fondo reconocen que todavía no se puede admitir que ese planteamiento estratégico pueda ser tildado como de revolucionario, se afirma, entonces, que de lo que se trata es de preparar la revolución. ¿En qué sentido?

Tres son los razonamientos básicos que se alegan:

En primer lugar, se apela al marco socioeconómico. La ambigüedad manifestada por este sector de nuestro movimiento en su posicionamiento sobre la revolución burguesa encuentra acomodo con el recurso a la tesis

marxista-leninista sobre el carácter imperialista de la formación social española, en particular, con la diferenciación social que produce como efecto el monopolio en el seno de la clase capitalista, y los consiguientes antagonismos económicos y confrontación de intereses políticos que genera entre las fracciones de esa clase. De este modo, se maniobra teóricamente para poner en primer plano la contradicción entre "oligarquía monopolista" y burguesía capitalista, contradicción que, burda y simplificada, es presentada de forma genérica como contradicción entre "oligarquía" y "pueblo" -sin diferenciaciones de clase-, pasando a segundo plano la contradicción entre proletariado y capital. Esta maniobra conceptual permitirá, subsiguientemente, justificar la introducción programática de tareas de índole democrático-burgués, y finalmente, tras enlazar todo ello con la sempiterna "cuestión pendiente" de la depuración de la herencia del franquismo, poder hablar de una "segunda transición" o de la necesidad de una verdadera "ruptura democrática". Finalmente, todas esta cadena de tergiversaciones se refuerza con la introducción en el discurso de significantes que sugieren la pervivencia de relaciones feudales o semif feudales en la formación social (se habla de "oligarquía terrateniente", de "clases parasitarias", de sistema político "corrupto", de la supervivencia de relaciones y sectores sociales feudales que "se han adaptado al capitalismo", de la hegemonía de los sectores más "especuladores" y "reaccionarios" del capital, etc.), con la intención de acentuar la idea de la necesidad de reformas democráticas que permitan el despliegue de las supuestas virtudes del liberalismo con la extensión de sus "derechos y libertades".

Y es que, según la doctrina a la que se han adherido los revisionistas -y este es el segundo argumento que aducen para justificar su etapa de transición al Socialismo-, la democracia liberal es el marco jurídico más adecuado para la propaganda abierta del comunismo.

Asimismo, en tercer lugar, la democracia burguesa ofrecería también el marco político más favorable para la acumulación de fuerzas pacífica en torno al programa comunista, porque facilita la experiencia en la lucha de clases del proletariado, permite la mejor elevación de su conciencia y el acercamiento abierto y sin

obstáculos a otras fuerzas sociales y políticas.



La finalidad de toda esta sarta de insensateces consiste en conseguir que arraigue el mensaje ideológico de que la democracia burguesa es el campo de cultivo ideal para el desarrollo de los movimientos de masas e incluso para la educación revolucionaria de las masas.

Pero nuestra experiencia histórica y la actual demuestran lo contrario, demuestran que las formas pacíficas de acumulación de fuerzas, sobre la base de luchas por reivindicaciones inmediatas, ponen al proletariado en manos del oportunismo y del revisionismo, y que las revoluciones triunfantes siempre se han basado en ampliar sus bases sociales desde la experiencia armada de las masas. Así sucedió con la Comuna de París, los soviets y la guerra civil rusa y la guerra popular china. Cuando se niega las armas a las masas (Chile) o se las arma tarde (España) la derrota o el fracaso son inminentes.

En otro orden de cosas, estos objetivos de orden democrático-burgués han encontrado traducción programática en los denominados ocho puntos de la Coordinadora Estatal de Asociaciones Republicanas (aprobados en su Encuentro Estatal de 2004), programa mínimo

aceptado por varias organizaciones comunistas para iniciar la transición al Socialismo. No vamos a dedicar mucha atención al análisis de esta plataforma política republicana; nos limitaremos a señalar que adolece de errores fundamentales desde el punto de vista marxista.

En primer lugar, un craso error de tipo formal. Se trata de un programa que contiene una contradictio in terminis: el punto 5, el que pretende la derogación de la Constitución monárquica de 1978, pero no sin antes "convocar un referéndum para que el pueblo decida la forma de Estado que desea, si Monarquía o República", excluye a los demás y viceversa, resultado de aplicar hasta el extremo la escrupulosidad legalista burguesa. Este absurdo y abstruso espíritu formalista retrata fielmente el verdadero carácter de este proyecto político y lo presenta como lo que verdaderamente es, una pantomima pequeño-burguesa. Es como si, en 1931 e inmediatamente después del autoexilio de Alfonso XIII, a los republicanos se les hubiera ocurrido plantear un referéndum para que el pueblo decidiera si quería república o monarquía.

En cuanto a los errores materiales, hay varios. Lo más grave es que se acepta la iniciativa de la pequeña burguesía republicanista y su dirección del movimiento republicano, cuando ni siquiera existe un movimiento republicano con base de masas. La adhesión a esta plataforma unitaria de mínimos, por tanto, no es válida para "ganar masas", ni siquiera desde el criterio oportunista más indulgente. La consecuencia de todo esto es que, en la práctica, como la burguesía ni se moviliza ni se implica en el movimiento republicano, resulta que los comunistas están promocionando la dirección burguesa de un movimiento de base proletaria, lo cual, más que paradójico o absurdo, es criminal.

Por otro lado, se argumenta que se trata de un programa aceptado en función de la política de alianzas de proletariado; pero, si los partidos comunistas firmantes no han forjado antes un movimiento de masas independiente de la clase, si no tienen influencia real sobre ella, el programa de los 8 puntos sólo sirve y servirá para poner a la clase obrera detrás de la burguesía republicana. Primero hay que reconstituir el Partido Comunista y después aplicar política de alianzas con otras clases. De lo contrario sólo conseguiremos poner al proletariado al servicio

de los intereses de otras clases.

Finalmente, esa plataforma republicana a la que se han adherido algunos comunistas no presenta ninguna reivindicación de carácter socialista, ni siquiera se incorpora alguna de las medidas económicas de nacionalización que colorean los programas de los comunistas de derecha y centristas. Los ocho puntos se pueden enmarcar, sin ningún problema doctrinal ni jurídico, en la constitución burguesa, pues, como cuerpo teórico-político, se limita a rescatar el principio burgués de sociedad civil como base de la organización del Estado, rechazando toda compatibilidad con el principio marxista de las clases.

En definitiva, puede decirse que, hoy por hoy, los distintos destacamentos así llamados comunistas van a la zaga: la derecha (PCE), a la zaga de los dictados del Estado capitalista; el centro (PCPE, PCE m-I, CC 27-s, UP), a la zaga de la espontaneidad de los movimientos sociales (movimiento obrero, independentismo, republicanismo, feminismo, ecologismo...), todos de carácter burgués o pequeño burgués, y sus programas políticos no son más que un refrito de las reivindicaciones de los representantes de esos otros movimientos. Todo lo cual demuestra su incapacidad para elaborar una política independiente para el proletariado y para construir un movimiento obrero revolucionario.

Para resumir las contradicciones en que se mueve la política de los centristas, podemos reunirlos en cuatro puntos:

1ª.- Se declaran revolucionarios, pero apuestan por una vía reformista para alcanzar sus objetivos.

2ª.- Declaran cumplida la revolución burguesa, pero, para ellos, la tarea es la democracia.

3ª.- Declaran que vivimos en la fase imperialista del capitalismo, pero la contradicción principal no es entre burguesía y proletariado, sino entre oligarquía y burguesía.

4ª.- Desean construir un movimiento de masas o "popular", pero quieren dotarlo de un programa burgués en un país donde la inmensa mayoría es proletariado.

Todas estas contradicciones intentan ser resueltas en un programa anacrónico basado en la reforma democrática de la democracia, como contenido de una etapa de transición al Socialismo.

## Nuestra propuesta

La propuesta política del MAI es la del comunismo revolucionario. La expondremos realizando una serie de consideraciones sobre La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo, de Lenin, libro que ha sido utilizado para justificar teóricamente toda la línea liquidacionista que hemos estado criticando hasta aquí y para tachar de "izquierdistas" a quienes, como nuestra organización, defendemos que la burguesía y el capitalismo han cumplido sobradamente su misión histórica, que la contradicción principal en el Estado español se da entre trabajo y capital y que, en consecuencia, el objetivo inmediato del proletariado como clase es la revolución socialista.

Parece que se nos acusa de que queremos realizar esa revolución precipitadamente, sin mayor consideración y, sobre todo, sin la debida preparación, es decir, sin tener en cuenta la situación real del factor subjetivo. Pero, aquí, caben dos preguntas.

En primer lugar, ¿quiénes son los "izquierdistas" realmente?: ¿quienes mistifican la realidad de los movimientos de masas diciendo que experimentan en la actualidad un repunte o un ascenso y que la vanguardia está en disposición de dirigirlos, o nosotros, que decimos que las masas están aletargadas, que no existe ese repunte, y mucho menos teniendo en cuenta el contexto de crisis en el que nos movemos?; ¿quienes, después de una crisis sin precedentes del comunismo, dicen estar bien pertrechados ideológicamente, a pesar de que no han realizado ningún balance de la experiencia pasada, y en condiciones de educar a las masas en el comunismo y de "llenar de contenido" político concreto los principios teóricos del comunismo, o nosotros, que decimos que, antes de ir a las masas, se precisa de un periodo de lucha de dos líneas en el seno de la vanguardia para resolver muchos problemas de principio que la experiencia histórica reciente ha puesto en el candelero?

En segundo lugar, ¿qué significa realmente preparar el factor subjetivo de la revolución? Si admitimos que el sujeto es la clase revolucionaria y que la clase sólo es revolucionaria si se ha fundido con su movimiento la ideología revolucionaria,

entonces, el problema del sujeto es el problema de la construcción del movimiento comunista sobre una base de masas.

Para arrojar luz sobre este problema será pertinente rescatar algunas de las lecciones del libro de Lenin al que hemos aludido, lecciones que, por otra parte, prefieren olvidar quienes utilizan esta obra como anatema de "izquierdistas".

La primera enseñanza que ofrece el jefe bolchevique en su libro consiste en mostrar las fases claramente diferenciadas del plan de construcción comunista y, antes de todo, que el primer requisito y único posible punto de partida del movimiento comunista es la ideología. Cuando Lenin explica las fases por las que atravesó la revolución rusa, señala que la primera etapa, que denomina "de preparación de la revolución (1903-1905)", se caracterizó porque:

"En el extranjero, la prensa de la emigración plantea teóricamente todos los problemas esenciales de la revolución. Los representantes de las tres clases fundamentales, de las tres corrientes políticas principales (...) anticipan y preparan, con una encarnizada lucha de concepciones programáticas y tácticas, la futura lucha de clases abierta. Todos los problemas que motivaron la lucha armada de las masas en 1905-1907 y en 1917-1920 pueden (y deben) observarse, en forma embrionaria, en la prensa de aquella época (...). Más exactamente: en la lucha entre los órganos de prensa, los partidos, las fracciones y los grupos van cristalizando las tendencias ideológicas y políticas clasistas de verdad; las clases se forjan un arma ideológica y política adecuada para las batallas futuras." (Capítulo III, "Etapas principales de la historia del bolchevismo").

En otras palabras, el movimiento revolucionario se comienza a construir desde la teoría: la lucha de dos líneas por la vía y el programa revolucionarios y la lucha de clases ideológica contra el oportunismo y el revisionismo constituyen el punto de partida de la vanguardia revolucionaria. En las condiciones actuales de nuestra revolución, esto requiere abrir un gran debate en el seno de la vanguardia con el fin de superar la actual situación de crisis de nuestra ideología y reconstituir al comunismo como teoría de vanguardia. Y la materia prima principal de ese gran debate debe de ser el

Balance sobre la experiencia histórica de construcción del Socialismo.

Así pues, la revolución no se prepara en primera instancia desde el desarrollo pacífico de la lucha de clases, participando en las movilizaciones de masas en función de reivindicaciones reformistas. La "fase de preparación" es la de la construcción de la vanguardia comunista sobre la base de la lucha de dos líneas por la reconstitución del Partido Comunista. El Partido Comunista es la principal arma estratégica del proletariado. Su reconstitución indicará la madurez política del proletariado como clase revolucionaria y su disposición para enfrentarse al Estado en guerra de clases.

Resumiendo, si las condiciones objetivas están dadas, preparar la revolución es reconstituir el Partido Comunista, no fomentar el movimiento espontáneo de las masas, porque el Partido Comunista es el sujeto revolucionario.

En cambio, el siguiente momento, hacer la revolución sólo puede ser entendido como el proceso de conquista de las masas. Lo contrario de lo que se ha interpretado tradicionalmente: Preparar como sinónimo de ganar masas, y Hacer como indicando el momento de tomar el poder. Lo cual condujo a la consolidación de un paradigma revolucionario en el que la idea de "ganar masas" sólo podía significar toma y utilización del viejo aparato del Estado, y no construcción de nuevo poder, quedando divorciadas la cuestión de conquistar el poder de la de construir el nuevo poder de la nueva clase revolucionaria, con las graves consecuencias que esto acarrió a la hora de instaurar correctamente la Dictadura del Proletariado.

Otra cita, en la que Lenin enlaza esta primera fase de construcción comunista con la siguiente:

"La vanguardia proletaria ha sido conquistada ideológicamente; esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia la victoria. Pero está aún bastante lejos de la victoria. Con la vanguardia sola es imposible triunfar. Lanzar sola la vanguardia a la batalla decisiva cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado todavía una posición de apoyo directo a esta vanguardia (o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella) y no son incapaces por completo de apoyar al adversario, sería no

sólo una estupidez, sino, además, un crimen. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de trabajadores y oprimidos por el capital lleguen a adoptar esa posición, la propaganda y la agitación son insuficientes de por sí. Para ello es imprescindible la propia experiencia política de las masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones (...). Para que las masas (...) se orientaran resueltamente hacia el comunismo, necesitaron sentir en su propia carne toda la impotencia, toda la pusilanimidad, toda la flaqueza, todo el servilismo ante la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la II Internacional y toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrarreaccionarios (...) como única alternativa frente a la dictadura del proletariado." (Cap. X, "Algunas conclusiones").

En un segundo momento, por tanto, se aborda la tarea de conquistar a las masas, y no desde el pacifismo, sino desde todas las formas de la lucha de clases, incluida la lucha armada. No en vano, Lenin insinúa en este texto -y de forma más explícita en otros- que las masas deben confrontar con su experiencia la dictadura de ambas clases, la del proletariado y la de "los ultrarreaccionarios", para decantarse conscientemente por la revolución. Por este motivo, puede decirse que la revolución soviética sólo se consolidó cuando los bolcheviques derrotaron, con el apoyo de las masas, a los ejércitos blancos en la guerra civil.

En cualquier caso, el primer imperativo de la acción comunista que recorre todo el libro y sobre el que Lenin insiste una y otra vez -y esta es la segunda gran lección que aporta la obra-, consiste en la necesidad de que siempre se combine el trabajo legal con el ilegal:

"(...) la importancia que tiene combinar la lucha legal con la ilegal. Esta cuestión reviste la mayor trascendencia, tanto en general como en particular, porque en todos los países civilizados y avanzados se acerca a grandes pasos la época en que dicha combinación será cada día más obligatoria -y lo es ya en parte- para el partido del proletariado revolucionario. Será obligatoria en virtud de la maduración y la proximidad de la guerra civil del proletariado contra la burguesía, en virtud de las feroces persecuciones de los comunistas por los gobiernos republicanos y, en general, burgueses, los cuales violan por todos

los medios la legalidad (basta con citar el ejemplo de Norteamérica), etc." (Cap. VII, "¿Cabe participar en los parlamentos burgueses?").

No situar la cuestión del trabajo ilegal en el plan de construcción orgánica del movimiento comunista es lo mismo que desistir de la revolución, es lo mismo que anunciar por anticipado la renuncia al enfrentamiento armado decisivo contra el Estado.

Además, como se puede comprobar en esta cita, en Lenin, el recurso a métodos ilegales -incluida la lucha armada- no se justifica, como dicen algunos comunistas republicanos, por un cambio en la naturaleza del Estado burgués (que se fascista, por ejemplo), sino por el propio desarrollo de la lucha de clase del proletariado contra ese Estado, aunque revista la forma más democrática, la republicana. Así pues, todo proyecto de Partido Comunista que prevea un enfrentamiento a largo plazo con el Estado, debe elaborar y aplicar una línea de construcción organizativa que contemple la combinación de trabajo legal e ilegal de modo que le permita transitar hacia la lucha armada de manera natural cuando fuera necesario.

Los centristas rechazan todas estas lecciones del libro de Lenin; sólo les interesa recordarlo para aludir a algunos principios que establece el jefe bolchevique sobre táctica y línea de masas comunista; pero para tergiversarlos, igualmente. Veamos unos ejemplos:

En La enfermedad infantil, Lenin dice que hay que participar en las organizaciones de masas reaccionarias (refiriéndose a los sindicatos, principalmente); pero, hoy, los sindicatos no son organizaciones de masas, sino organismos de encuadramiento de masas. Su afiliación ronda el 15% de la población activa en España y el 25% en Europa. Estos datos no indican que las organizaciones sindicales representen a la masa de los trabajadores de nuestro entorno, salvo que se pretenda aplicar el criterio burgués de representación y referirnos a las elecciones sindicales de empresa, esos microcosmos parlamentarios desde donde la alianza capital-sindicato desmoviliza, desorganiza y aborrega a los trabajadores. Los sindicatos son órganos del aparato del Estado que, mientras velan por los intereses de una capa privilegiada de la clase obrera, desorganizan y entregan a los pies de los caballos del capital a

las grandes masas de esa misma clase en su propio nombre. Esta doble función es lo que denominamos encuadramiento de las masas trabajadoras para el capital por los sindicatos. El verdadero objetivo de los comunistas, en cambio, las masas a las que debe dirigirse el Partido Comunista una vez reconstituido, son las masas hondas y profundas, que se distinguen de la costra superficial que conforma la aristocracia obrera, que las oculta y pretende suplantarlas, erigiéndose en la legítima representante de la clase e intentando hacer pasar sus intereses egoístas y corporativos por los intereses generales de la clase. El Partido debe organizar a las masas desorganizadas, a aquéllas que sufren cotidianamente la explotación y la opresión capitalistas, no confían en las promesas de los reformadores y huyen de sus organizaciones, para crear un movimiento de subversión radical del orden existente que lo derruya hasta sus cimientos.

Otro caso es la recomendación de Lenin de participar en el parlamento burgués. Pero esto se ha entendido de manera intencionadamente retorcida, ya que no es lo mismo participar en las elecciones porque se aspira a acceder al parlamento con alguna probabilidad, que participar sin más en las elecciones, concurrir a ellas sin opciones de conseguir ninguna representación comunista, lo cual frustra en origen el cometido propagandístico de esa recomendación, la desvirtúa y vacía de contenido. El enfoque predominantemente legalista, oportunista y burgués con que los autodenominados comunistas abordan las elecciones ha sido llevado por algunos a tales extremos, que hasta han llegado a pedir el voto para el PSOE e IU (por ej., UP); es decir, a adquirir "compromisos" sin contrapartida alguna,

educando a las masas en el puro y simple cretinismo parlamentario. Algo inaceptable, sobre lo que precisamente Lenin insistió mucho.

En cualquier caso, son estas recomendaciones de orden táctico del libro de Lenin extraídas de la experiencia bolchevique las que más han envejecido con la posterior práctica de la Revolución Proletaria Mundial: es preciso reconsiderarlas a la luz de la misma, y, en particular, en el marco del principio de la línea de masas proletaria extraído de esa experiencia y al que Lenin, aunque no terminó de formular, se acercó (como hemos visto en una cita anterior), a saber, que la acumulación de fuerzas de masas sólo es posible desde la confrontación de las dos dictaduras. Por tanto, es precisa la lucha armada desde el inicio de esa conquista de las masas (Guerra Popular), porque es la única manera de que el poder armado de las masas se pueda enfrentar al de la burguesía y de que las masas por sí mismas y por su experiencia propia se decanten por la Dictadura del Proletariado.

De todo lo expuesto hasta aquí, y para presentarlo de manera sintética, el Plan de construcción del movimiento revolucionario que propone el MAI se resumiría en los siguientes pasos o tareas sucesivas:

1º) Construcción de un movimiento de vanguardia que se encomiende como objetivo principal la recuperación del marxismo como ideología de vanguardia.

2º) Fusión de ese movimiento con los sectores combativos y conscientes del movimiento de resistencia de la clase como crisol de Reconstitución del Partido Comunista

3º) Conquista de las masas por el Partido a través de Guerra Popular y de la construcción de poder armado de las masas.



## ENCUESTA

Crisis.

### ¿Creéis que la llamada “crisis” está siendo bien enfocada por los distintos destacamentos comunistas del Estado español?

Evidentemente, no.

En primer lugar, está aún pendiente en nuestro movimiento una reflexión seria y madura sobre la capacidad del sistema para neutralizar los efectos de las crisis a través de la acción del Estado, capacidad notoria que ha quedado patente en el último periodo, y sobre las consecuencias que este fenómeno –nada nuevo, por otra parte, y que ha suscitado polémicas entre los marxistas desde hace ya varias décadas– acarrea para los comunistas desde el punto de vista de la estrategia y la táctica revolucionarias.

Igualmente, el propio desarrollo del capitalismo como Capitalismo Monopolista de Estado ha terminado de desmentir, ya de forma irrefutable, la fábula del Estado como aparato neutral por encima de las clases. El apoyo incondicional que han prestado todos los Estados a sus respectivas grandes corporaciones y su implicación para cargar sobre las espaldas de los trabajadores los costes de la crisis, al mismo tiempo que tratan de evitar la conflictividad social –sobre todo, con la connivencia de los sindicatos –, así lo ratifican. Sin embargo, los comunistas todavía siguen apelando al Estado capitalista, proponiendo nacionalizaciones, disposiciones fiscales y sociales y demás medidas reformistas, con la ingenua esperanza de que algún tipo de gobierno legalmente establecido (“republicano”, “obrero”...) pueda utilizar el aparato estatal para llevarlas a cabo; sin embargo, los comunistas todavía siguen alimentando la esperanza de “conquistar los sindicatos” amarillos mayoritarios con el fin de incentivar y dar contenido “de clase” a la lucha de los trabajadores, como si aún se tratase de instrumentos de la clase proletaria, su “forma natural” de organización (vieja tesis de la Internacional Comunista totalmente trasnochada), y no de instancias del aparato del Estado burgués diseñadas para el encuadramiento de la clase obrera en función de los intereses de la producción y reproducción del sistema capitalista.

Cada vez es más evidente que en el capitalismo los ámbitos económico y político están entrelazados de manera creciente, y que el

problema de la crisis es un problema de naturaleza política, no económica. Sin embargo, los destacamentos comunistas hablan de “salir de la crisis”, de que la crisis “la paguen ellos”, refiriéndose a los capitalistas, diseñando con tal fin estrategias resistencialistas de acción dirigidas casi exclusivamente al terreno económico, principalmente hacia la esfera del trabajo y de la relación del obrero con el empleo.

El desenfoque del problema es, por tanto, absoluto, no sólo porque este tipo de discursos otorga cobertura a líneas políticas de corte sindicalista y reformista que se olvidan de los acuciantes problemas de la revolución, sino sobre todo por la ideología que subyace en ellos. Domina una intención oportunista, la idea de que la posibilidad de la experiencia de la lucha de clases para las masas se remite a episodios puntuales del ciclo económico capitalista. Por eso, se habla de organizar la resistencia y de “aprovechar la oportunidad” que presenta la crisis para construir movimiento obrero consciente. La ideología de la resistencia frente a los ataques del capital no comprende la lucha de clases como sustrato básico de la sociedad, sino como conflicto coyuntural e intermitente, y la actividad de la vanguardia no como iniciativa consciente y sistemática del sujeto revolucionario, sino como espera pasiva sometida a las episódicas oscilaciones objetivas de la economía capitalista. En términos filosóficos, domina la idea de que, en las contradicciones de clase, la unidad es lo principal y la lucha secundaria (tendencia a la conciliación). La resistencia *puntuada* o intermitente es, por tanto, el caldo de cultivo idóneo para construir tanto el movimiento de vanguardia como el movimiento de masas. Pero, en esta estrategia, el capital impone su ley, decide el momento, el lugar y el modo del enfrentamiento; la vanguardia sólo puede ofrecer soluciones de expectativa (de retaguardia), y el movimiento sólo puede construirse como de resistencia, nunca como movimiento revolucionario.

Esta ideología exagera el valor de la lucha económica como base de la conciencia y como forma primordial de toda otra forma de lucha de clases. El aspecto teórico pasa a segundo plano en la construcción de la conciencia y toda planificación política se somete a esa estrecha y

directa vinculación entre lucha económica de las masas y acción política de la vanguardia, sin siquiera plantearse la dificultad de cómo dar continuidad a un movimiento fundado en el conflicto social episódico provocado por la coyuntura del ciclo capitalista, cuando las reivindicaciones que promueve están destinadas a extinguirse precisamente con la superación de la fase de crisis económica.



Se trata, en definitiva, de una ideología de la evolución social (no de la revolución), que entiende el desarrollo de los procesos sociales y políticos como cambio gradual: el ascenso de las formas de lucha desde la resistencia espontánea se correspondería con el ascenso de las formas de conciencia, desde el sindicalismo al comunismo. La conciencia *en sí* se transformará en conciencia *para sí* de la clase obrera. En resumen, estamos ante un plan espontaneísta de construcción política basado en la táctica-proceso, en el principio de que el movimiento es lo principal y el objetivo secundario. Todo programa de Reconstitución del Partido Comunista fundado en este plan daría como resultado un partido obrero liberal, un partido para la reforma y el parlamentarismo, no un partido revolucionario.

Esta forma de pensamiento no está a la altura de las exigencias teóricas que impone el capitalismo moderno, en plena fase imperialista de su desarrollo, en plena fase de crisis general como modo de producción. Y es que se trata de esto, precisamente, de que el capitalismo se halla en crisis permanente, por lo que la dialéctica *coyuntura favorable-coyuntura desfavorable* característica de los ciclos económicos ha quedado relegada, ya no juega el papel determinante de la época del capitalismo concurrencial; ahora constituye sólo un síntoma más que se inscribe dentro del marco general de ocaso del capitalismo. Cuando el imperialismo ha extendido el dominio

de las relaciones sociales capitalistas a todos los confines, cuando el capitalismo se ha convertido en el modo de producción efectivamente dominante en todo el planeta, la crisis cíclica ya no es el referente principal. La crisis del sistema ya no se manifiesta como ruptura del ciclo económico, sino como permanente y constante depósito de estratos de explotación, opresión, miseria, marginación... Las contradicciones y los antagonismos del sistema están en su máximo apogeo, el ciclo se rompe continuamente, aquí y allá, en un país o en toda una región del globo, en una rama de la producción o en otra, con el pertinente efecto dominó que facilita el alto grado de socialización del trabajo propiciado por el capitalismo monopolista; la cadena imperialista se rompe o amenaza con romperse sucesivamente por uno o varios de sus eslabones; la acción de la vanguardia y del Partido no necesita esperar su oportunidad, porque las posibilidades son constantes.

Por todas estas razones, la crisis actual no debe provocarnos ansiedad política, mal del que adolecen la mayoría de los comunistas, que se guían todavía por un paradigma de tipo decimonónico. La crisis no debe desviarnos del plan correcto de Reconstitución del Partido Comunista, que es la primera y principal tarea de los comunistas. No existe otra actividad revolucionaria aparte de este plan. Sólo con Partido Comunista reconstituido se podrán utilizar en el futuro las crisis para la revolución. Las únicas condiciones consisten en que se debe actuar siempre en el plano de la política como lo principal, subordinándose el aspecto reivindicativo e inmediato de las luchas parciales, desde la forma superior de conciencia de la clase (*para sí*), y a partir de un movimiento político independiente, tanto de la burguesía como de las formas inferiores de conciencia de la clase (*en sí*), con el fin de incorporar y elevar a estas últimas.

### Unidad Comunista.

**La Revolución Proletaria pasa por la unidad de todos los marxistas-leninistas del Estado español. ¿Cómo debe realizarse esta unidad, mediante la unidad en torno a unos cuantos puntos o mediante la lucha de dos líneas para deslindar con el revisionismo?**

En sentido estricto, el primer enunciado no está formulado correctamente, porque se sitúa dentro de los parámetros estratégicos de la unidad

comunista como método de Reconstitución.

El problema no consiste en demostrar quién es “marxista-leninista” antes de la existencia del Partido Comunista; éste sería un problema espurio, o, si se quiere, es un problema planteado en el plano individual u organizacional, niveles que no se corresponden con la perspectiva correcta que exige adoptar este asunto del partido proletario de nuevo tipo. Quién es comunista antes de la existencia del Partido no merece la pena ser discutido. En lo individual y en lo organizativo, “ser comunista” sólo puede significar voluntad de serlo: algo tan subjetivo que no supera el aspecto coloquial del término, aspecto completamente secundario en este punto. En definitiva, no hay “comunistas” cuando no existe un programa ni una línea comunista que puedan ser aplicados por los militantes y por los grupos autodenominados “marxistas-leninistas”, cuando no existe todavía el Partido.

La razón es que la cuestión de la Reconstitución del Partido Comunista es un problema de naturaleza objetiva, que responde a necesidades y requisitos independientes de nuestra voluntad, de nuestras necesidades e incluso de nuestras expectativas personales. Es por esto que quienes presentan al Partido Comunista como fruto de la unidad entre los comunistas, no sólo incurren en una redundante tautología (la “unidad” dice que la suma de comunistas da comunismo, pero este resultado ya estaba incluido en la premisa de que se parte. No se trata, pues, de una cuestión de calidad, sino de cantidad, lo cual no tiene relevancia desde el punto de vista ideológico y político; sólo la tiene en lo organizativo), sino, sobre todo, incurren en un error de principio, al pretender que el Partido Comunista puede ser producto de un acuerdo intersubjetivo, de un pacto entre partes, pacto que, por otro lado, únicamente puede fundarse sobre mínimos.

En esto consiste, precisamente, el segundo gran error de los partidarios de la unidad comunista: que no comprenden que el Partido Comunista sólo puede ser posible sobre máximos, es decir, sólo puede reconstituirse a partir del máximo desarrollo alcanzado por la lucha de clases proletaria, por la teoría y la práctica revolucionarias del proletariado. Y aquí entra a jugar su papel el primer elemento objetivo sobre el que es preciso trabajar: el Balance de la experiencia histórica de construcción del socialismo. El comunismo hoy está en crisis

porque esta experiencia, como primer gran ciclo histórico de la Revolución Proletaria Mundial, ha concluido en derrota; lo cual implica, a su vez, que todas las corrientes comunistas que nacieron y se desarrollaron dentro de ese ciclo y a partir de sus premisas materiales deben ser sometidas a la crítica y autocrítica de ese Balance histórico, porque ninguna expresa, ni abarca, ni alcanza a explicar todos los resultados políticos e ideológicos de esa experiencia. Por consiguiente, no hay comunismo hoy sin Balance histórico del Ciclo de Octubre.

En cuanto al método, naturalmente, somos partidarios de la lucha de dos líneas, y en primer lugar de la lucha de dos líneas en torno al Balance. Después, o simultáneamente, las necesidades del movimiento de Reconstitución exigirán que la lucha de dos líneas alcance las cuestiones de línea política, de línea organizativa, etc. No habrá Partido Comunista sin ideología refundida, sin línea política o aparte de un movimiento organizado a la manera revolucionaria profundamente enraizado entre el proletariado.

Pero, para esto, la lucha de dos líneas no es suficiente. Aunque ésta constituye el aspecto principal, también se precisa una línea de masas. El objetivo principal de la lucha de dos líneas es el deslinde ideológico y político con el revisionismo y el oportunismo; pero también es preciso definir la base social sobre la que hay que actuar en cada momento para cumplir con las tareas de cada fase del proceso de Reconstitución. Y aquí es preciso insistir, en relación con lo señalado al principio de este punto, en que el terreno práctico sobre el que debe apoyarse el proceso excluye, ya de por sí, que su resultado esté preestablecido, es decir, que al final del proceso nos encontremos “unidos” quienes en un primer momento ya nos definíamos como “comunistas” o como “marxistas-leninistas”. Muchos de los futuros comunistas, miembros efectivos del verdadero Partido Comunista, hoy no lo son, no se consideran o no creen serlo. Y a la inversa: muchos “marxistas-leninistas” de hoy, mañana estarán en el campo enemigo. Esto es así necesariamente por la naturaleza del proceso mismo, por el deslinde ideológico-político y también porque la aplicación de línea de masas requerirá la incursión de la vanguardia en ámbitos o sectores sociales que hoy están alejados de nuestro movimiento. La lucha por la hegemonía ideológica en toda la sociedad (no sólo en el movimiento obrero) frente a la

concepción del mundo burguesa así lo exigirá. Qué masas necesitamos en cada etapa del proceso y cuál será el plan para abordarlas: definir la línea de masas será crucial para la Reconstitución del Partido Comunista. Éste es el segundo gran problema objetivo al que se enfrenta la vanguardia actualmente.

Todos los imponderables de orden objetivo a que nos podamos referir se resumen o sintetizan, o, si se quiere, encuentran su causa última, en una circunstancia excepcional de largo alcance que determina y modifica comparativamente hablando todos los aspectos de la actividad de la vanguardia, a saber, el hecho inusitado y absolutamente original de que nos encontramos en una época histórica de transición entre dos ciclos revolucionarios. Jamás el movimiento revolucionario debió enfrentarse a una circunstancia de esta índole. Es la primera vez que nos encontramos ante situación tan inaudita, que plantea problemas y condiciones nuevas ante las que no disponemos de experiencia previa. La vanguardia debe saber encarar, con inteligencia y creatividad, las tareas que impone este escenario novedoso para alcanzar los mismos fines revolucionarios.



### Parlamentarismo.

**Vuestra organización pidió la abstención en las últimas elecciones europeas, ¿por qué? ¿Cuál ha de ser la importancia del parlamentarismo para el Partido Proletario Leninista de nuevo tipo?**

En las pasadas elecciones europeas el MAI pidió el *boicot*, algo parecido a la “abstención activa” que propusieron otras organizaciones. Sin embargo, elegimos esta consigna porque se corresponde mejor con la tradición del movimiento comunista internacional, en particular, con la tradición del bolchevismo. Además, presupone o lleva implícito ya el espíritu “activo” que otros reclaman cuando adjetivan su

llamamiento al abstencionismo electoral, y, sobre todo –y esto es lo fundamental–, presupone, igualmente, la existencia de un plan político verdaderamente alternativo, ajeno y diferente de la línea proelectoralista y filoparlamentaria de la mayoría de los *abstencionistas* de hoy, quienes, en realidad, no se presentan ni piden el voto porque todavía no tienen preparada su propia plataforma electoral; pero, cuando la tengan, solicitarán con vehemencia el *sufragio activo* de las masas. Los partidarios de la conjunción republicano-comunista que hoy cultivan la “abstención activa”, mañana cultivarán el cretinismo parlamentario.

Por otro lado, boicoteamos las elecciones porque, en la actualidad, la lucha en este campo no es útil para la revolución. Hoy, para la vanguardia, el centro de la lucha de clases está situado en la lucha ideológica, en la lucha de dos líneas por la Reconstitución del Partido Comunista. Esta lucha implica a un sector de la clase lo suficientemente avanzado en lo teórico como para que pueda decirse que, para él, el parlamento no sólo está superado históricamente, sino también políticamente. El debate y la lucha por la Reconstitución del Partido no incluyen, pues, el parlamentarismo.

Por lo que se refiere al parlamentarismo en relación con la línea general de la revolución proletaria, ¿es o será útil el parlamento para el proletariado revolucionario en algún momento? O, dicho en términos leninianos, ¿necesitan las masas atravesar un periodo de actividad parlamentaria de la vanguardia para adquirir conciencia de la caducidad de las instituciones políticas burguesas? En general, no se puede responder negativamente a esta pregunta. Sin embargo, en nuestra opinión, la vanguardia debería también reflexionar sobre otro elemento relativamente novedoso, a saber, la creciente tendencia a la abstención electoral en las denominadas “democracias maduras”, y, en lugar de simplificar el análisis del fenómeno achacándolo al apoliticismo, como hacen algunos para justificar su legalismo y su reformismo impenitentes, preguntarse si esa desilusión de las masas respecto del parlamentarismo y de la política burguesa no es trabajo adelantado en la labor comunista de combatir las ilusiones parlamentarias y, por consiguiente, si no es mejor diseñar políticas de clase independientes y articular instrumentos de participación que puedan devolver a esas masas su interés por la política, en lugar de ofrecerles recauchutados programas

políticos pequeño burgueses.

En cualquier caso, desde nuestro punto de vista, la actividad parlamentaria de la vanguardia siempre será secundaria y estará sometida al plan general de actividad revolucionaria. Y esto –al menos, teóricamente– sólo durante un periodo muy concreto de la fase de Reconstitución del Partido Comunista (es decir, sólo en un momento de la fase prepartido). En la construcción revolucionaria hay dos grandes fases: la Reconstitución del Partido Comunista y la lucha del Partido Comunista por conquistar todo el poder desde la Guerra Popular. Para esta segunda, no vale el parlamento, sino únicamente la lucha armada de las masas construyendo nuevo poder. Así lo han demostrado las últimas experiencias históricas de la revolución proletaria, principalmente, la del Partido Comunista del Perú (entre 1980 y 1992) y la del Partido Comunista de Nepal (maoísta) (entre 1996 y 2006). En cuanto a la primera fase, quizá, y sólo quizá, se deba recurrir a la propaganda desde el parlamento burgués para conquistar a un sector de avanzada de la clase, implicado en la dirección de las luchas inmediatas de las masas, más renuente a desembarazarse de las ilusiones reformistas, que necesita experimentar directamente y en carne propia el tránsito desde sus expectativas políticas legalistas hacia las posiciones políticas revolucionarias.

### **Internacional.**

**A nivel mundial nos encontramos en un momento de repliegue revolucionario como jamás había conocido el proletariado. En vuestra opinión, ¿dónde se encuentra actualmente la vanguardia de la Revolución Proletaria Mundial?**

El “repliegue revolucionario” o “repliegue general” es uno de los síntomas que indican que nos hallamos inmersos en un periodo de transición histórica entre dos ciclos revolucionarios. Para el MAI, forma parte de la vanguardia internacional todo aquél que ha tomado conciencia de esto y de sus consecuencias y adopta una posición política revolucionaria coherente con ello. Pero es preciso entender la idea de “repliegue” en términos diferentes a como la mayoría de los destacamentos comunistas la interpretan.

En la historia de nuestro movimiento ha habido muchos momentos de repliegue tras derrotas dolorosas. Sin embargo, las fuerzas que

iniciaban la recuperación eran, en lo fundamental, las mismas que habían sufrido esas derrotas: un proletariado en ascenso político y organizativo, que crecía en número acompañando a un capitalismo en plena expansión, y que incorporaba las lecciones de su experiencia sin solución de continuidad. A la derrota de la Comuna de París le siguió el triunfo del marxismo en casi toda Europa; a la derrota de la socialdemocracia alemana, arruinada por el socialchovinismo, le siguió el triunfo de la revolución bolchevique, y a la derrota de la revolución en la URSS a manos del revisionismo moderno, continuó la revolución cultural en China. Cada paso dado por la Revolución Proletaria Mundial se apoyaba sobre el sólido escalón elevado que prestaba la experiencia anterior: la revolución cultural fue posible gracias a la instauración y consolidación de la Dictadura del Proletariado, logro del proletariado soviético; esta conquista fue posible por la incorporación del marxismo al movimiento obrero, logro del proletariado alemán, y el triunfo del marxismo entre las masas fue facilitado por la experiencia práctico-revolucionaria del proletariado parisino.

Pero nada de esto tenemos ahora, ni los logros del proceso ni el mecanismo del proceso. Toda ha cambiado para la revolución. El encadenamiento progresivo de acontecimientos revolucionarios de calidad cada vez más elevada ha sido cancelado, y todo el basamento material y cultural que ese desenvolvimiento y profundización históricos de la revolución proletaria fue construyendo ha sido liquidado. Hoy, la posición política del proletariado ha dejado de ser referente principal en las luchas de clases y condicionante de la posición adoptada por las demás clases; hoy, ni siquiera tiene el proletariado una posición de clase independiente. La obra de construcción revolucionaria debe ser comenzada desde el principio, sin ningún soporte material dejado por otros sobre el que auparnos y sin otro apoyo espiritual que el legado de la experiencia histórica de nuestra clase. Esto es lo que caracteriza la época que vivimos como periodo de transición y éste es el sentido que nosotros damos a ese término.

De este modo, el punto de partida no puede ser otro que la construcción de toda esa experiencia como discurso ideológico que sirva de punto de partida y de inspiración del plan político que permita acercarnos al próximo ciclo

revolucionario. En relación con el pensamiento proletario del primer ciclo, en sus distintas variantes y matices, se trata de una reconstitución o, si se quiere, de una refundición de la ideología proletaria. Sin embargo, aún antes de la culminación de esta obra de reconstitución ideológica y lejos de toda pretensión liberal o ecléctica, pueden extraerse ya de aquella experiencia elementos válidos de la línea política general proletaria con el fin de comenzar a ensamblar el armazón político sobre el que los comunistas pueden iniciar la definición y aplicación de su Plan de Reconstitución.



En este sentido, podemos decir que, a nuestro entender, el segundo criterio válido para designar a la vanguardia actual consiste en señalar a aquellos destacamentos que han comprendido, al menos, que los dos ejes fundamentales sobre los que puede y debe construirse la política proletaria son la Reconstitución de partidos comunistas y la Guerra Popular como instrumentos estratégicos imprescindibles de la revolución proletaria. En este terreno, podemos hablar de destacamentos de vanguardia internacional cuando nos referimos a partidos que están aplicando sobre la práctica esa línea general, como, por ejemplo, los naxalitas indios, la fracción proseguir del Partido Comunista del Perú, la fracción de maoístas nepalíes que combaten al prachandismo, así como todos los comunistas que han tomado conciencia de la importancia de combatir esta nueva versión del revisionismo... Sin dejar de insistir en que todavía ninguno de estos destacamentos maoístas cumple con el primer criterio de definición de la vanguardia internacional que hemos expuesto.

En cualquier caso, para el MAI, en las labores

para la Reconstitución de la Internacional Comunista que deben encomendarse los destacamentos comunistas de vanguardia, deben incluirse, como punto de partida, ambos criterios: Balance y Línea General correcta.

### La Charla-debate.

**Actos como el que ha organizado la Juventud Comunista de Zamora, ¿os parecen necesarios para la vanguardia proletaria o no son más que una pérdida de tiempo?**

Sí, son absolutamente necesarios. En primer lugar, frente a los “practicistas”, que no comprenden la necesidad de la lucha de clases ideológica, en general, ni de la lucha de dos líneas, en particular. Es importante crear escenarios para el desarrollo de esta lucha y este tipo de actos contribuyen a ello. Además, en la medida que cumplen el objetivo de deslindar con el revisionismo y desenmascararlo, y que contribuyen a definir y propagar la verdadera y correcta línea proletaria, son beneficiosos porque actúan como contrapunto de esos otros “encuentros”, “charlas” y “debates” que sólo buscan la unidad a cualquier precio, la rebaja del programa comunista y la presentación ante las masas de plataformas electorales republicanas, intenciones éstas que inspiran la mayoría de los “encuentros” que hoy realizan los comunistas.

En segundo lugar, estos actos contribuyen a que la vanguardia conozca, comprenda y se familiarice con los pormenores de las contradicciones en que se haya hoy envuelto el movimiento comunista. Frente a quienes desean ocultar estas contradicciones reales y relegar las controversias teóricas y políticas entre los comunistas a segundo plano, este tipo de actos es una excelente forma “práctica” por medio de la cual los comunistas honestos pueden aprender a distinguir, desde su propia experiencia, quiénes son los amigos y quiénes son los enemigos de la revolución.

## LAS TAREAS ACTUALES ...

¡Crisis, crisis, crisis! En todos los lugares se habla de crisis; en la prensa burguesa, en la radio, en la TV, en los bares, en nuestros barrios, en el currelo y por supuesto en la prensa comunista. Se analizan causas y efectos de esta “nueva crisis” (como si el capitalismo no fuese una perenne crisis para las masas explotadas). Los análisis son generalmente buenos, el problema llega cuando intentamos dar una respuesta a nuestra clase que le permita salir de la crisis, aunque quizás el problema sea el que los comunistas hablemos, sin más, de “salir de la crisis”.

Y es que la situación actual debería llamar a la reflexión a todas las organizaciones e individuos que realmente sean revolucionarios. Todos los analistas coinciden en que la actual crisis del capital es la mayor desde la que precedió a la II GM, sin embargo ¿que se está consiguiendo? Es triste ver cómo ni siquiera los adalides del trabajo de masas son capaces de organizar una huelga general en el Estado español y lo más que podemos hacer es campaña por la huelga general (a la espera de que la convoquen los sindicatos amarillos), como si la huelga general fuese, por otro lado, la panacea a las desdichas de la clase obrera. En cuanto a huelgas generales no queremos pasar por alto la penosa postura que nuestros camaradas del EPK adoptaron en la huelga general de Mayo en Euskal Herria, escudándose en que se trataba de “una huelga política” ¿acaso un comunista no debe transformar las reivindicaciones económicas en políticas? Pero daremos una tregua a nuestros camaradas del Norte, quizás todavía estén desorientados por no estar en el gobierno de la CAV gestionando la opresión nacional y de clase junto al PNV y EA.

La Internacional Comunista aprobó en 1921 la táctica de Frente Único Proletario pues ya en 1920 Lenin decía que la vanguardia proletaria estaba ganada para el comunismo y que a partir de ahí era cuando se debía ganar a las masas para la Revolución Socialista.

Parece ser que hoy día la vanguardia también está ganada para la causa, de momento daremos por válida esta falsa idea de que nuestras masas actuales son las amplias

masas proletarias. Bien ¿cómo vamos a ganarlas para la causa del comunismo? La tarea de la vanguardia consiste en fusionarse con el movimiento de masas, elevando la conciencia de la clase para que comprenda la necesidad de la dictadura del proletariado y del comunismo, algo que solo comprenderá desde su propia experiencia y no desde el sindicalismo y la lucha económica, que no son ni siquiera el aspecto principal al que tiene que referirse la vanguardia proletaria en su acercamiento a las masas. ¿acaso un obrero va a comprender la necesidad de derrocar por la violencia todo orden social existente desde la lucha sindical (esa es una tesis anarquista, pequeñoburguesa)? O ¿van a adquirir los obreros conciencia para sí, entendiendo que la dictadura proletaria es necesaria para exterminar al capital, cuando llevan décadas escuchando a los comunistas hablar de la legalidad republicana, del parlamentarismo burgués o de la llamada transición pacífica al socialismo, presentada en los últimos tiempos como “socialismo del s. XXI”.?



Con monsergas de este tipo solo se perpetúan los prejuicios legalistas y pequeñoburgueses que tienen los obreros, prejuicios provenientes de su propia situación como sujetos alienados, unida a la falta de un referente revolucionario que los eduque en la necesidad de su dictadura de clase para autoemanciparse de la esclavitud asalariada. Sin esta educación comunista de las masas, lo “más revolucionario” que veremos será las luchas espontáneas y económicas de los

obreros (como la de los obreros del metal de Ponte Vedra a principios de este verano), un enfrentamiento agradable frente al monótono sindicalismo socialfascista de los Toxo y los Méndez de turno, pero que sin una dirección consciente y con vistas al objetivo de derrocar al Estado burgués, se convierte en una lucha tan reaccionaria como las que predicán CCOO, UGT y la CEOE, pues en el fondo solo persiguen mejorar la esclavitud, pero no superarla.

Terminando ya con este supuesto de que las masas actuales son las hondas masas explotadas, volvamos a la cruda realidad. La vanguardia teórica del proletariado está fraccionada en innumerables “escuelas”. Una de ellas es la de los autoproclamados marxista-leninistas, que a su vez están fragmentados en grupos que van desde la defensa de la “democracia participativa” hasta la defensa de la Guerra Popular como aportación universal al marxismo-leninismo.



Por eso nuestra tarea principal es comprender el marxismo-leninismo para así poder deslindar con todos aquellos revisionistas que se esconden tras la falsa careta del comunismo. Mediante la lucha de dos líneas tenemos que expulsar a los

reformistas del movimiento revolucionario único modo de llegar a la predicada unidad comunista, otra bonita consigna que todas las organizaciones suelen presentar, aunque en realidad el 99% de ellas practiquen el sectarismo (en cuanto a siglas, pues los programas republicanos tienden cada vez a parecerse más y más). Y es que este tema de la unidad comunista debería ser tratado al modo marxista, es decir, desde la dialéctica: antes de la unidad está la lucha de contrarios para poder transformarse y llegar a una unidad dialéctica. Por tanto la consigna en cuanto a la lucha de dos líneas para reconstituir el Partido Comunista ha de ser Lucha, Transformación y Unidad. Observar la cuestión de otro modo sería utilizar una visión burguesa y por tanto reaccionaria y anti-marxista.

Los comunistas no podemos renegar de la lucha sindical ni de la lucha económica de las masas, entre otras cosas porque nosotros también somos proletarios y entre que llega y no la Revolución tenemos que comer. Pero actualmente poner todas nuestras energías en las luchas inmediatas significa olvidar el futuro del movimiento, nuestra principal tarea es la lucha ideológica desde el marxismo-leninismo contra toda suerte de oportunistas, mal o bien intencionados.

*Este olvido en que se deja las grandes, las fundamentales consideraciones en aras de los intereses momentáneos del día, esto de perseguir éxitos pasajeros y de luchar por ellos sin fijarse en las consecuencias ulteriores, esto de sacrificar el porvenir del movimiento por su presente, podrá hacerse por motivos ‘honrados’, pero es y seguirá siendo oportunismo, y el oportunismo ‘honrado’ es quizá el más peligroso de todos... (Engels)*

***Juventud Comunista de Zamora  
Agosto 2009***

## Saludo del Movimiento Anti-imperialista (MAI) al encuentro comunista internacional.

Milán, 25 de octubre de 2009

En primer lugar, el Movimiento Anti-Imperialista desea enviar a los organizadores y participantes en este evento un fraternal y revolucionario saludo, así como agradecer que se nos haya invitado y lamentar el que finalmente no hayamos podido asistir. Asimismo, queremos reiterar nuestro apoyo a la Guerra Popular que dirige el Partido Comunista del Perú (PCP), partido proletario de nuevo tipo, del que nos reconocemos deudores debido a su labor de explicitar y asentar las enseñanzas universales de la revolución china, fundamentalmente la Guerra Popular, a través de su creativa aplicación a las condiciones específicas del Perú, generando y asentando, como decimos, bagaje universal para el proletariado internacional.

Es precisamente por esta capacidad del PCP para dirigir y mantener un proceso revolucionario de Guerra Popular, en diferentes y muy duras circunstancias, que no nos podemos limitar a expresar apoyo a la revolución peruana, sino que una vez reconocido el papel de vanguardia que el PCP juega en la actual y difícil coyuntura que atraviesa el Movimiento Comunista Internacional, como marxistas estamos obligados a expresar la necesidad de que este tipo de actos y eventos, como el que tiene lugar hoy aquí, vayan más allá del importante y necesario sostén de un proceso revolucionario nacional y sirvan para empezar a establecer un claro referente y nuclear a la izquierda del Movimiento Comunista Internacional, con la vista puesta en la reconstitución de la Internacional Comunista.

Creemos que la actual situación a nivel planetario, lejos de expresar el inicio de un nuevo auge de la Revolución Proletaria Mundial, está precisamente marcada por la debacle general del Movimiento Comunista Internacional y el fin de lo que denominamos Ciclo revolucionario de Octubre.

En nuestra opinión, resulta evidente que el revisionismo, el reformismo y el más pútrido derechismo dominan actualmente el

movimiento del proletariado internacional, hecho que se manifiesta desde cuestiones tales como la popularidad del llamado Socialismo del siglo XXI, hasta la trágica deriva de la revolución en Nepal o la trágica posición mayoritaria del Movimiento Revolucionario Internacionalista (MRI) frente a tal deriva. Del mismo modo, nos resulta imposible concebir un repunte revolucionario desde las luchas parciales y espontáneas, dominadas por el corporativismo y el reformismo, que en general se dan en las metrópolis imperialistas o desde las luchas armadas contra la agresión del imperialismo en los países oprimidos, en general férreamente dirigidas por grupos de clara inspiración reaccionaria y nacionalista.

Porque sí, el capitalismo está en crisis (imperialismo), pero lleva un siglo en crisis general e histórica, y si algo ha demostrado en este tiempo es su capacidad de reestructuración y el hecho de que sólo una fuerza social consciente, esto es, el proletariado pertrechado por su concepción revolucionaria del mundo, es capaz de asestarle los golpes necesarios para abrir el camino hacia el Comunismo. De nadie más cabe esperar tal labor y perspectiva. Pero este horizonte no es concebible sin un desarrollo revolucionario en el plano internacional que apunte en la dirección de la reconstitución de la Internacional Comunista.

Por ello, en el actual contexto en el que contradictoriamente se entremezclan la caducidad histórica del capitalismo con el dominio del más descarado oportunismo en el seno del movimiento obrero mundial, se hace cada vez más acuciante la formación y consolidación de un referente internacional para la izquierda del movimiento comunista, claramente deslindado y en lucha contra el revisionismo, y que cohesione a los proletarios conscientes del mundo, en muchos casos diseminados y desorientados, en torno a la Línea General de la Revolución Proletaria Mundial.

Creemos que aún no existen condiciones para la unión de la izquierda del Movimiento Comunista Internacional a nivel ideológico, pues el maoísmo, que admitimos como expresión más elevada de la teoría revolucionaria durante la pasada ola revolucionaria o Ciclo de Octubre, plantea muchas inquietudes para asumirlo sin mayor análisis crítico, como por ejemplo, la falta de un balance serio y convincente de su derrota final en China (inmediata destrucción de toda la obra de la Gran Revolución Cultural Proletaria a la muerte de Mao), o el hecho de que una gran facción del heterogéneo maoísmo realmente existente se alinee con Prachanda o Avakian y sus respectivos acólitos, razón de más, dicho sea de paso, para dudar de la utilidad de que importantes sectores de la izquierda del Movimiento Comunista Internacional permanezcan en el interior de organismos como el MRI, en vez de crear un referente propio inequívoco. Estamos convencidos de que las condiciones para la unión en el plano ideológico sólo pueden surgir de la realización, a través de la Lucha de Dos Líneas, del ineludible Balance general de toda la rica experiencia revolucionaria del Ciclo de Octubre.



De este modo, como señalamos, las bases para esta insoslayable tarea inmediata de crear un referente internacional para el comunismo revolucionario sólo pueden provenir de elementos políticos de la Línea General de la Revolución Proletaria Mundial, como es la defensa a ultranza de la Guerra

Popular como, y es lo que muestra brillantemente la experiencia peruana, instrumento universal de incorporación de masas a la revolución, construcción del poder armado de éstas y demolición completa del viejo Estado, frente a las mil y una manifestaciones que toma la teoría del "periodo intermedio de reforma política", ya sea en su forma prachandista, ya sea, como en el Estado español, bajo la bandera de una nueva república burguesa como "paso necesario al socialismo", y que sólo busca el desarme de la revolución mediante su integración en el viejo Estado, salvando a éste de su destrucción. Del mismo modo, requiere la defensa irrenunciable, frente a la pléyade de "socialismos" o "democracias del siglo XXI", del principio de Dictadura del Proletariado. Es sobre estas bases sobre las que mejor podremos aunar a la mayor cantidad de fuerzas del hoy disperso comunismo revolucionario.

Creemos que, debido precisamente a esa práctica social revolucionaria que atesora, a la que nos referíamos, y que le dota de autoridad y refrenda como vanguardia del Movimiento Comunista Internacional, corresponde al PCP encabezar esta lucha por la reconstitución de la Internacional Comunista, y que, como decimos, eventos como éste son oportunidades que se deben aprovechar para avanzar en esa dirección.

¡Viva la Guerra Popular en el Perú!  
 ¡Por la reconstitución de partidos  
 comunistas revolucionarios!  
 ¡Por la reconstitución de la  
 Internacional Comunista!  
 ¡Guerra Popular hasta el Comunismo!

*Movimiento Anti-Imperialista  
 Estado español, 25 de Octubre de 2009*

## Sobre la convergencia del feminismo con el capital

“...la manumisión de la mujer exige, como condición primera, la reincorporación de todo el sexo femenino a la industria social, lo que a su vez requiere que se suprima la familia individual como unidad económica de la sociedad.”

Friedrich Engels, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*

En estos días asistimos, entre hastiados y asqueados, al penúltimo banquete de la burguesía en honor a las buenas intenciones, la palabrería vacía y a la más abyecta hipocresía. Toca en esta ocasión la discriminación de la mujer y la *violencia de género*, y desde luego la puesta en escena del enemigo de clase ha llevado su probada capacidad propagandística y manipuladora hasta el paroxismo; aunque no dudamos que nuestro avezado alumno en *ingeniería de la información* se superará aún más en el futuro: tiene medios de sobra para hacerlo. Así, varios *telefilms* producidos *ad hoc*, recreándose en el drama humano de la maltratada, los titulares periodísticos sobre el penúltimo asesinato de una mujer, las caras compungidas y el trabajado tono solemne en la condena del crimen por parte de toda laya de personalidades, desde las testas coronadas hasta el último plumífero de la prensa, pasando por todo el elenco de ministros y *miembras* del gobierno, intelectuales oficiales, etc.; finalmente, las columnas de los principales diarios rebosan de artículos y opiniones de la pléyade de *expertos*, representantes de organismos oficiales y no gubernamentales, pero bien remunerados, sobre las circunstancias que rodean este, en verdad, terrible *fenómeno*. De este modo, el taumaturgo consigue su objetivo: con nuestras emociones cuidadosamente alzadas, sujetando a nuestro intelecto, *voilà!* ¡Se hace el milagro! La *cartonera* se da la mano con la frívola señora que espera la llegada del otoño para disfrutar en su mansión de los *Ferrero Rocher*, ¡y todas ellas consiguen entrar, iguales y hermanadas, en la comunidad universal de las sufrientes mujeres! Y no olviden repetir, como marca el apuntador periodístico, que “la violencia de género se manifiesta en todos los grupos y clases sociales, independientemente de su origen y nivel de educación.”

Conjurado así cualquier intento de observar el *fenómeno* desde el punto de vista de las clases y

de contextualizarlo en el movimiento social e histórico, quien ose hacerlo ganará rápidamente los estigmas de puntilloso, insensible al sufrimiento o, incluso –pues el terreno se ha fertilizado concienzudamente para la demagogia barata–, de *retrógrado machista*.

Es de esta forma como el feminismo *realmente existente* ha terminado de andar el largo camino que lo llevó de la escisión de lo social, movimiento obrero incluido, hasta su relativamente reciente integración, bajo la cegadora luz de los *flashes* del imponente aparato mediático de la burguesía, en el orden social y político establecido.



Porque, efectivamente, el movimiento obrero, en sus mocedades, allá por el siglo XIX, nació con vocación totalizadora y de universalidad, es decir, la idea, plasmada en aquel entonces en las diversas escuelas teóricas que se reclamaban de él, especialmente en el marxismo, de que a través de su movimiento revolucionario, el proletariado arrastraría a todos los oprimidos hacia la liberación, de que, ahora sí, su emancipación como clase significaba la emancipación de la humanidad. Fue ésta la base ideológica que presidió la cohesión del proletariado y la que le permitió reunir las fuerzas necesarias para iniciar el asalto a la fortaleza capitalista, inaugurando el Ciclo revolucionario de Octubre.

No obstante, la formación espontánea del proletariado como sujeto político al calor del encadenamiento histórico y político de las revoluciones burguesa y proletaria, fue la necesaria base para que, una vez empezó a flaquear la *onda expansiva* revolucionaria que

desató Octubre, el movimiento comenzara a escindirse de sí mismo gradual y sucesivamente, fragmentándose en los distintos frentes que lo componían. Es decir, la incapacidad para dar una respuesta global a la crisis que supuso el agotamiento del impulso revolucionario espontáneo que abrió Octubre (más allá de casos puntuales, aunque de la mayor importancia, como China), permitió a los distintos lugares donde este movimiento se manifestaba autonomizarse y comenzar a adaptarse al nicho concreto donde se alojaban, desarrollando de la forma más natural discursos de legitimación para su reproducción como momento parcial del movimiento social espontáneo. El sindicato, en su imbricación con el entramado de relaciones sociales establecidas, es el prototipo paradigmático y vanguardia en este fenómeno, pero el feminismo va a transitar un camino paralelo.

Así, el progresivo acercamiento de las socialistas a las feministas de la época, las sufragistas, va a dar lugar al feminismo moderno, nuevo ejemplo de movimiento social interclasista y *autónomo*, alejado de cualquier veleidad revolucionaria, y que toma como premisa y objetivo de toda su actividad las relaciones sociales y de poder establecidas, y que en la actualidad se muestra descarnadamente como apéndice y reproductor de ellas en las condiciones del capitalismo maduro. Veamos esto un poco más de cerca.

Por ejemplo, toda la legislación en materia de *género* de los Gobiernos Zapatero, alabada como ejemplo de *progresismo* por toda la nómina de representantes del feminismo, no hace sino sancionar y profundizar las tendencias a la reacción del Estado burgués características de su etapa imperialista. La “discriminación positiva” y la “política de cuotas” que trae esta legislación despejan el camino de la demolición del sujeto de derecho universal consagrado por la doctrina de la burguesía revolucionaria, el liberalismo, el individuo concebido como *ciudadano*, sobre el que construyó el sacrosanto principio contractualista de la sociedad civil y el *interés general* y edificó las bases jurídicas de su Estado de Derecho y de su *democracia*. Ahora, ese modelo individualista se transmuta en otro de corte corporativo que toma como principio el interés creado y el pacto entre grupos de interés, y como base del edificio político una concepción organicista y profascista del cuerpo social. El

conglomerado de organismos que se han autoerigido en representantes oficiales del cuerpo femenino de la sociedad, en sus representantes como género (es decir, tomados sus componentes única y exclusivamente en tanto que mujeres, o sea, como individuos que no desarrollan más relación social que la *de género*) elabora sus directrices políticas, no en función de una norma universal, sino desde su capacidad específica de presión, a saber, como *lobby* corporativo.

El necesario correlato político de la transformación ideológico-doctrinal de las bases jurídicas del Estado es que se transita, en oposición a la doctrina liberal, hacia una concepción del Derecho como bien *escaso* que es necesario repartir, así como la fuente de la soberanía y el ejercicio del poder que, en tanto que limitados, deben ser compartidos según una política de cuotas. De este modo, el principio de “*un hombre, un voto*” va siendo sustituido por el de “*una identidad, un espacio político*”, y la política institucional entendida como reflejo de la correlación de fuerzas entre las clases y sus distintas fracciones se va convirtiendo en la expresión del poder real y de la posición que van conquistando los nuevos *poderes fácticos* (feminismos, sindicatos, inmigrantes, ecologistas, homófilos, etc.).

En lo político, desde un determinismo biológico, base inevitable cuando se parte desde la mujer aislada en su relación con un, igualmente abstracto, hombre, independientemente de otra consideración de índole social o histórica, se ha llegado a sugerir el sometimiento primigenio de la hembra por el macho, sobre la base de la supuesta naturaleza celosa y agresiva de éste, siendo necesaria la regulación jurídica y coercitiva por parte del Estado en la relación entre ambos sexos. Así, se abre paso la visión de un antagonismo irreconciliable entre los sexos, sancionando para siempre la división interna de la clase obrera.

En lo económico, la consigna estrella del feminismo, adoptada con entusiasmo por toda la extrema izquierda, podrida de sindicalismo, es la de “a igual trabajo, igual salario”, lo que supone retroceder casi dos siglos en el ámbito del conocimiento de la sociedad y ocultar la verdadera naturaleza del capital. El marxismo demostró ya hace mucho tiempo que el capital no paga el trabajo, sino la fuerza de trabajo, más concretamente, la necesidad que tiene ésta para reproducirse, tanto fisiológica como

biológicamente. Es decir, lo que paga es la reproducción de la célula básica que en nuestra sociedad tiene reservada tales y tan fundamentales tareas de recuperación fisiológica y reproducción biológica de la clase de los productores, esto es, la familia. Desde un punto de vista social amplio, más de allá de fluctuaciones puntuales, el capital nunca paga más de lo necesario para mantener el funcionamiento de dicha célula en el contexto social dado. Así, ante el fenómeno de incorporación de la mujer o de los hijos cada vez más jóvenes al mercado de trabajo, al capital le es indiferente pagar un salario a uno de los miembros de la familia que, en términos de valor, ese mismo monto salarial fraccionado entre miembros de esa familia a los que explota. Es más, prefiere esto último, porque le permite apropiarse de una masa mayor de trabajo vivo y, en potencia, una mayor masa de plusvalía (y, por tanto, obtener una mayor tasa de ganancia), por no hablar del incremento de la presión a la baja que experimentan los salarios en esas condiciones de incorporación masiva de fuerza de trabajo al mercado en un marco donde no se cuestiona la lógica básica de sus relaciones. Esto último es clave, porque los comunistas no nos oponemos, todo lo contrario, a la incorporación de la mujer a la vida pública y productiva, condición indispensable para su emancipación; pero el feminismo busca con esta consigna el igualitarismo en el marco, que da como incuestionable, de las relaciones económicas y sociales existentes (propiedad privada, trabajo asalariado y familia), por lo que en última instancia sólo puede repercutir en un agravamiento de las condiciones de existencia de las clase trabajadora, y por lo tanto en las de la gran masa de mujeres. La historiografía social ha demostrado que muchas de las luchas de los trabajadores contra la incorporación de las mujeres a la producción, sobre todo en la época del paso de la manufactura a la industria fabril, obedecían al rechazo de la consecuencia subsecuente, de la que ellos eran plenamente conscientes, a saber, una rebaja inmediata de los salarios y del fondo social de consumo.

Finalmente, y en íntima relación con lo anterior, en lo social, puesto que se parte de ese concepto de mujer abstracta y aislada, sólo puede concebirse la familia al modo burgués, como el resultado de un contrato entre dos individuos, en plena consonancia con la concepción burguesa del mundo. Nada más falso y mistificador. La familia,

en realidad, aparece como dada, es previa a la conformación de los individuos y es el primer marco donde éstos son moldeados, tendiendo los modos y dinámicas que genera a ser reproducidas. Además, la familia no es un marco aislado, sino que se conforma en un contexto social, cuya estructura tiende a reproducir en su interior. Es ella quien cumple uno de los papeles fundamentales en nuestra conformación individual acorde a la de las relaciones sociales imperantes.

El materialismo histórico sostiene que la familia actual, lejos de ser un producto natural del contacto aislado entre individuos, es el resultado de una larga evolución histórica. El desarrollo de la división social del trabajo y de las fuerzas productivas disolvió gradualmente los lazos de parentesco amplio y comunitario, dando lugar a la escisión del ámbito productivo respecto del doméstico que, con el establecimiento de la propiedad privada, dejó a la mujer subordinada a este último, que a su vez fue supeditado a la producción. Así, la familia tal y como actualmente se entiende, y con ella la sumisión y la opresión de la mujer en cuanto tal, es un producto genuino e inextricablemente unido a la aparición de la propiedad privada y a la división de la sociedad en clases. En ella se reproduce toda la desigualdad, la opresión y la brutalidad de esta sociedad, cosa que, en este ámbito, no afecta sólo a las mujeres, ya que junto al dominio y la violencia sobre la mujer, encontramos la de los padres sobre los hijos, la que se ejerce sobre las personas mayores y dependientes e, incluso, sus contrapartidas, tan publicitadas con gran alarma por los *media* en algunos casos, signo inequívoco de la esquizofrenia que afecta a este baluarte de la sociedad de clases en la época de su crisis general e histórica. Porque en la era de la creciente socialización de todos los mecanismos de producción y reproducción, la familia, como ámbito privado de reproducción de la fuerza de trabajo, tarea vital que como decimos le asigna la sociedad capitalista, no puede por menos que mostrar síntomas evidentes de crisis y descomposición. Sin embargo, el feminismo ha hecho un pacto de silencio con el capital sobre las verdaderas causas, la propiedad privada y la familia, de la opresión de la mujer, colaborando al apuntalamiento de estas relaciones y colocándose objetivamente en el otro lado de la trinchera.

De este modo, frente a la creciente incorporación de masas a la vida productiva y

pública, en este caso la mujer, el capital, lejos de poder ofrecer más democracia, sólo ofrece más corporativismo, antagonismo social, una mayor explotación de las masas y el apuntalamiento de las raíces de toda esa opresión, en lo que el feminismo colabora gustosamente, a cambio, en palabras de una de sus voceras, de una mayor “participación de las mujeres en política, en las instituciones y en los poderes económicos.” Es decir, la promoción, por la vía de la *cuota*, de una ínfima minoría de señoras sobre las espaldas y el sufrimiento de la gran mayoría. He ahí los verdaderos resultados que se obtendrán del verdadero programa en que ha devenido el feminismo.



Además, el feminismo es un gran ejemplo de los mecanismos que permiten a la sociedad capitalista reconducir todo movimiento parcial y formado espontáneamente en su seno, mecanismos que van más allá de conspiraciones para la “corrupción de los dirigentes” y que están en los propios fundamentos del edificio social.

Así, en esta época de crisis del comunismo nos encontramos todo un amasijo confuso y contradictorio de movimientos que tratan de paliar o de luchar contra tal y cual faceta del sistema, reproduciéndolo inevitablemente en su conjunto. Elocuente ejemplo es sobre el que hemos hablado, en el que desde el noble afán de mejorar la posición de la mujer se ha acabado generando un discurso y un programa que reproduce las bases de la propiedad privada, el trabajo asalariado y la familia, así como también se ha complementado perfectamente y ha hecho suyas las tendencias y concepciones más reaccionarias, como el corporativismo y el determinismo biológico.

Esta heterogénea base es sobre la que ciertas *vanguardias* pretenden construir un movimiento

revolucionario, siendo el resultado inevitable, pues no hay forma de hacer coherente con el marxismo los diferentes discursos, anclados en la concepción burguesa del mundo y contradictorios unos con otros las más de las veces, de todo ese conglomerado de movimientos, siendo el resultado inevitable, decimos, el batiburrillo de la actual *izquierda multicolor*, donde marxismo (o, más bien, su recetario desgastado), feminismo, ecologismo y la que sea la tendencia de moda en el momento se apolotonan incoherentemente.

Frente a este modelo de construcción del comunismo se opone, antagónico e irreconciliable, como lo son la burguesía y el proletariado, otro, que parte como base y soporte desde la concepción proletaria del mundo, que la historia ha demostrado que es el único andamio imposible de ser reconducido por el capital, y que tiene naturaleza totalizadora y universal. Será desde este movimiento de nuevo tipo que las proletarias conscientes mirarán con desprecio a esos *marxista-leninistas* que, en su empeño por encontrar cobijo en el saturado mercado de la política *posible*, renunciando a la transformación radical del mundo, hablan de reformar por sexista el “modelo de familia”, cuando lo que hay que hacer con la familia, como con el resto de las instituciones de la sociedad de clases, es abolirla. También desde este movimiento ajustarán cuentas a todas esas señoras y, sin ningún tipo de discriminación, señores que buscan darse la gran vida a cuenta de los sufrimientos de la mayoría.

***Movimiento Anti-Imperialista  
Noviembre 2009***

# Ni Fausto ni Mefistófeles.

## Crítica de la impaciencia revolucionaria

“Dimitrov (señalando a Van der Lubbe): El provocador desconocido se preocupó de todos los preparativos del incendio. Este Mefistófeles supo desaparecer sin dejar rastro. Y aquí sólo tenemos al ‘instrumento’ estúpido, al pobre Fausto, pero Mefistófeles, ha desaparecido... Lo más probable es que fuera en Hennigsdorf donde se tendiera el puente entre Lubbe y los representantes de la provocación política, agentes de los enemigos de la clase obrera”<sup>[1]</sup>



La noche del 27 de febrero de 1933 el Reichstag, sede del parlamento alemán, es incendiado. Setenta y seis años después de aquel suceso, el pasado 10 de enero, se cumplió el 75 aniversario de la ejecución de la única persona que tomó la decisión de llevarlo a cabo, Marinus van der Lubbe (1909-1934). Sin embargo, la soledad del acto, tanto en sus escasos preparativos como en la realización del mismo, fue enterrada por la lucha dialéctica entablada entre dos poderosas organizaciones, el Partido Nacional-Socialista Obrero Alemán, el NSDAP, y la Internacional Comunista, que aprovecharon sobre la marcha

el suceso para proseguir su particular enfrentamiento en el campo de batalla ideológico que representó el juicio de Leipzig. La acción de Marinus permitió que la política nazi de exterminio de la oposición política, sobre todo y en primer lugar del Partido Comunista Alemán, el KPD, saltara de un estado incipiente de provocación a acelerarse con el argumento de responsabilizar al KPD del incendio, atribuyéndole con ello el querer dar la señal del inicio de la insurrección para la toma del poder. A este auténtico complot nazi, los comunistas supieron responder rápida y acertadamente. El incendio, no sólo no se correspondía con la política llevada a cabo por el KPD hasta ese momento, sino que la falsedad de la imputación será desmontada paso a paso en sus mismos presupuestos. Jorge Dimitrov<sup>[2]</sup>, principal detenido y miembro de la Internacional, denunció el acto como una trama complotista orquestada por la dirección nazi para generar una nueva provocación y criminalizar al movimiento comunista para, así, justificar su represión definitiva. La política del NSDAP, de continuos enfrentamientos y provocaciones contra el movimiento obrero y la oposición política de izquierdas durante todo el año anterior, hacía verosímil el complot nazi y dio gran credibilidad a la defensa comunista que se basó en este argumento para volver en su contra el complot. El desenlace del juicio fue doble: en primer lugar, el NSDAP consiguió su propósito en territorio alemán, aniquilar prácticamente al hasta entonces considerado partido comunista más potente del mundo después del soviético. En segundo lugar, el juicio público se saldó brillantemente con la absolución de los acusados comunistas, después de vencer en la pugna sofística que, en un juicio plagado de irregularidades y amañado de antemano, enfrentaba al tribunal, fiel ejecutor del complot anticomunista construido por los nazis, contra Dimitrov, que representó su propia defensa y la de los otros camaradas acusados, en nombre del comunismo internacional. Esta victoria mediática internacional hará prevalecer durante décadas la versión del complot nazi,

versión que estaba favorecida por el ambiente mundial de antifascismo creciente durante los años treinta y que, posteriormente al final de la Segunda Guerra Mundial, vendrá refrendada por la historiografía occidental, que también se sumará por interés compartido a la versión comunista.

### Una vida de combate... individual<sup>[3]</sup>

Pero, como ya hemos dicho, una sola persona fue la responsable intelectual y material del incendio. Marinus van der Lubbe, que no llegará a alcanzar los 24 años de edad, era un joven proletario holandés de origen humilde y de familia desestructurada. Huérfano de niño, pronto ha de ponerse a trabajar, encajando en la profesión de albañil. En gran medida autodidacta, abraza el comunismo con pasión, ingresando a los 16 años en la Liga de la Juventud Comunista. Dos accidentes laborales muy seguidos le causarán una ceguera progresiva, dejándole incapacitado para seguir trabajando con regularidad. Recibirá una reducida pensión de invalidez que compaginará con trabajos esporádicos. Pero su actividad principal será como comunista, siendo monopolizada por la acción de calle, pintadas, panfletos y enfrentamientos con la policía, lo que le llevará varias veces a prisión. La bolchevización del Partido, siguiendo los dictados del V Congreso de la Internacional Comunista, así como la disciplina "burocrática" que predomina en la organización y las críticas hacia los derroteros que está tomando la revolución en la URSS decidirán, no sin pesar, su abandono definitivo del Partido Comunista Holandés, después de varios intentos anteriores que no se consumaron por propia indecisión. El radicalismo libertario de Marinus le lleva a discrepar de la estructura organizativa demasiado rígida, topando con la disciplina impuesta por la organización jerárquica del partido leninista, que, según su criterio, limita y controla la acción directa y la iniciativa espontánea de las masas, por las que siente especial debilidad. En 1931, la organización local del Partido reprenderá a Marinus la iniciativa y preparación, por cuenta propia, de un viaje a la URSS<sup>[4]</sup>, convirtiéndose en la

causa final que le llevará al abandono definitivo del Partido.



Inclinado como está por las relaciones más informales que por la disciplina militante característica del bolchevismo, se apuntará al Grupo de Comunistas Internacionales (GIK), organización de la corriente consejista de la izquierda comunista dirigida por Pannekoek y Gorter, poniéndose con entusiasmo a trabajar en el desarrollo de las acciones espontáneas del proletariado, pues, según él, la lucha contra la opresión y explotación capitalistas ha de venir por sí misma. El valor secundario que le otorga a la teoría le lleva a abandonar también este grupo para fundar la Oposición de Obreros de Izquierda (LAO). El GIK centraba su acción en la propaganda para desarrollar el movimiento de masas, mientras el LAO pretendía acelerar el proceso por medio de la lucha directa de la clase. Marinus podía por fin realizar su propio ideal de acción sin encontrar la oposición de sus camaradas o de la estructura de la organización. Proseguirá su labor de denuncia pública entre los obreros, por innecesaria y limitadora, de la dirección del proletariado tanto política como sindical e insistirá en que los trabajadores deben de aprender a actuar por sí mismos sin esperar a ser dirigidos.

## El Incendio del Reichstag

El 30 de enero de 1933 Hitler consigue el puesto de Canciller del Reich. Durante todo 1932 los disturbios han ido en aumento en Alemania, lo que la proclamación de Hitler no hará más que incrementar. La amplificación con que la prensa obrera y revolucionaria holandesa describe los acontecimientos políticos que se están desarrollando en Alemania estimulará la inclinación de Marinus por la acción, lo cual favorecerá su decisión de involucrarse. Marinus, libre e independientemente, decide ir a Berlín, a pesar de que sus camaradas no consideran esa necesidad de intervenir, negándose a acompañarle. Siente un rechazo radical por el capitalismo y está obsesionado con evitar otra guerra mundial. No es especialmente antifascista pues considera al fascismo parte del sistema social capitalista contra el que se ha de luchar allí donde se pueda. Para él, como para muchos en aquella época, Alemania representa el más sólido bastión del proletariado europeo después de la URSS, y en su clase obrera pone las esperanzas de la revolución. Él quiere estar presente en el momento en que esto se produzca pues cree inminente el levantamiento contra el capitalismo dirigido ahora por los nazis. Sin embargo, su decepción será grande. A pesar de que, además del ejército, existen cuatro milicias distintas de partido en Alemania en aquellos momentos (comunistas, socialdemócratas, nacionalistas y nazis), el combate abierto sólo está en mente de los nazis, que son los que llevan a cabo la ofensiva violenta en la calle. Las masas obreras no responden, resisten siguiendo las directrices de sus organizaciones. Mientras las SA (Secciones de Asalto del NSDAP) infiltran, provocan y atacan al movimiento obrero<sup>[5]</sup>, el KPD dirige sus ataques contra el socialfascista Partido Socialdemócrata Alemán, el SPD, procurando no caer en las provocaciones nazis<sup>[6]</sup>. Marinus comprueba que el proletariado sigue las consignas de sus partidos y sindicatos, que contienen las luchas para frenar la tendencia a incrementar la espiral de violencia, por lo que cree necesario un revulsivo que fuerce la situación, para que las masas sobrepasen la inactividad de sus

direcciones. Como después de los primeros días en Berlín, adonde llega el 18 de febrero, forzando el debate en busca de la complicidad de obreros y parados no consigue su propósito, decide que debe actuar, aunque sea en solitario, y realizar algún acto espectacular que sirva como detonante para despertar del aletargamiento a las masas para que se pongan en marcha por sí solas tomando la dirección sobre los acontecimientos por sí mismas. Comprará, pues, el material incendiario que considera necesario y, después de haber intentado que prenda el fuego, sin éxito, en varios edificios que albergan instituciones representativas del Estado burgués<sup>[7]</sup>, decepcionado y casi sin dinero se aprestará a regresar a Holanda. Sin embargo, dos días después de estas intentonas fallidas, decide probar suerte una vez más, encaminándose hacia el Reichstag. Después de pasar parte del día estudiando el edificio, a la caída de la noche, entrará por una ventana y prenderá, esta vez sí exitosamente, fuego en varias de las dependencias, incluido el anfiteatro, sede de la sala de sesiones parlamentarias. Perseguido por el edificio, Marinus es detenido y llevado a comisaría, donde confesará orgulloso su acto de protesta con todo detalle.

## Trascendencia e implicaciones de la acción de Marinus

Efectivamente, ante la impotencia en la que Marinus percibe que se encuentra la clase obrera alemana, secuestrada por las direcciones de sus partidos y sindicatos, decide hacer algo, un acto de protesta contra esta situación en la que se encuentra el sistema, un acto de protesta individual<sup>[8]</sup>. A pesar de que la noticia del incendio fuera recibida, en un primer momento, con simpatía e incluso alegría en distintos ambientes revolucionarios de Europa, la individualidad del acto favorecerá su uso y manipulación por fuerzas mucho más poderosas.

La utilidad de una acción se mide por el resultado. También Marinus parecía tener claro este criterio y, sin embargo, no sopesó el resultado probable<sup>[9]</sup>. La acción directa, inmediata, espontánea, fruto del arrebatado escasamente meditado y provocado como

reacción instantánea a un estímulo negativo, raramente ha tenido un resultado que, cuanto menos, haya podido reportar provecho directo alguno a la causa en nombre de la cual se realiza.



Este es el primer problema que plantea la acción de Marinus, un acto de espontaneísmo individual, aislado del proletariado y, por ello, fácilmente instrumentalizable. El resultado del acto será el opuesto al que él mismo quería conseguir. El enfrentamiento entre comunistas y nazis acaparará el protagonismo en el juicio y se extenderá al plano mediático internacional. La intención inicial de Marinus como acto de protesta pasará inadvertida. Incluso si, como afirma algún historiador<sup>[10]</sup>, Marinus actuó esperando lanzar la señal de la insurrección del proletariado contra el sistema capitalista, no podía estar ese objetivo más alejado de las intenciones de las organizaciones obreras alemanas ni de las amplias masas encuadradas tras ellas.

Por otro lado, incurrir en la exaltación del acto desesperado de Marinus no ayuda a la hora de establecer su correcto balance. Nico Jassies, autor del libro reseñado, se hace eco de los esfuerzos y argumentos que los Comités Van der Lubbe<sup>[11]</sup> expusieron en su Libro Rojo<sup>[12]</sup>, en donde señalaban, en libre interpretación, que Marinus "se había visto, por así decirlo, empujado hacia el edificio que para la clase obrera alemana en particular y para el proletariado mundial, en general, era el símbolo de toda la servidumbre político-económica y de toda negación de derecho: ¡el edificio del Reichstag! [...] La chispa es la acción. En la noche del 27 de febrero, Marinus van der Lubbe da fuego a ese templo, a ese palacio de chanchullo y traición"<sup>[13]</sup>. Por el

contrario, el incendio del Reichstag no es más que el resultado exitoso del cuarto intento de prender fuego, dos días después de haberlo intentado con otros edificios que albergaban instituciones burguesas, todas ellas de una categoría emblemática e institucional inferior. No tenía previsto prender fuego al Reichstag al iniciar su acción. Es una decisión que toma sobre la marcha, cuando ya ha emprendido el camino de regreso a Holanda: "Ya casi no le queda dinero, las acciones intentadas en Berlín no han dado ningún resultado, y la actitud de la gente le ha decepcionado. En las primeras horas de la noche se presenta en la comisaría de Hennigsdorf, una pequeña ciudad cerca de Berlín, para dormir en la celda reservada a los sin-techo, práctica entonces muy habitual. Pero en la noche cambia de opinión. Quiere intentarlo otra vez. El lunes por la mañana, se pone de nuevo en marcha hacia Berlín donde, en las primeras horas de la tarde, compra cuatro paquetes de pastillas inflamables. Luego, va al Reichstag para estudiar el edificio desde la calle"<sup>[14]</sup>. Ni la motivación era servir de señal, ni el edificio escogido especialmente para servir adecuadamente a tal efecto. Tampoco la chispa es realizar la acción, si esa acción es, no sólo individual y alejada de todo plan sino, además, aislada de las organizaciones revolucionarias y de las masas proletarias que las secundan. No hay motivo para sentirse orgulloso, como proletario revolucionario profundamente anticapitalista, de un acto de este tipo. El criterio del resultado debería de ser suficiente para tratar esta acción como inservible e incluso contraproducente en donde el primer resultado es la caída y eliminación, inútil por otra parte, de un obrero revolucionario como era Marinus.

El incendio dará paso al juicio público que tendrá lugar en Leipzig. Desde él se irradiarán al resto de la humanidad las verdaderas e inmediatas consecuencias de la acción de Marinus. Dos propagandas, la del partido nazi y la de la Internacional Comunista se enfrentarán. Por un lado, los nazis aprovecharán el incendio para acusar a los comunistas de dar con él la señal de la insurrección armada y desatarán una virulenta campaña anticomunista que tendrá eco en todo el país, justificada ante la opinión

pública con ese acto, que será el preámbulo de una “ofensiva general contra el movimiento revolucionario del proletariado alemán” para poner freno al bolchevismo internacional<sup>[15]</sup>. Inmediatamente después del incendio y basándose en la posibilidad dispuesta en la Constitución de Weimar, la presión de los nazis forzarán la aprobación, justo el día después del incendio, de un Decreto<sup>[16]</sup> de excepción suspendiendo los derechos y libertades constitucionales básicos, permitiendo en nombre de la seguridad pública y del Estado el registro y la detención de cualquier sospechoso. Comenzará pues la detención de millares de comunistas y afines, a la que le seguirá en poco tiempo la represión contra los opositores de otros partidos. A pesar de que el acoso a los comunistas había empezado antes de que se produjera el incendio, la promulgación del Decreto servirá de base jurídica legal para el aumento indiscriminado y masivo de la represión, la ilegalización del KPD y el sometimiento posterior del resto de organizaciones políticas y sindicales, acompañado de un consenso y apoyo entre las masas, sobre todo de la amplia clase media, y de la mayoría de la opinión pública, que los nazis aún no controlaban completamente poco antes. Por otro lado, la sólida coartada de Dimitrov y de los otros dos comunistas búlgaros detenidos, unido a su destacada intervención, con la que desmontaba las acusaciones preparadas del tribunal en su contra, estableciendo como base de la argumentación principios de unidad democrática antifascista y no revolucionarios, volcarán a toda la democracia occidental antifascista en la defensa de los argumentos del complot de la provocación nazi. Dimitrov hará valer sus dotes de dirigente bien preparado y buen orador. Al tener enfrente, como enemigo poderoso, al nazi-fascismo, se torna tarea principal el vencerlo, por lo que la esencia de su discurso democrático burgués de renuncia a la revolución pasará a segundo plano, desapercibido para la mayoría de las masas proletarias y, peor aún, justificado por ellas. Expondrá en el juicio el programa de la Internacional Comunista que acabará siendo sancionado en el VII Congreso de 1935. Este planteamiento antifascista ha logrado dejar en ese segundo plano el comportamiento

capitulacionista y defensor del KPD, que no tenía en ningún momento la intención de luchar por el poder ni de prepararse para ello. En los años treinta la Internacional Comunista ya estaba renunciando mayoritariamente a la revolución<sup>[17]</sup>, posponiéndola a condiciones de presión y temperatura de difícil consecución al venir determinadas por agentes y circunstancias dejadas deliberadamente al margen de la acción organizativa y dirigente del sujeto político revolucionario, el Partido Comunista. Llegado el momento, ya disuelta aquella en 1943, escribiría su epitafio con la entrega forzada de las armas partisanas en la Europa occidental al finalizar la guerra, en el 45, siendo su dramático prelude el haber traicionado a la revolución en la contienda civil de 1936-39 en el Estado español, en aplicación directa de la nueva estrategia.



***Acusados en el incendio del Reichstag***

***Arriba: Marinus van der Lubbe***

***Centro izquierda: Vasil Tanev***

***Centro derecha: Blagoi Popov***

***Abajo izquierda: Georgi Dimitrov***

***Abajo derecha: Ernst Torgler***

**El fin justifica los medios**

Efectivamente, cuando el fin es lícito, también lo son los medios que se emplean para alcanzarlo. Se podrá debatir

indefinidamente sobre si esta frase elevada a precepto goza de un estándar moral y ético más o menos acorde con el esquema de pensamiento dominante en cada época, pero la propia discusión bizantina sobre el tema demuestra su aplicación continuada en todo momento, llegando a jugar su altisonante negación como justificación maquiavélica de la represión más generalizada e indiscriminada contra los derechos más básicos, como puede comprobarse diariamente en la llamada "lucha contra el terrorismo".

En los años treinta, la lucha se concentraba cada vez más en combatir al fascismo con la misma rapidez con la que éste se extendía por el mundo. La publicación, a primeros de agosto de 1933, del Libro Pardo sobre el incendio del Reichstag y el terror hitleriano reunía por primera vez información sobre los campos de concentración, las persecuciones racistas y demás actos de terror perpetrados por los nazis<sup>[18]</sup>. En el libro, se vierten las explicaciones del complot nazi y la implicación que, supuestamente, habría tenido Marinus en él. El objetivo era informar a las masas, prevenirlas y prepararlas para la acción ante lo que se avecinaba. Tenía una misión educativa que alcanzó con bastante éxito; pero, en parte, esas enseñanzas estaban basadas en argumentos falsos y hechos no comprobados destacando, sobre todo, el caso del incendio del Reichstag. El libro, ampliamente difundido por los aliados, introdujo en el acervo común de la población mundial la culpabilidad de los nazis junto a la aceptación de todos los argumentos vertidos para ello. Una humanidad horrorizada por la experiencia de la guerra no podía sino asumir sin fisuras las explicaciones que los acontecimientos recientes no habían hecho más que confirmar dramáticamente. Después del final de la guerra, la versión del complot nazi y las falsificaciones con respecto al incendio se mantendrán durante mucho tiempo porque convenía a los dos bandos enfrentados en la guerra fría. El principal argumento para mantener esta falsificación se hacía en aras de la llamada "pedagogía popular"<sup>[19]</sup>, pues no podía permitirse blanquear la responsabilidad de los nazis en la contienda que había arrasado al mundo, algo que podría llegar a relativizar los otros

crímenes por ellos cometidos. Sólo a partir de los sesenta, cuando la cuestión nazi ya está más lejana y parece definitivamente resuelta, cuando los puntos de fricción en el mundo son de otra naturaleza y el interés de las masas se dirige hacia ellos, entonces los acontecimientos del Reichstag son paulatinamente tratados con nuevo rigor, más objetivo y ajustado a la realidad de los hechos probados. Sin embargo, el descenso en el nivel de atención por parte de la población sobre la Segunda Gran Guerra permite que aún perdure la versión vencedora del complot nazi en el mejor de los casos, cuando no la extensión de su completo desconocimiento.

La trascendencia que tiene la edificación del complot nazi reside en que su esclarecimiento definitivo pone en entredicho la responsabilidad política de cada uno de los aliados en el inicio de la guerra. En mayor medida señala la culpabilidad de las democracias occidentales por haber permitido el rearme alemán esperando volverlo contra el este y, en no poca importancia, pone al descubierto el viraje de los comunistas, con la Unión Soviética a la cabeza, que optaron por una práctica basada en el realismo político de la alianza antifascista e interclasista basada en la práctica de la diplomacia política, en lugar de desarrollar la lucha de clases y prepararse para transformar la guerra imperialista en lucha por el poder definitivo. La luz sobre lo que en verdad ocurrió en el Reichstag cuestiona las políticas tanto del KPD como de la Internacional Comunista en la época. Esto es lo que impedía reinvertir la tendencia desatada con las falsedades iniciales, agravadas por la guerra, e institucionalizadas por el nuevo orden mundial de división del mundo en los dos bloques vencedores. Los medios empleados para el noble fin de dañar al máximo la imagen del Nacional-Socialismo afectarán el desarrollo posterior de políticas basadas en el ensalzamiento de la "democracia" como eje sobre el que pivotaban ambos bloques. El perfil democrático y pacifista reclamado por ambos bloques sólo podía resentirse del cuestionamiento de los hechos oficiales popularizados durante el juicio de Leipzig. Ahora, la necesidad del Balance del ciclo de Octubre requiere cuestionar las políticas y los

acontecimientos en aras de rescatar las verdaderas enseñanzas de todo el periodo.

Nico Jassies, autor del libro, valedor de la memoria romántica de Marinus y partidario del consejismo más radical, al opinar sobre el papel del complot en la historia, se empeña en desacreditar a las organizaciones de tipo leninista por un supuesto distanciamiento del compromiso revolucionario que sería intrínseco a su propia naturaleza. Busca falsos argumentos para denunciar las derivas que los partidos comunistas irán tomando en su progresivo alejamiento de la vía revolucionaria, achacándola a la conformación leninista del Partido de Nuevo Tipo. Esta búsqueda le lleva a tropezar en el mismo tipo de despropósitos analíticos en los que incurre al optar por la exaltación de la acción de Marinus para intentar desmontarlos. Jassies afirma que organizaciones que practican el terrorismo, son para él el exponente del modelo de partido leninista<sup>[20]</sup>, cosa que es falsa, pues las organizaciones que practican el terrorismo son, cuanto menos, desviaciones del modelo leninista de organización que se reestructuran malamente para la acción directa conspirativa y, cuanto más, son producto directo de la tendencia que dentro del movimiento obrero opta por seguir la vía, mal llamada antiautoritaria, que lucha por imponer el doctrinarismo anarco-consejista basado en la autonomía obrera, intentando conciliar el marxismo con el utopismo libertario. Por lo tanto, traer a colación, como argumento en apoyo de su opinión, la experiencia de las Brigadas Rojas italianas para demostrar el fracaso del partido leninista, sólo puede volverse en su contra pues, precisamente ellas, tienen su arranque en la fusión del radicalismo pequeño burgués, originario de los Comités Unitarios de Base universitarios, con las luchas obreras dirigidas por el autonomismo proletario entre finales de los años 60 y durante la década de los 70. De un primer estancamiento del movimiento autonomista nacerían las Brigadas. En aquella época, el movimiento comunista italiano estaba en manos del todopoderoso revisionismo del Partido Comunista, el PCI, que bregaba, en aplicación de las tesis del llamado eurocomunismo, por conseguir el compromiso histórico con la Democracia

Cristiana y abrir definitivamente la vía italiana pacífica al socialismo. Ya desde mediados de los sesenta, la cuestión principal en las filas del movimiento comunista era la constitución de un auténtico partido comunista revolucionario que diese caza al revisionismo del PCI y volviese a encarrilar la vía revolucionaria, tarea auspiciada sobre todo por la lucha internacional que el Partido Comunista Chino abanderaba contra el revisionismo soviético. Sin embargo, la extrema izquierda acometía el combate contra el conciliacionismo del PCI y su "estructura burocrática" renegando paulatinamente del leninismo, pretendiendo evitar la vía de la conciliación pacífica de clases haciendo hincapié en la autoorganización y la democracia participativa de base y renunciando a la constitución de una organización política de vanguardia, con lo que su inclinación por la acción directa y cada vez más espontánea dificultaba la formación de un partido revolucionario de tipo leninista, entorpeciendo activamente esta tarea que se llevaba a cabo desde otros sectores escindidos por la izquierda del PCI. En medio de este proceso de luchas de la extrema izquierda italiana nacerá, como fuga hacia adelante más consecuente con el utopismo radical antisistema, la organización de las Brigadas Rojas, cuyas acciones, sometidas a una política que tendrá como eje central la sustitución desde un principio de la lucha armada por la violencia de la acción directa, pasarán a dominar la iniciativa política en el país. El asesinato de Aldo Moro y el incremento de la represión, no sólo llevarán al abandono definitivo del objetivo del compromiso histórico entre el PCI y la Democracia Cristiana, sino que la represión se abatirá sobre todo contra el autonomismo obrero, provocando la desunión orgánica y la desarticulación del proceso de lucha contra el sistema capitalista, aniquilando también, en aquel momento, las posibilidades de reconstitución del Partido Comunista y de recuperación de la vía revolucionaria y escorando hacia la derecha al Estado y la opinión pública italianos, forzando la desmovilización y desactivación paulatina de todas las experiencias de luchas obreras y estudiantiles de aquellos años.

Es precisamente la impotencia de la lucha anarco-consejista por resquebrajar el sistema la que propicia que la lucha armada sea confundida con la práctica terrorista. Como caso extremo de desviación, una acción individualista y en ausencia completa de organización, como lo prueba el caso de Marinus, es, en toda ocasión, suplantada y manipulada precisamente por las organizaciones que tienen el poder, la fuerza y la capacidad para asimilar el acto a los acontecimientos en función de sus intereses.



### La impaciencia revolucionaria de Marinus

El culto al espontaneísmo es generador de individualismo y el individualismo lleva a su vez a favorecer el espontaneísmo. El obrerismo a ultranza no puede zafarse del nivel de conciencia del obrero medio si no es con actos individuales con la vana pretensión de que sirvan de espoleta esclarecedora para esas masas obreras medias.

Marinus está afectado profundamente de este culto al espontaneísmo. La impaciencia revolucionaria que lleva a profesar este culto tiene su origen en un conocimiento débil del marxismo, en un desprecio por la realidad

político-social y en un rechazo de la objetividad científica. La incapacidad para asumir un plan conlleva el abandonarse a la consecución de los objetivos sin tener en cuenta las condiciones concretas, las leyes del desarrollo revolucionario de la sociedad y los pasos y etapas por las que debe abordarse toda transformación profunda. No tiene en cuenta la irregularidad de la evolución social de la humanidad, jalonada de avances y de retrocesos, que se expresa en un desarrollo desigual. La escasa comprensión de la evolución de la situación concreta lleva a combates ocasionales, sin orden ni método, reduciendo la acción a huelgas y algaradas que, debido al rechazo de principio a la organización política de la clase, se llevan a cabo sin plan ni concierto, confundiendo en los medios empleados el objetivo deseado. Así, el pensamiento radical se representa a través de consignas políticas de consumo inmediato, sustituyéndose las circunstancias reales por la mera voluntad como fuerza motriz para el desarrollo de los acontecimientos. Representativo del comportamiento individualista y contradictorio de Marinus es la rotura de cristales de la Oficina de Ayuda Social de Leiden, en la que había solicitado, por dos veces, una ayuda para montar una biblioteca para obreros y parados, al ver rechazadas ambas peticiones<sup>[21]</sup>. Esto no lo detendrá, y así, varios meses después volverá a presentar la misma solicitud con idéntico resultado negativo. Esta vez protestará poniéndose en huelga de hambre, siendo hospitalizado a los pocos días, actitud que depondrá a cambio de promesas que no serán cumplidas. Es contradictoria la preferencia por mendigar una subvención de una institución del capital y rechazar la forja de una potente organización comunista independiente del sistema y que pueda, por sus propios medios, dotar de las infraestructuras y recursos necesarios al proletariado y cuyo objetivo sea la revolución y la toma del poder. Sin embargo, mostraba iniciativa sobrada a la hora de buscar financiación para sus viajes políticos de interés particular<sup>[22]</sup> y sin recurrir a la mendicación institucional.

Para ser revolucionario debe de anclarse profundamente en el individuo el odio al

capitalismo, pero este odio debe de ser negador de la condición de explotado y también de la forma en que se expresa dicha explotación, la forma de existencia real de la clase. El esquema de pensamiento de Marinus recoge la contradicción entre, por un lado, odiar con vehemencia a la explotación capitalista, sobre todo en sus manifestaciones más directamente patentes de injusticia y opresión, y, a su vez, rendir un culto irreflexivo hacia las masas explotadas y su actuación espontánea, que nunca puede llegar a superar el marco económico de su acción que viene definido por su posición material objetiva en la organización social del sistema, posición de obrero asalariado que no es cuestionada más que en los aspectos más inmediatos y superficiales, pero que nunca llega a afectar el fondo que subyace tras esos aspectos y que reside en la división social del trabajo. El revolucionario marxista debe posicionarse intelectualmente fuera de esa contradicción para combatirla desde una posición de independencia, única posición desde la que puede revolucionarizarse el sistema para negar dicha contradicción. En Marinus, como por otra parte en todas las corrientes anarquizantes, se perpetúa ad aeternum el divorcio entre el ideal y el objetivo final y la interpretación de la realidad social y material en la que ha de desenvolverse la acción revolucionaria para alcanzar el fin. El odio al capital no puede, no debe jamás, nublar la razón sino que ha de incitar a la fusión entre organización e ideología como base para la acción. El proceso revolucionario se está demostrando lento, a veces insoportablemente lento, pero un ansioso voluntarismo no puede oscurecer la voluntad basada en la reflexión y el estudio pacientes y concienzudos que permiten asentar con firmeza los pasos que se han de dar para llevar a cabo las tareas necesarias que el estado de la revolución demanda.

El pensamiento desiderativo al que lleva, a veces, el odio sin fisuras al capital, se aleja del comunismo que tiene como fin enlazar el pensamiento emancipador con el movimiento real de la sociedad, y lo acerca al anarquismo que eleva a axioma la impaciencia revolucionaria.

## Una praxis a desterrar

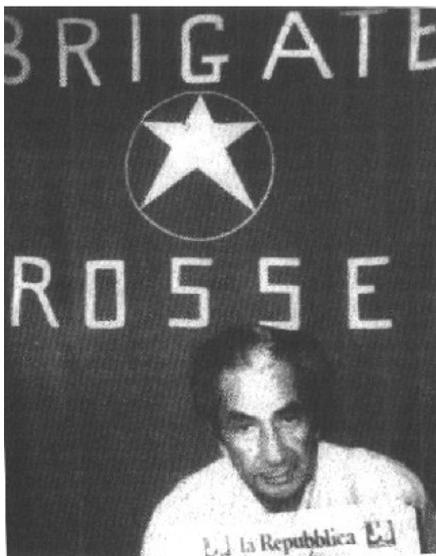
Si analizamos el resultado práctico como criterio para esclarecer la idoneidad de una praxis determinada, hemos de llegar a la conclusión que, no sólo la acción de Marinus, sino que la verificación del modelo propuesto por el comunismo consejista ha resultado ser un fracaso desde un principio, mostrándose incapaz, no sólo de desenmascarar ante el proletariado las "mentiras de la máquina de propaganda estalinista", ni de causar serios problemas al sistema capitalista, y menos aún conseguir derrotarlo.



El consejismo, al mantener al proletariado en su nivel más bajo y espontáneo de organización ideológica y política por miedo a interferir en su supuesto libre albedrío (algo completamente inexistente, al depender de los problemas inmediatos que le plantean las relaciones de producción burguesas en las que se desenvuelve), retrocede a concepciones premarxistas y por ello es tan asimilable a las distintas corrientes anarquistas y utópicas. No acepta que la realidad supere la idealización de un proceso revolucionario de emancipación que, precisamente por partir de una sociedad corrompida por el interés particular fruto de la división del trabajo, no puede brotar como concepción aséptica y vacunada contra el propio sistema del que brota. Es imprescindible asumir el desarrollo desigual de la humanidad, si no, la propaganda sin vocación organizadora, intrusista en ese sistema espontáneo, y la acción sin tener en cuenta los distintos niveles de conciencia de las masas ni buscar la ligazón con ellas en función del nivel de la acción que ha de llevarse a efecto, acarrea el aislamiento con

respecto a ellas, como los hechos han acabado demostrando a lo largo de la historia.

En el caso que nos ocupa, la lucha por el reconocimiento de la verdad de los hechos sobre quién y por qué se incendió el Reichstag no ha hecho más que aislar aún más la acción de Marinus, dotarla de sinsentido, para terminar por arrebatárle de la historia incluso su responsabilidad política, quedando anulado así su mismo acto de protesta<sup>[23]</sup>. Con ello, la debilidad, no sólo numérica sino sobre todo ideológica, de los Comités Van der Lubbe acaba por perder la batalla de la dignificación del utopismo revolucionario de Marinus y la acción individualista, llena de romanticismo y de radicalismo pequeño-burgués, se manifiesta al intelecto como un acto terrorista, que no de violencia revolucionaria, perdiendo el último apoyo y arrebatándole el único sentido que como protesta proletaria podía tener.



Los problemas que causará la acción de Marinus al propio movimiento consejista obligarán al mismo Pannekoek a denunciarla en un artículo como "absolutamente sin efecto" [24], resaltando correctamente que era la burguesía alemana la más interesada en liquidar el parlamentarismo, con lo que la acción sirvió objetivamente los intereses del fascismo, sumándose y contribuyendo con ello al clima que el auge del nazismo propiciaba. Pannekoek reconoce que una acción individual puede ser efectiva sólo "en el marco de un movimiento de masas" [25]; pero el consejismo rechaza que ese marco no sea operativo si el partido político del proletariado no lo vertebraba, con lo que en la práctica deja

inutilizado al movimiento y, por consiguiente, su capacidad de acción.

### Necesidad de extraer las enseñanzas adecuadas

Que el Reichstag en llamas no haya conseguido despertar a las masas y provocado el ansiado levantamiento no indica la debilidad de la clase obrera alemana<sup>[26]</sup>, como afirmaban los amigos de Marinus, sino su elevado nivel de encuadramiento bajo su partido, su grado de organización y disciplina y, por el contrario, desenmascara a su dirección, mayoritariamente reformista, reacia a los esfuerzos revolucionarios que requiere una lucha decidida por el poder y que, en su afán por mantener la legalidad burguesa, descuidó conscientemente la preparación clandestina. Sí que hay una debilidad revolucionaria de la clase obrera, pero esta debilidad revolucionaria se ve reforzada, entre otras causas, por la insistencia de los consejistas en mantener artificialmente al proletariado desvinculado de su vanguardia, lo cual no ayuda a la comprensión de los vínculos que hay establecidos entre la dirección de la clase, predominantemente reformista, y las masas, impidiendo así su superación.

El paso a la ilegalidad atraparà al KPD sin que sea capaz de oponer resistencia alguna, salvo honrosas excepciones. Premonitorio de este comportamiento suicida del KPD es el comportamiento del portavoz del grupo parlamentario comunista, Ernst Torgler, último en salir del parlamento aquella noche antes del incendio y buscado por la policía como instigador, que se entregará voluntariamente para proclamar su inocencia, quedando detenido definitivamente.

Es doloroso asistir a las derrotas, dejaciones, inoperancia y traiciones en las luchas obreras y comprobar el carácter de la política reaccionaria montada sobre el espontaneismo de las masas. Varias son las alternativas por las que puede discurrir la respuesta de quien se considera revolucionario. Puede caer en el desánimo y abandonar la lucha, puede aceptar la derrota como inevitable e incorporarse a las filas del oportunismo revisionista, puede dar el salto a

la clandestinidad y ser paciente, analizar lo sucedido y trabajar para seguir tenazmente los pasos y tareas adecuados o puede optar por una fuga hacia delante, a la desesperada, esperando que lo que uno percibe como correcto de la situación concreta sea comprendido también por las masas por el mero hecho de llevar a cabo una acción espectacular para que prenda también en ellas el ejemplo desbordante de entrega y sacrificio personal.

No puede afirmarse que Marinus sea fiel a los intereses de la clase obrera, porque Marinus sólo es fiel a su instinto anticapitalista dominado por la impaciencia. Marinus no cuenta con la clase para nada de lo que hace, esperando que ésta responda a sus llamados por el mero hecho de realizarlos y, sin embargo, huye de cualquier compromiso que pudiese forzar el camino revolucionario y que implique, a su vez, el encuadramiento disciplinado en una organización de combate. La labor propagandista de Marinus no se ve sobrepasada con el acto del incendio, pues tiene el mismo carácter objetivo, sin vínculo real con la clase y, por lo tanto, fácilmente aprovechable en su contra.

El modelo de la insurrección que van der Lubbe quiso provocar tuvo su última expresión heterodoxa en la revolución bolchevique. Octubre de 1917 supuso el paso definitivo de un modelo de revolución, que había sido infructuoso siempre para el proletariado, a un nuevo modelo auténticamente proletario y que ha abierto el camino hacia el poder. Se pasó, de un modelo de revolución que obedecía a la coyuntura concreta del momento histórico, fruto de la agravación de las circunstancias socioeconómicas o políticas que esa coyuntura determinaba, y que hacía depender la señal del levantamiento popular de una acción de terror individual, o de un *putch* de fuerza localizado, como el detonante para una explosión social que se extendiera como la pólvora provocando la ansiada insurrección general de masas, a la revolución leninista, que substituyó ese modelo por la de su preparación y organización previas, de ahí la necesidad del Partido de Nuevo Tipo y del establecimiento consciente de las tareas, que busca adecuar la situación concreta a las exigencias revolucionarias y que hará que sea

la dirección de la vanguardia revolucionaria la que dé la orden de insurrección general, actuando en todo momento como centro y Estado mayor de la revolución<sup>[27]</sup>.

Todos los fracasos insurreccionales posteriores -de los cuales, dos tuvieron lugar en Alemania, en 1918 y 1923- ya demostraron la imposibilidad de llevarla a cabo sin Partido y sin plan. Lamentablemente, el movimiento comunista y revolucionario aún tardará mucho en darse cuenta de ello. Por otro lado, en aquellos mismos años, la Guerra Popular ya se abría paso en Oriente, anunciando la definición de la nueva estrategia para la conquista del poder, mientras el movimiento comunista internacional renunciaba mayoritariamente a ella, relegándola, en el mejor de los casos, para las calendas griegas tras la invención de quiméricas etapas intermedias. Aún habrá de pasar largo tiempo para la definitiva universalización de la Guerra Popular como estrategia de la revolución mundial. Ahora mismo sigue librándose la batalla para la entronización de esta estrategia en el resto del descompuesto



movimiento comunista internacional.

Marinus, colocado correctamente en el lugar de la historia que le corresponde por los hechos, puede pasar, al fin, a engrosar las filas de los millones de combatientes del proletariado que dieron lo mejor de sus vidas, tal y como lo entendieron en cada momento, por la emancipación de toda la humanidad. Hasta la victoria, siempre.

-----

Notas:

[1] Citado del "Estenograma del discurso de conclusión ante el tribunal, pronunciado el 16 de diciembre de 1933", en El Proceso de Leipzig (1933-1934). Editorial de libros en Lenguas Extranjeras. Sofía, 1962; pág. 173.

[2] Dimitrov, exiliado búlgaro en Alemania, fue denunciado por un camarero del bar en donde se reunía con otros exiliados, a raíz de la campaña de histerismo persecutorio desatada por los nazis para la captura de los considerados responsables materiales e intelectuales del incendio junto a Marinus.

[3] Las referencias biográficas están basadas mayoritariamente en el libro de Nico Jassies, Marinus van der Lubbe y el incendio del Reichstag. Alikornio Ediciones. Barcelona, 2008.

[4] Hasta en tres ocasiones intentará llegar a la URSS por propia iniciativa, siempre sin éxito.

[5] El Proceso, pág. 112.

[6] Nicos Poulantzas. Fascismo y dictadura, la III Internacional frente al fascismo. Siglo XXI. Madrid, 1973; pág. 209 y ss.

[7] El día 25 de febrero Marinus intentará incendiar en este orden, la Oficina de Ayuda Social de Neukölln, el Ayuntamiento y el Palacio Imperial, todos sofocados al poco tiempo sin causar excesivos destrozos.

[8] "Mi opinión era que es absolutamente necesario hacer algo para protestar contra este sistema. Como los trabajadores, claramente, no quieren hacer nada, he querido hacer algo por mí mismo. He pensado que provocar un incendio en alguna parte era un medio válido". (De su confesión ante la policía. Cf. Jassies, op. cit., pág. 31).

[9] *Ibidem*, pág. 44.

[10] *Ibid.*, pág. 71.

[11] Por iniciativa de sus camaradas del LAO, se crearán varios Comités de apoyo a Marinus en distintos países para defender la acción por él perpetrada como un acto de dignificación proletaria: "Entre los millones de espaldas encorvadas del rebaño electoral dócil y sumiso, un proletario se ha levantado para golpear sus caras de Judas [se refieren a los socialistas y a los comunistas]". (*Ibid.*, pág. 37).

[12] El Libro Rojo, redactado por miembros de los Comités Van der Lubbe, saldrá a la luz para desmentir las mentiras que sobre Marinus se vertían en el Libro Pardo, inducido por la

Internacional Comunista, que difundía la teoría de la provocación nazi, en el sentido de que Marinus estaría contaminado por las ideas fascistas y habría servido a sus propósitos con el incendio, además de estigmatizarlo deplorablemente denunciando una supuesta homosexualidad que le haría someterse voluntariamente a los nazis. El Libro Pardo fue un arma a la que ambos bandos recurrieron repetidamente durante el juicio (Cf. El Proceso, pág. 201).

[13] Jassies, op. cit., pág. 39.

[14] *Ibidem*, pág. 28.

[15] El Proceso, pág. 202.

[16] Decreto del Presidente del Reich para la Protección del pueblo y del Estado, promulgado el 28 de febrero de 1933, cf. El Proceso, pág. 169.

[17] "¡Trabajo de masas, lucha de masas, resistencia de masas, frente único, y nada de aventuras!: tal es el principio y el fin de la táctica comunista. (...) En este llamamiento no se contiene ni una sola palabra sobre la lucha inmediata por el poder. Esta tarea no ha sido planteada ni por el Partido Comunista de Alemania, ni por la Internacional Comunista. Pero, yo puedo decir que el llamamiento de la Internacional Comunista prevé la posibilidad de la insurrección armada". (Dimitrov en El Proceso, págs. 166 a 168).

[18] Jassies, op. cit., pág. 35.

[19] *Ibidem*, pág. 71.

[20] *Ibid.*, pág. 65.

[21] Jassies, op. cit., pág. 22 y 23.

[22] Ejemplos de esta iniciativa son la impresión de postales con motivos revolucionarios bajo la leyenda "un viaje obrero de deporte y estudio a través de Europa y de la Rusia soviética", o el intento de cruzar a nado el Canal de la Mancha para cobrar el premio en metálico para "que vaya a la causa proletaria".

[23] Después de un largo juicio para lavar el nombre de la familia, en 1983 Marinus será absuelto post-mortem de los principales cargos políticos que pesaban contra él y le llevaron a la ejecución, los de conspiración e insurrección, quedando sólo como un mero incendiario.

[24] Jassies, op. cit., pág. 37.

[25] *Ibidem*, pág. 37.

[26] *Ibid.*, pág. 38.

[27] Cf. "90 aniversario de la Revolución de Octubre", en El Martinete, número 21 de septiembre de 2008, pág. 16.

# La Semana Trágica

Los comunistas reconocemos como principio que la lucha de clases es el motor de transformación en las sociedades clasistas. Las clases se forman a lo largo de procesos históricos en los que van adquiriendo madurez. El proletariado no es una excepción. Sus orígenes pueden remontarse al campesinado expropiado de sus medios de producción que va a los núcleos urbanos a vender su fuerza de trabajo: precisamente una de las características principales que define al proletariado es la propiedad de la fuerza de trabajo libre.

El proletariado conoce durante el siglo XIX una serie de experiencias que harán transformar su conciencia de clase en sí hacia la conciencia de clase para sí. De defender su derecho a existir, derecho a unas condiciones de vida que, al menos, permitan su reproducción como clase económica, pasa a comprender la necesidad de terminar con el régimen de explotación. Esta conciencia es la que permite hablar de proletariado revolucionario.

Esta transformación de la conciencia se produce a través de sus luchas y de la reflexión en torno a éstas. La llamada *Semana Trágica de Barcelona* (26 de julio–1 de agosto de 1909) significó un momento donde se acumularon distintos elementos que impregnaban la ideología, la táctica y estrategia del movimiento obrero en su estado concreto de desarrollo: la idea de República como contenido de la Revolución, Huelga General como arma definitiva, anarcosindicalismo, reivindicaciones económicas, rechazo a la guerra colonial...

En cualquier caso, la Semana Trágica fue una insurrección, principalmente del proletariado barcelonés (aunque también hubo insurrecciones en poblaciones como Sabadell o Mataró), que valientemente se lanzó a la lucha contra la dominación burguesa, ejerciendo así activamente de vanguardia del proletariado en el Estado español. Sus efímeros éxitos y sus fracasos sólo pueden explicarse por la falta de madurez como clase revolucionaria y por las dudas y vacilaciones de las organizaciones que decían representar sus intereses. La falta de un apoyo decidido por parte del Partido Radical y el PSOE principalmente, por miedo a que una eventual derrota acabara con su cómoda situación legal como consecuencia de la represión, significó privar a los insurgentes de una

dirección y coordinación a nivel estatal. El aislamiento del movimiento, que se limitó a Cataluña, explica en parte su derrota.

Del análisis de aquellos elementos y de cómo influyeron en los acontecimientos de la Semana Trágica se pueden extraer lecciones de fondo que sirvan para comprender mejor los requisitos necesarios para iniciar una nueva ola de revolución proletaria.

## La clase obrera y la burguesía en Barcelona en el cambio de siglo

La industria principal en la zona era la textil, más concretamente, la productora de hilo, que era propiedad de una veintena de familias relacionadas por vínculos matrimoniales. Esta industria dependía de sus ventas a las colonias, pues no se podía contar con el mercado interior dada la debilidad de éste, y de la política proteccionista del gobierno, que defendía los intereses de su propia clase. Sin embargo, desde mediados de la década de los 80, venían acumulando excedentes, en lo que era el inicio de una clásica crisis de superproducción capitalista. Este problema fue aplazado de momento gracias a la guerra de Cuba. Este conflicto, como la mayoría que se dan en el capitalismo, benefició a los explotadores textiles que consiguieron contratos con el ejército para vestir a los proletarios convertidos en soldados: la burguesía los viste y su gobierno los manda al matadero; ganan los de siempre y pierden los de siempre (se calcula en torno al 50% la mortalidad de las tropas españolas), independientemente del resultado del conflicto.

Pero, esta vez, además del desastre que supone para los explotadores el final de una guerra –es decir, el fin de los negocios ligados al conflicto–, su resultado –la pérdida de las colonias– supuso un doble revés para los explotadores, pues perdían buena parte de los mercados de exportación.

Volviendo a la industria de hilos, la mayor parte estaba agrupada en el Valle del Ter, donde aprovechaban la fuerza hidráulica, más barata que el carbón. En las colonias del Ter se agrupaba la mayor concentración industrial de Cataluña. Los obreros estaban organizados en sociedades textiles. En un plano más amplio, las sociedades de oficio barcelonesas agrupaban en los albores del siglo XX

a 45.000 obreros, en torno a un tercio del total.

Ante la crisis arriba comentada, la clase explotadora pretendió que la asumieran los trabajadores reduciendo salarios. En los primeros años del siglo XX, la burguesía responde a las protestas obreras, organizadas en torno al “Pacto del hambre”, con una mezcla de lockouts (cerrar las fábricas, despedir a los obreros en huelga y reabrirlos con obreros nuevos y salarios más bajos) por parte de la patronal contra las masas y de represión policial contra los dirigentes, demostrando una vez más que el gobierno respondía a los intereses de la burguesía, cuya dictadura representa. En 1902 hay una huelga general, ante los planes de sustituir a los obreros por obreras, a fin de reducir los salarios. La lucha de resistencia fracasa y las sociedades textiles son desmanteladas. Hacia 1904, el movimiento obrero articulado en torno a las consecuencias de la crisis del 98 estaba deshecho.



## Movimiento obrero

Como hemos visto, la clase obrera contaba con un mínimo de organización para defenderse ante el capital. Para el siglo XX, la clase trabajadora ya había adquirido conciencia *en sí*, en torno a la defensa de sus condiciones de existencia. Igualmente, experimentaba los límites de esta conciencia resistencialista, donde las victorias de hoy son las derrotas de mañana; lo obtenido en una lucha se perdía en otra para volverse a ganar más tarde, así *ad infinitum*. De este modo, la resistencia servía –y sirve– para reproducir el capitalismo en la medida que se ufana por mantener a una de las clases que lo define. La única manera de romper este círculo vicioso es organizando la Revolución. En cuanto a la resistencia como “acumulación de fuerzas”, lo mismo que la resistencia a secas,

significa que estas fuerzas acumuladas pueden desaparecer en una embestida del capital.

Volviendo al caso que nos ocupa, las organizaciones eran destruidas con cada derrota para ser reconstruidas más tarde. Las luchas de la última década del siglo XIX habían terminado en fracaso. La ola de bombas entre 1893 y 1897 fue identificada con el movimiento obrero y culminaron en las ejecuciones de Montjuic de 1897. El alcance de la represión llevó a que hacia 1900 existiera una nueva generación de líderes sin experiencia ni vínculos con el movimiento anterior. Esta generación dirigió las luchas del “Pacto del hambre” y hacia 1904 intentaba rearticular el movimiento obrero en medio del reflujo. En ese año las sociedades de oficio se agrupan en la Federación Local de Sociedades Obreras. Sin embargo, el número de huelgas desciende en los años centrales de esta década, y desciende aún más el número de huelgas protagonizadas por sociedades miembros de la Federación. Esto refleja la debilidad del movimiento obrero organizado. La tendencia empieza a cambiar hacia 1907, cuando se atisba un cambio de coyuntura y el fin de la crisis de 1898. Es entonces cuando se funda Solidaridad Obrera, a partir de las sociedades de oficio, buscando agrupar a los obreros en cuanto que tales, sin hacer distinciones del trabajo que realizan. Esto es importante, pues hasta entonces la mayoría de las asociaciones eran “de oficio”, lo que dificultaba la coordinación de las luchas y la toma de conciencia de ser una misma clase, por encima de las diferencias laborales. Además, las sociedades de oficio no dejaban de reflejar los restos de cierta mentalidad gremial. Estos restos suponían la diferenciación de los obreros según el oficio que desempeñaban. Por lo tanto, estos esfuerzos de superación significaban un paso adelante en el desarrollo de la conciencia *en sí*, al comprender que en las luchas de los trabajadores por mejorar sus condiciones de vida no se necesitan organizaciones separadas por oficios, ya que todos forman parte de una misma clase. Pero Solidaridad Obrera no era una organización revolucionaria, al menos no inmediatamente. En su primer manifiesto público del 3 de agosto de 1907, proclamaba:

*“Queremos en el orden inmediato: el mantenimiento de las bases que por efecto de las huelgas y de las convenciones recíprocas fueron aceptadas y firmadas por patronos y obreros de los respectivos ramos y que constan en las actas*

*confirmadas por las autoridades locales.”*

Aquí vemos, por una parte, la diferenciación de clase –patrones y obreros– como dos grupos distintos que luchan entre sí; pero por otra, que la lucha es para llegar a acuerdos y que éstos son respaldados por las autoridades locales, es decir, el Estado. Pero al mismo tiempo, frente a esta declaración de sindicalismo, Solidaridad Obrera rechazaba la política reformista como:

*“Formas con que las clases privilegiadas quieren proteger al obrero y que no son más que vallas encubiertas para impedir nuestra marcha directa por el camino de nuestra emancipación social.”*

Esta confusión ideológica sólo puede explicarse como falta de madurez, pero al mismo tiempo refleja la lucha de dos líneas que recorría la organización entre reformistas y revolucionarios. Esta lucha estaba protagonizada por los grupos que competían por hacerse con el control de la organización: anarcosindicalistas, socialistas y republicanos radicales.

Los primeros representaban la izquierda, carecían de organización propia y hablaban de revolución a través de la huelga general. Por eso les interesaba una organización obrera fuerte que preparara la huelga general revolucionaria.

Los socialistas representaban el ala derecha, encarnaban un ejemplo claro de revisionismo que buscaba conseguir influencia para obtener diputados en las Cortes y desde ahí “transformar” la sociedad. Se habían opuesto a la huelga de 1902, pues consideraban ésta un medio inútil de lucha al desembocar inevitablemente en violencia, donde los obreros tenían las de perder dada la superioridad militar del Estado. Aquí vemos una incomprensión total del marxismo, de la teoría del Estado y del papel de la violencia revolucionaria. Sin embargo, desde 1904 buscaban un acercamiento al movimiento obrero para remediar la caída de afiliados a través de la táctica denominada “aproximar sin confundir”. Sobran las palabras. Apoyando esta política, el Congreso de Stuttgart de 1907 de la II Internacional había insistido en la necesidad de acercarse a los sindicatos para proporcionarles objetivos comunes más allá de las reivindicaciones particulares de cada agrupación. En este sentido, Antonio Fabra Ribas, el hombre fuerte de la Federación Socialista Catalana entre 1908 y 1909, defendía el

acercamiento al sindicalismo y el antimilitarismo como medio para ganarse a las masas.

El tercer grupo, el Partido Republicano Radical, era una mezcla de lenguaje revolucionario, anticlericalismo y anticatalanismo. Más que querer controlar Solidaridad Obrera, buscaba ganarse a los obreros para su cacareada “revolución social” que instaurase la República. Negaban la necesidad de organización de los obreros más allá del Partido Radical, pues éste era el único capaz de llevar a cabo dicha revolución. Este partido representaba los intereses de la pequeña burguesía urbana que carecía de sitio en el sistema de la Restauración. Su interés en el movimiento obrero no iba más allá de conseguir representación política, de ahí la necesidad de utilizar un discurso demagógico que insistía en el anticlericalismo, como forma de excitar y atraerse a las masas. De esta manera, apartaba a los obreros de la lucha consecuentemente revolucionaria. Su influencia política sobre los trabajadores era grande; sin embargo, los intereses reaccionarios de este partido se pusieron de manifiesto durante la Semana Trágica. Cuando estalló la revuelta, sus líderes, que desempeñaban cargos electos en el Ayuntamiento, intentaron desligarse de ella y sus cuadros intermedios la dirigieron, sin grandes dificultades, hacia la quema de edificios religiosos, tarea no condenable, pero sin duda no primordial en medio de una insurrección. Este partido, en relación con nuestros comunistas republicanos, hace recordar la expresión de Marx sobre la historia que se repite, la primera vez como tragedia y la segunda como farsa. Si bien la influencia del Partido Radical sobre los obreros fue una tragedia y explica parte de la incapacidad política de su movimiento, los comunistas republicanos de hoy ni siquiera con capaces de extender su influencia sobre nadie más allá de sus organizaciones.

## **La guerra de Marruecos y la huelga general**

Hacia 1908, una nueva crisis económica estalla en Barcelona, consecuencia de la recesión en EE.UU., y la incertidumbre la burguesía se acrecienta por la cercanía de la expiración del acuerdo decenal de 1899 con EE.UU. para repartirse el mercado filipino.

Una vez más, los costos de la crisis se desplazan al proletariado: despidos masivos en el Valle del Ter y descenso de salarios. Los sindicatos

textiles empiezan a hablar de la posibilidad de una huelga general ante el lockout que dejó sin salario a 800 trabajadores en el Valle del Ter. Las asociaciones textiles y Solidaridad Obrera acordaron a principios de julio de 1909 una huelga general, pero no se concretó ninguna fecha. El mismo día que se decidió la huelga se publicó el Real Decreto que autorizaba la llamada a filas a los reservistas para Marruecos.



En el conflicto colonial con Marruecos confluyen varios aspectos políticos y económicos. La causa más inmediata para movilizar a los obreros-soldados es el ataque a las obras de construcción del ferrocarril en Melilla. Sin embargo, hay otros intereses, como la defensa de las minas del Rif, propiedad de burgueses españoles, y el deseo de la alta oficialidad de desquitarse de la derrota de la guerra de Cuba. El gobierno creía en una guerra fácil y barata gracias a la movilización de obreros en calidad de reservistas. Había otras posibilidades para obtener tropas, como los excedentes de cupo del servicio militar, pero las sociedades aseguradoras contra esta obligación calculaban sus coeficientes –y por tanto sus beneficios– en base a estos excedentes. El gobierno, como no podía ser de otro modo, se dedicaba a defender los intereses de la burguesía financiera y éstos pasaban por sus inversiones en las aseguradoras. Por su parte, los trabajadores tenían muy claro que eran ellos los que pagaban con su sangre las aventuras coloniales a través de diversos mecanismos, como la posibilidad de evitar el servicio militar con el pago de una suma de dinero por lo general prohibitiva en relación con los salarios.

El PSOE se opuso a la guerra desde el principio, siguiendo las directivas antimilitaristas del Congreso de Stuttgart de la II Internacional. Sin

embargo, se oponía con argumentos de dudoso origen marxista, como que la guerra no respondía a intereses nacionales, sino internacionales, dando a entender que el conflicto respondía a los intereses que la República francesa tenía en la zona. Una vez más, se habló de huelga general; pero con las noticias de los primeros combates los dirigentes de Madrid se mostraron indecisos por miedo a perder los beneficios que habían ido consiguiendo del gobierno desde su fundación.

Sin embargo la situación en Barcelona era más decidida. La ciudad era un puerto de embarque, y los primeros reservistas embarcados eran catalanes. A esto se unía la animosidad acumulada de los obreros por la crisis textil.

## Semana Trágica

Los primeros embarques se llevan a cabo el domingo 18 de julio. Tras el desfile por el centro, se producen disturbios en el puerto debidos al descontento y a las provocaciones de mujeres de la alta burguesía, que repartían tabaco y símbolos religiosos a las tropas. Como consecuencia de ello, 10 soldados son sometidos a consejo de guerra ya dentro del barco que los lleva a Marruecos.

Durante la semana siguiente, el ambiente se radicaliza en la ciudad, así como en el resto de las principales ciudades. Hay manifestaciones callejeras a diario y la idea de una huelga general cada vez se hace más presente. Finalmente, el sábado 24 de julio se crea un comité de huelga formado por el socialista Antonio Fabra Ribas, José Rodríguez Romero en representación de los anarquistas, y Miguel Villalobos Moreno, por parte de Solidaridad Obrera. Este órgano pretendía coordinar la huelga que él mismo convoca para el 26 de enero; sin embargo, será arrollado por el desarrollo de los acontecimientos. Es de destacar que ninguna organización se decide a convocar la huelga: ni UGT, ni Solidaridad Obrera, ni mucho menos los republicanos radicales. Las dudas fueron moneda común, bien como resultado del oportunismo de unos, el miedo a la represión de otros o las dos cosas a la vez. El caso es que, una vez dada la señal, las masas muestran mucha más decisión que los que dicen representar sus intereses.

El domingo por la noche se cortan las líneas de telégrafo y se arrancan vías férreas, a fin de aislar la ciudad. Llamamos a atención estas acciones, más o menos espontáneas, pero con un fin muy determinado. Del mismo modo, los, todavía en la

noche del domingo, huelguistas no pueden conocer la necesidad de aislar la ciudad si no es por la experiencia de las luchas anteriores.

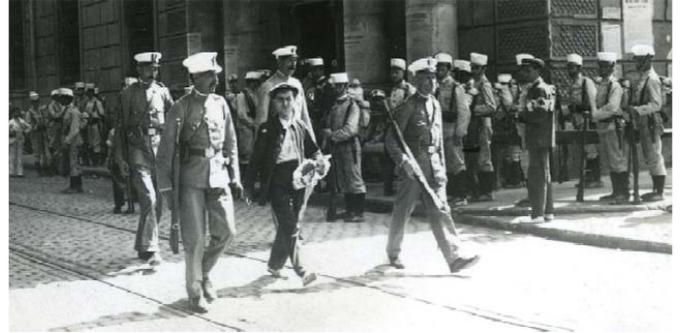
Por otra parte, los episodios de la quema de edificios religiosos no es censurable *per se*, sino porque solamente atacaron estos edificios, dejando en pie los de la clase dominante. Esto muestra la influencia en la clase del anticlericalismo del que hacía gala el Partido Radical, que en la práctica, si bien sirvió para exaltar a las masas, tuvo como aspecto negativo distraer energías que debieron ser empleadas para combatir al enemigo principal: el Estado.

Otra cuestión táctica es el intento de dividir y atraerse a las fuerzas armadas que combaten la insurrección, aplaudiendo al ejército en las barricadas donde se presenta y disparando sobre el resto de fuerzas armadas. La idea era atraerse al ejército, o por lo menos neutralizar su actividad. Un ejemplo de las tensiones que esta práctica llegó a provocar es el caso de Eugenio del Hoyo, policía municipal que el miércoles 28 por la mañana disparó desde un edificio contra una patrulla de soldados.

La Semana Trágica comenzó el lunes, con la huelga general convocada por el comité. Éste pretendía que fuera pacífica y se limitara al lunes; sin embargo, en las primeras horas los huelguistas consiguen paralizar el centro y los suburbios, en buena medida a través de la neutralización de los tranvías, símbolo del orden en la ciudad. La huelga se extiende a localidades cercanas como Sabadell, Tarrasa o Badalona. El martes 27 de julio, la huelga toma tintes de insurrección con los asaltos a armerías, los primeros combates en las barricadas y las primeras quemaduras de conventos, iglesias e instituciones regentadas por religiosos. Estas acciones durarán hasta el jueves y en torno a 80 edificios religiosos quedaron reducidos a cenizas. El miércoles llegan refuerzos militares y los obreros muestran su cansancio de tres días en las barricadas. Esto marca el principio del fin. El fracaso de la huelga fuera de Cataluña desmoraliza a los dirigentes y por la noche los miembros del comité de huelga consideran que hay que poner fin a la insurrección con un repliegue ordenado. Sin embargo, en Palafrugell, Mataró, Granollers y Sabadell se ha proclamado la República. El jueves, las fuerzas armadas van desmontando una a una las barricadas del centro en torno a Drassanes-Paral·lel, no sin una fuerte resistencia, como en los suburbios de Clot y Poble Nou. Entre el viernes y

el sábado desaparece el resto de focos.

En el balance de la insurrección la peor parte se la llevan los obreros, con 75 muertos, mientras que las fuerzas del Estado sólo sufren 3 bajas. La derrota no es suficiente y el susto que la clase obrera le ha dado a la clase dominante sólo puede aliviarse con represalias: 2.000 procesados, 175 penas de destierro, 59 cadenas perpetuas y 5 condenas a muerte.



## La Semana Trágica y la Revolución Socialista

Los acontecimientos de aquella semana quedaron marcados en la memoria de la sociedad durante decenios. Supuso el bautismo de fuego de un proletariado en condiciones de combatir la dictadura del capital, de empuñar las armas por algo más que evitar los despidos o la reducción de los salarios. Si bien esto no significa que se dieran todas las condiciones para la Revolución Socialista: faltaban precisamente las condiciones subjetivas, una vanguardia revolucionaria que encauzase la energía proletaria hacia la toma del poder en forma de Dictadura del Proletariado. Como hemos visto, ni socialistas ni anarquistas tenían un programa que sirviese a tal efecto, ni mucho menos el Partido Radical.

De aquí se extraen dos consecuencias. La primera, la importancia de la vanguardia, que ésta esté armada con la concepción proletaria del mundo —y no con el revisionismo del PSOE de la época o la ideología pequeñoburguesa de los anarquistas—, de su fusión con las masas, que permita dotarlas de conciencia revolucionaria y organizarlas para que la lucha alcance sus objetivos.

La otra consecuencia es quizá más profunda y se hace más patente hoy, en estos días de negación de los principios dentro del movimiento comunista,

de inventarse tareas que se supone acercarán a la revolución, como es el caso de la III República, pero que no sirven realmente sino a los intereses de otras clases.

En este sentido, la necesidad de una República responde a una pretendida fase de transición antioligárquica. Sin embargo, la Semana Trágica puso en duda, hace ya un siglo, la necesidad de esta etapa, pues la existencia de una clase obrera en lucha contra la burguesía y sus intereses era ya la contradicción principal entonces, así que: si el proletariado está en condiciones de dirigir la toma del poder, ¿qué necesidad hay de buscar alianzas con otras clases con un objetivo que no es la revolución?

A pesar de esto, uno de los argumentos suele ser que en el Estado español no se ha dado o culminado una revolución burguesa. Si bien es cierto que la burguesía revolucionaria no jugó un papel tan importante como en Francia o en Inglaterra, también es difícil encontrar casos de un modelo de revolución como la inglesa o la francesa más allá de estos países. Lo más común fue el modo *prusiano*, que pasaba por un entendimiento entre la incipiente burguesía y los terratenientes feudales.

En el caso hispano, este entendimiento viene marcado por el proceso de la desamortización. Por un lado, suponía la puesta en marcha de un mercado de tierra capitalista: permitió la compra de tierra a los burgueses más adinerados, porque eran los únicos que podían pujar en subasta pública, a excepción de la nobleza terrateniente. Y es aquí donde está la clave, pues con la desamortización esta clase cambió sus derechos señoriales sobre la tierra por el control total sobre sus tierras convertidas en mercancía. A partir de entonces, la tierra se podría comprar y vender libremente.

Por otra parte, la desamortización supuso expropiar al campesinado de terrenos que complementaban su economía de subsistencia, como los terrenos comunales de los municipios o los aprovechamientos furtivos o semifurtivos de las grandes propiedades eclesiásticas. Así que, ahora, una parte del campesinado, la que carece de tierras en propiedad, se ve totalmente desposeída de los medios de producción y no le queda más remedio que proletarizarse, lo que unido al aumento demográfico y la concentración de las tierras permite mano de obra suficiente para escasas áreas de desarrollo industrial: Cataluña y Euskadi: he aquí la base material para los futuros *charnegos* y

*maketos*.

Así pues, cuando se inicia la Restauración, en el último cuarto del siglo XIX, la burguesía consolida la transformación burguesa de la sociedad española: estructuras latifundistas en buena parte del mundo rural trabajadas por jornaleros, un proletariado numeroso en las pocas zonas industrializadas y una burguesía agraria (esta es su esencia, por mucho que las apariencias de los *señoritos* con títulos nobiliarios traten de distraerla), financiera e industrial, que ejerce su dictadura a través de una monarquía parlamentaria.

Todo esto tiene lugar en el marco político del Estado español. Como se ve, este representa una alianza entre las clases dominantes de las distintas naciones, configurando un solo bloque político-económico que cristaliza en la forma de dicho Estado. Esta alianza supone la existencia de una sola formación social capitalista en un Estado de carácter multinacional, en cuyo marco se desenvuelven las distintas relaciones entre clases: todas las burguesías de las naciones comparten una comunión de intereses económicos, que está por encima de sus respectivos intereses particulares de orden político o cultural, como fracciones nacionales del capital. Por ello, la Semana Trágica fue más allá de un combate del proletariado catalán contra *su* burguesía nacional, significó la focalización de la contradicción capital-trabajo cuando aquel destacamento del proletariado ejerció el papel de vanguardia efectiva de todas las clases trabajadoras del Estado español, y cuando, como tal vanguardia, se enfrentó heroicamente al Estado español.

No nos engañemos: el Estado español es, desde hace más de un siglo, una alianza de todas las burguesías nacionales que ejercen una sola dictadura de clase en una sola formación social capitalista. Por tanto, el ámbito de la revolución es el de todo el territorio del Estado y no cada uno de las diversos “marcos nacionales”: el proletariado revolucionario, para tener éxito, sólo puede responder a dicha alianza burguesa con su acción unitaria en todo el Estado, comenzando por la Reconstitución de un único Partido Comunista en el Estado español.

*Noviembre de 2009*

## ANTE LAS ELECCIONES EUROPEAS DEL 7 DE JUNIO

# ¡Boicot!

El próximo 7 de junio los señores de la libertad, libertad para encadenarnos o desencadenarnos alternativamente a un salario y para elegir de entre ellos a los gestores políticos de tan amplio abanico de opciones vitales, vuelven a citarnos para el noble ejercicio de legitimar su dominación. Esta vez toca el Parlamento Europeo, ese lugar donde las facciones del imperialismo europeo acuden a solventar sus querellas intestinas y a decidir cómo y con quién hacer la guerra que asegure la libre circulación de sus capitales por todo el orbe; y también, por qué no, contra los propios europeos que de alguna manera se muestren díscolos con sus designios, a los que no dudan en regar desde el aire con las bendiciones europeístas de la libertad y los derechos humanos, en forma de explosivo de alta potencia, como les sucedió a los serbios no hace tantos años. Eso es básicamente lo que nos ofrece Europa a los proletarios.

Sin embargo, estas elecciones son importantes para la clase dominante, pues le permitirán pulsar la salud y la capacidad de movilización de su proyecto imperialista, al ser la primera vez que convocan a las masas tras la debacle de sus pretensiones constitucionales en 2005, recientemente reafirmada con el sonoro NO irlandés al refrito constitucional que pretendía ser el Tratado de Lisboa. De ahí que resulte especialmente importante para nuestros imperialistas obtener unos resultados de participación mínimamente presentables, aún dentro del marco electoral europeo, tradicionalmente de alta abstención. Esta necesidad se ve más agudizada por el contexto en el que nos encontramos, el de una crisis capitalista de una magnitud insospechada, hace tan solo un año, para los gurús y vacas sagradas del *stablishment* de la economía.

Parecería que la situación se ofrece en bandeja para potenciar la deslegitimación del sistema. Sin embargo, los adalides del realismo político y de la eternamente recurrente especificidad del presente, y desde luego no para nuestra sorpresa, han vuelto a obviar el análisis de la situación concreta y vuelven a la carga con sus estereotipadas recetas, el encumbramiento del parlamento y, a través de él, el conjunto del sistema.

Nuestros arrepublikanados vuelven a aparecer de nuevo a la cabeza del ranking de cretinos parlamentarios, y, de nuevo, sus argumentos sólo les ponen en evidencia, a ellos y a sus corifeos. Por supuesto, el buque insignia de toda esta corriente es el Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE), sucursal española de toda esa internacional de revisionistas europeos que nuclea el Partido del Trabajo de Bélgica (PTB) y el Partido Comunista de Grecia (KKE), y lo son porque son los únicos que tienen capacidad para traducir su política oportunista en unos cuantos miles de votos, ante el balbuceo de otros revisionistas, entristecidos y quejumbrosos porque no haya candidaturas comunistas conjuntas, aún a pesar de enarbolar programas y políticas esencialmente idénticas, aunque, eso sí, con una menor clientela. Pero en cada circo electoral, además de la feria en curso, también se ventila la batalla por hegemonizar el comunismo republicanista, pugna en la que el PCPE parece ir abriéndose paso.

Como de Europa se trata en este caso, al PCPE le parece que el punto de deslinde es la denuncia del carácter imperialista y no reformable de la UE, y que eso les diferencia a ellos y a las otras veinte organizaciones europeas autoproclamadas comunistas, firmantes del "histórico" Comunicado conjunto, de otras organizaciones de izquierda, especialmente el Partido de la Izquierda Europea (PIE), lo cual es natural, pues uno de los ejes de la labor de todos los republicanistas es la captación de peceros desencantados. ¿Pero su oposición a la UE es tan frontal como ellos repiten machaconamente?

En el marxismo no hay lugar para ninguna clase de europeísmo, por social o tenue que se quiera presentar. Defiende y demuestra que el desarrollo de la Revolución Proletaria Mundial se realiza a través de la sucesiva fractura de los eslabones más débiles de la cadena imperialista, ruptura que no entiende de ámbitos geográficos o culturales. Ya Lenin dejó sentado que los Estados Unidos de Europa son imposibles o reaccionarios, y desde luego que su intento se ha mostrado muy reaccionario, pero desde 2005 también parece cada vez más imposible. De este modo, sostener el discurso de Europa como proyecto político, sea el que sea el cariz que se le quiera dar -y mueve a risa ver a los azotes marxistas-leninistas del

trotskyismo clamando por un remozado de los Estados Unidos de Europa de Trotsky-, sólo supone repetir el esquema ideológico de la burguesía imperialista continental y apuntalar y legitimar su proyecto. Y eso es precisamente lo que hace el PCPE cuando en el "histórico" Comunicado conjunto conmina a luchar "por una Europa de prosperidad para el pueblo, de paz, de justicia social y derechos democráticos, de socialismo", o cuando su secretario general, Carmelo Suárez, llama a "la construcción de otro proyecto regional distinto" y plantea "la construcción socialista en Europa como única salida posible al actual sistema de dominación". Todos estos llamamientos no son más que la patética supeditación ideológica de los que se dicen representantes revolucionarios del proletariado a la concepción del mundo y las reglas políticas de la burguesía, sobre las que desvergonzadamente acoplan la palabra socialismo, y una prueba palmaria de la supeditación de nuestra clase, huérfana de su propia concepción del mundo y de su programa político. Porque todas las Europas, sociales, de los pueblos, de los trabajadores o incluso esa rimbombante Unión de Repúblicas Socialistas de Europa que alguno se sacó de la manga, no son más que la reproducción del mismo discurso chovinista eurocéntrico que esgrime la burguesía imperialista, en el que se amplía el mercado de sus adjetivaciones para dar cabida a otros sectores y clases sociales, deseosas de beneficiarse de la rapiña que tal proyecto promete: burguesías nacionales varias, pequeña burguesía, aristocracia obrera...

Por ello, por más que se empeñe, el discurso del PCPE no es menos reformista que el del PIE, aunque su fraseología se muestre más socialista y en su cartelera predomine más el colorado, porque en el programa del proletariado revolucionario no puede tener cabida ni un ápice de chovinismo; nuestro marco de actuación es el proletariado internacional y su actividad revolucionaria, que se irá materializando en cada lugar en que la Guerra Popular rompa la cadena imperialista, independientemente del continente en que suceda. Frente al chovinismo eurocentrista, internacionalismo proletario; frente a las Europas, de todos los colores y pelajes, Federación de pueblos libres. He ahí un punto de deslinde antagónico con toda veleidad reformista en materia europea.

Por cierto, hemos de señalar que nuestros

renegados de la autodenominada Unión Proletaria (UP) muestran un poco más de amplitud de miras en este aspecto, señalando que defienden la "unión del proletariado internacional de todos los continentes" frente al señuelo europeo y los que lo "refuerzan y maquillan"; pero luego, en una nueva muestra de su carácter cínico y ultraoportunisto, llaman a votar al PCPE, cumpliendo su función de reforzadores y maquilladores de la Europa imperialista.



Respecto al parlamentarismo poco se puede añadir a lo que ya hemos dejado sentado en numerosas ocasiones: que, en general, no es útil al proletariado para generar contradicciones entre facciones de la burguesía que propicien la crisis revolucionaria, ni para conseguir reformas que coadyuven a la elevación de la conciencia de las masas, ni, por supuesto, para lograr la transformación revolucionaria a través de las urnas. Sólo puede ser útil como labor de propaganda en determinados momentos de la construcción partidaria, ni antes ni después, cuando se ha conseguido sentar las bases de la línea general y política revolucionarias, nucleando a un sector de la vanguardia en su torno; entonces sí puede ser útil como herramienta de acercamiento a aquellos sectores más consecuentes que están en contacto con la lucha de masas, pero de ningún modo para aproximarse a éstas de forma directa, pues sólo se logran difundir las ilusiones parlamentarias, que votar puede ser realmente la solución a algo, que es precisamente lo que consigue el PCPE cuando dice, justificando el porqué de su presentación a las elecciones europeas:

"Esta ha sido nuestra opción: lanzar todas nuestras energías contra la oligarquía y ofrecer un espacio de lucha a todos los trabajadores, jóvenes, autónomos, campesinos... que estén dispuestos a enfrentar radical y organizadamente esta crisis que

han provocado los oligarcas y que sólo estamos sufriendola nosotros/as.”

Ésas son “todas las energías” y el “espacio de lucha” que ofrecen: ¡¡las elecciones y el voto!! ¡Bonito modo de elevar la conciencia de las masas! Pero es natural que cuando la actividad diaria, causa célebre de todas estas gentes, no escapa del marco burgués de la lucha económica y parcial, que reproduce en un eterno círculo vicioso la posición del obrero como esclavo asalariado, no se sea capaz de traducirla políticamente de otra manera que en la palestra burguesa de la política por excelencia: el parlamento y el sufragio.

Aunque nos hemos centrado a modo ejemplarizante en la candidatura comunista, pequeña mención merece la candidatura de Iniciativa Internacionalista (II-SP), la única de todo este espectro que tiene alguna posibilidad de obtener representación gracias al apoyo del Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV). Su defensa del marco europeo es más acusada y explícita aún si cabe, y lo que nos ofrecen a los proletarios no va más allá de “soberanía [¡¡faltaría más!!] y empleo”, como han encabezado alguno de sus mítines, todo ello, por supuesto, adornado con la bonita palabra socialismo. No nos extraña que esta formación recabe tantas simpatías entre la gente honestamente rebelde, pues son ya muchas décadas de loa y genuflexión al resistencialismo, mientras que el horizonte revolucionario se perdía y hundía hasta quedar reducido a bellas y abstractas palabras, sin conexión alguna con la práctica actual realizada. Y en esto de la resistencia hay que reconocer que en las tres últimas décadas el MLNV ha seguido la lucha en pos de sus objetivos mientras la mayoría arriaba sus banderas, rojas en su mayor parte. Además, el paso en falso dado por el Estado al pretender ilegalizar la lista de II-SP sólo ha conseguido generar más publicidad para la misma, cuando el Tribunal Constitucional, mostrando algo más de visión de Estado y parándole los pies a un Ejecutivo desbocado, le ha indicado que extender la confrontación entre naciones con la misma política represiva, más allá de las naciones periféricas, hacia el ámbito de todo el territorio estatal, podría no ser una buena idea de cara a la estabilidad a medio plazo del Estado español. Esto desde el punto de vista político, porque desde el social, como el resto de las organizaciones que confluyen a las elecciones, II-SP no toca en nada la relación esencial del capital y el trabajo asalariado, ni del

Estado como la institucionalización política de esta relación, sino sólo la actual correlación de fuerzas entre las facciones de la burguesía en el seno del mismo, o la posibilidad de alguna de aquellas facciones para desligarse y formar su propio corral; algo, por supuesto, legítimo y justo, pero lejos de satisfacer las necesidades revolucionarias del proletariado. ¡Pero qué puede esperarse de unas elecciones!

Así pues, no nos extraña que las masas muestren simpatía por la resistencia, lo que no deja de sorprendernos es que tantos autodenominados comunistas (y algunos que nosotros situamos entre los más avanzado de la vanguardia revolucionaria del Estado español) se dejen hipnotizar y obvien las tareas universales que afronta hoy el proletariado internacional, y que de no acometerse, convertirán a nuestra clase, in aeternum, en apéndice de otras: burguesías nacionales, pequeñas burguesías... por muy resistentes y rebeldes que éstas se muestren en algún periodo histórico en la lucha por sus intereses.

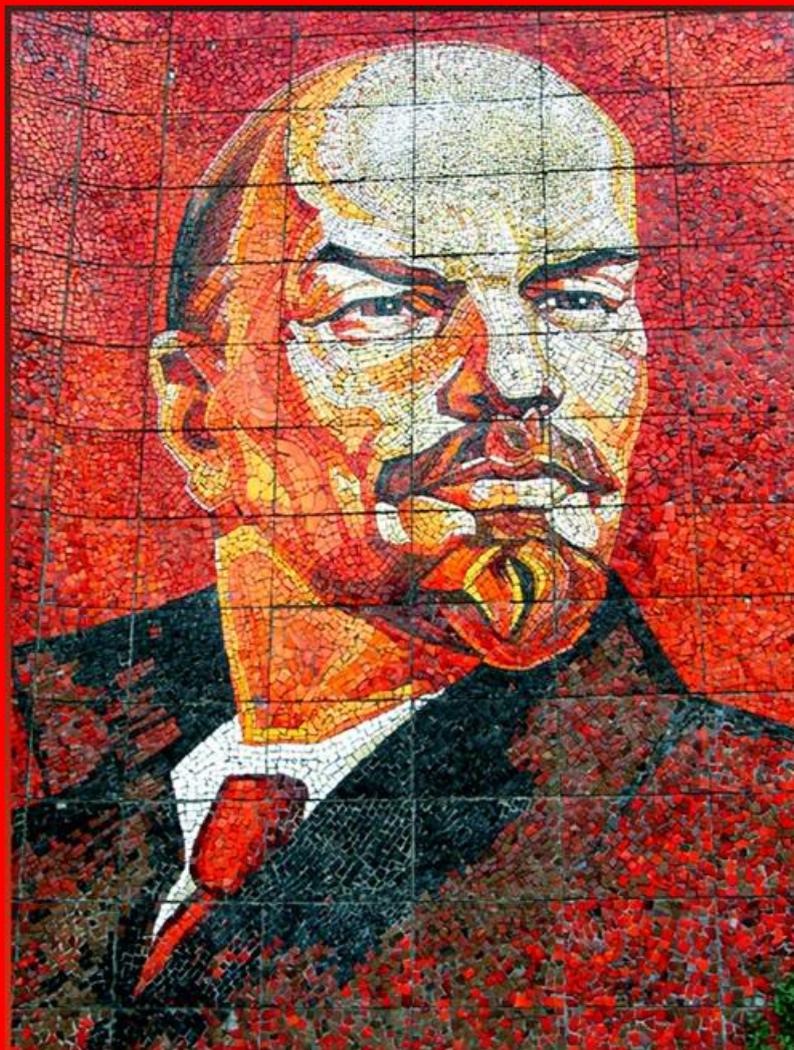
Así, no es la tarea del proletariado consciente la de asistir al circo electoral; nada nos puede aportar en las condiciones actuales, cuando se ha demostrado que carecemos de la independencia política para aparecer con una personalidad propia sobre el cuadrilátero de la pugna entre clases. Ahí precisamente están hoy las tareas revolucionarias de nuestra clase, en el plano interno, en la recuperación y fundamentación del horizonte revolucionario sobre la base de toda la riquísima experiencia que nos ha legado la historia de la revolución proletaria, y con ello, mediante la lucha de líneas en el seno de la vanguardia, la forja y el encumbramiento de la línea política revolucionaria. De este modo, la participación electoral hoy sólo puede suponer el desviar las exiguas fuerzas de la vanguardia y reverdecen entre unas masas cada vez más desencantadas las ilusiones legalistas y educarlas en el cretinismo parlamentario, como efectivamente consiguen las organizaciones que participan.

¡Por la reconstitución ideológica y política del comunismo!

¡Boicot a la farsa electoral!

Movimiento Anti-Imperialista  
Junio 2009

## 140 Aniversario del nacimiento de V.I. "Lenin"



Necesitamos un Estado. Pero *no como* el Estado que ha creado por doquier la burguesía, empezando por las monarquías constitucionales y acabando por las repúblicas más democráticas. Precisamente en ello nos distinguimos de los oportunistas y los kautskianos de los viejos partidos socialistas en proceso de putrefacción, que han deformado u olvidado las enseñanzas de la Comuna de París y el análisis que de estas enseñanzas hicieron Marx y Engels.

Necesitamos un Estado, pero *no* como el que necesita la burguesía –en forma de policía, ejército, burocracia- separados del pueblo y en contra de él. Todas las revoluciones burguesas se han limitado a perfeccionar *esta* máquina del Estado, a hacer pasar *esta máquina* de manos de un partido a las de otro.

(...) el proletariado debe, empleando la palabra de Marx, “*demoler*” esa máquina del Estado (...) Siguiendo la ruta indicada por la experiencia de la Comuna de París de 1871 y de la revolución rusa de 1905, el proletariado debe organizar y armar a *todos* los elementos pobres y explotados de la población, a fin de que ellos *mismos* tomen directamente en sus manos los organismos del poder del Estado y *formen ellos mismos* las instituciones de ese poder.

**V. I. Lenin: *Cartas desde lejos*, Tercera carta, marzo 1917.**

**Apdo. de correos 50944**

**28080 Madrid**

**[mai@nodo50.org](mailto:mai@nodo50.org)**

**[www.nodo50.org/mai](http://www.nodo50.org/mai)**